François-Henri Désérable

# Muestra mi cabeza al pueblo



1793, la Revolución convulsiona París; la guillotina se ha convertido en protagonista. Son los años del terror. Danton es llevado al cadalso; los Girondinos celebran su última cena en la Conciergerie; María Antonieta en su celda añora otro final; Charlotte Corday va a pagar por el asesinato de Marat, y Adam Lux, enamorado, será condenado por la vehemente defensa pública que hace de la joven. La cuchilla espera a Robespierre, al marqués de Lantenac, al poeta André Chénier y a Lavoisier, el más grande genio francés del siglo. Vivimos con ellos los días, los momentos previos a que su cabeza caiga en el cesto del verdugo y sea mostrada al pueblo.

François-Henri Désérable

# Muestra mi cabeza al pueblo

**ePub r1.0**

**Titivillus** 18.01.2021

Título original: *Tu montreras ma tête au peuple*
François-Henri Désérable, 2013
Traducción: Adoración Elvira Rodríguez
Retoque de cubierta: Titivillus, sobre portada de edición francesa

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



*À mes parents,*
*à Martine de Lapparent,*
*et à toi, évidemment.*

*It was the best of times, it was the worst of times* [1].

CHARLES DICKENS,
*A Tale of Two Cities*



## AVISO RESPECTO DE ESTA EDICIÓN DIGITAL

La edición original española no incluía nota alguna, ni ilustraciones, ni los poemas originales, tanto el dedicado a Louis Michel le Peletier, como los de André Chénier. Algunos datos expuestos (Los *Piombi* venecianos, las *Gemonías*, el escalofriante juego de palabras, intraducible, que Danton le dedicó a Fabre d'Églantine al pie de la guillotina, etc.) no son tan conocidos como para no aclararlos con las debidas referencias, así que en este ePub se ha optado por incluir unas oportunas «*Notas del Editor Digital*» con objeto de que la lectura de estos magníficos relatos, todos con base escrupulosamente histórica, sean apreciados como se merecen.

Se han incluido también tres ilustraciones de época, referentes al asesinato de le Peletier, y todos los poemas originales de André Chénier, que en la edición Gutenberg se mostraban traducidos y versificados (con no poco mérito por parte de la traductora), pero que los lectores españoles francófonos no podían apreciar en su belleza original, tanta, que una de sus composiciones inspiró la ópera de Umberto Giordano, «*Andrea Chénier*».

# ES EL FINAL LO QUE CORONA UNA OBRA

—¿Es cierto, señorita, que sois biznieta de Corneille?

Lo pregunta con delicadeza, a *mezza voce*. No como, durante el juicio, el gran Fouquier, para quien tal filiación, además de deshonrosa, es vergonzante y, por muy veraz que sea, debería ocultarse. Él no es así. En el tono de su voz no se percibe ni la ironía displicente del acusador público ni su incredulidad. Él venera al dramaturgo; no condena a su descendencia. Lo leo en sus ojos, ligeramente entornados. Quizás se esté preguntando: ¿es posible que la sangre que corre por las venas de esta joven, esa sangre que pronto correrá por las tablas del cadalso, sea la misma que la del autor de *Horacio*, de *Andrómeda*, de *La ilusión cómica* o de *El Cid*?

De querer salvar la vida, no me habría comportado como los héroes cornelianos: una Judith decapitando a Holofernes, un Bruto apuñalando a César, un Rodrigo traspasando con su espada el cuerpo del Conde. Yo soy Marie-Charlotte Corday d’Armont y he asesinado a Marat. Mi bisabuelo estaría orgulloso de mí.

—Sí, lo soy.

Él sigue dibujando. Empezó mi retrato durante el proceso, en la sala de la Igualdad. Lo veía, medio escondido tras una columna, concentrado, casi fascinado, manejando el lápiz mientras los testigos se iban sucediendo. Cuando el jurado terminó de deliberar, y el fiscal pidió la pena de muerte, y el presidente pronunció la sentencia, solo pedí una cosa: que el pintor viniera a mi celda para acabar mi retrato.

Rompo el silencio:

—¿Cómo os llamáis, ciudadano?

—Perdón, no me he presentado. Jean-Jacques Hauer, capitán de la Guardia Nacional, segundo comandante del batallón de la sección

del Théâtre-Français. Fui alumno de David.

—Dicen que David va a pintar la muerte de Marat.

—Sí, ya ha empezado el cuadro.

—¿Lo habéis visto?

—Solo en boceto.

—¿Salgo yo en él?

—No. El cuerpo, dentro de la bañera, está cubierto por un paño ensangrentado. La cabeza se inclina ligeramente, envuelta en un turbante. La mano derecha pende y sujeta una pluma; la izquierda, un folio. A la derecha, un cajón de madera. Y por el suelo, un cuchillo de mango blanco.

—Pues sí que se ha tomado libertades el ciudadano David: el mango del cuchillo era negro. Lo compré en una tienda del Palais-Royal.

Me mira. Le sonrío. Duda unos instantes antes de preguntarme:

—¿Habíais venido antes a París?

—No —respondo—. Es la primera vez. Y la última. Salí el día 9. Dos días de viaje en diligencia con escala en Lisieux. Íbamos ocho pasajeros en el carruaje. Sencillos montañeses, de conversación tan simple como sus personas. Uno de ellos, tomándome por la hija de un amigo suyo, me creyó dueña de una fortuna que nunca he tenido, me llamó por un nombre que nunca había oído, y acabó por pedirme matrimonio, que nunca habría aceptado. Cuando por fin nos separamos en París, no quise darle la dirección de mi padre a quien pretendía pedir mi mano. Se marchó muy malhumorado. ¡Vaya un seductor…!

—Pero alguien beberá los vientos por vos, ¿no? Una joven tan hermosa…

—Dios no lo quiera. Siempre he dicho que nunca me casaré. Nadie, por muy importante que sea, me otorgará el título de Señora. En mi corazón solo hay lugar para un amor: el de la patria. Además, disfruto más con la compañía de los libros que con la de los hombres.

—¿Habéis leído mucho?

—Creo que no he hecho otra cosa en mi vida. Unas horas antes de visitar a Marat estaba leyendo a Plutarco en mi habitación. Recuerdo un fragmento que subrayé. El autor compara a Dion con Bruto: «La mayor alabanza que podemos hacer de ambos personajes

es que odian a los tiranos y execran su sevicia».

—¿Creéis haber matado a todos los Marat?

—La muerte de éste amedrentará a los otros, espero…

—¿Y por qué Marat y no Robespierre o Danton?

—Porque Marat mantenía el fuego de la guerra civil para que lo nombraran Dictador; porque Marat pervertía a Francia con sus escritos; porque Marat se proclamaba amigo del pueblo cuando era el mayor enemigo de la patria. Matando a un solo hombre he salvado a cien mil.

Silencio. Sigue pintando.

—¿Tenéis familia? —me pregunta.

—Claro, como todo el mundo. Mi padre fue agricultor. Pero ahora se dedica a pleitear con mis tíos por una dote que nunca le pagaron. Mis dos hermanos emigraron y no sé dónde están. Al parecer, uno marchó a España y el otro a Brabante. También tengo una hermana, Eléonore, dos años menor que yo. Pasé mi infancia con ella. Era una niña enfermiza: nació gibosa. Cuidé de ella, le enseñé a coser, a amasar pan, a dar de comer a las gallinas… La voy a echar de menos.

—¿Y vuestra madre?

—Falleció dando a luz a un niño muerto. Yo tenía catorce años.

Él calla. Prosigo:

—Los enterramos juntos. Nunca me repuse del todo. Tras la muerte de nuestra madre, Eléonore y yo entramos en la abadía real de la Sainte-Trinité. Allí nos ensañaron música, dibujo, encaje, buenos modales y ritos religiosos. Yo escribía versos y, sobre todo, leía: *Vidas paralelas, El contrato social, Historia de las dos Indias*. Y, por supuesto, a Corneille. Luego vino la Revolución. Al cortarle la cabeza al rey, quienes debían darnos la Libertad la asesinaron. Nunca fui monárquica. En cierta ocasión, durante una cena, me negué a brindar por ese rey ciertamente virtuoso pero demasiado débil para ser bueno. Soy republicana. Siempre lo he sido. Pero cuando me enteré de que habían guillotinado al rey, el corazón me dio un vuelco. De rabia. Ese día pensé que la Revolución estaba mal planteada.

Tras la muerte del rey, le tocó el turno al abate Gombault. El buen hombre, que tanto había cuidado de mi madre en sus últimos momentos, se negó a prestar el juramento. Se escondió, lo

encontraron. Lo guillotinaron en la plaza Saint-Sauveur de Caen. Ese día sentí que la Revolución era cruel.

Luego, los diputados girondinos, a punto de ser detenidos, se refugiaron en el Hôtel de l’intendance, en la calle Carmes. Asistí a algunas de sus reuniones. Hablaban mucho, actuaban poco. Ese día comprendí que la Revolución estaba perdida. Que alguien tenía que salvarla.

Dudé mucho tiempo. Escribía en trocitos de papel: «¿Lo haré? ¿No lo haré?». Mantuve la indecisión hasta el final.

—¿Vuestra familia estaba al corriente de tales intenciones?

—No. Antes de iniciar mi viaje a París quise ver a mi padre por última vez, pero me contuve. Me hubiera dolido demasiado. De modo que le mandé una carta diciéndole que me marchaba a Inglaterra.

—¿Y no habéis tenido noticias suyas?

—No. Ayer le escribí de nuevo, pidiéndole perdón por haber dispuesto de mi vida sin su permiso. Espero que no se aflija, que me olvide, o mejor, que se enorgullezca de mí, pues es noble la causa. El crimen deshonra; el cadalso, nunca.

Lo veo dubitativo, pero termina por preguntar:

—¿Os resultó difícil…?

—¿Asesinar a Marat?

—Sí.

—Más fácil de lo que pensé.

Él calla. Quizás por temor a agraviarme. Pero a mí me apetece hablar:

—Yo no sabía dónde vivía. Le pedí a un cochero que me llevara a su casa pero él tampoco conocía la dirección. Preguntó. Hôtel de Cahors, en el número 30 de la calle Cordeliers. Allí me llevó. El portón daba a un patio oscuro, casi lúgubre. La guardesa me indicó cuál era la vivienda del ciudadano Marat:

—En el primer piso —me dijo, y añadió que le tenían prohibido dejar subir a nadie—. El ciudadano está muy enfermo. Debe descansar y no recibe visitas.

Salí a darme una vuelta por París. Al cabo de una hora, volví al Hôtel de Cahors y subí la escalera a toda prisa. En el aposento había tres mujeres.

—Vengo de Caen y preciso hablar con el ciudadano Marat —dije a una de ellas.

—Imposible. El ciudadano no recibe a nadie.

Insistí.

—¡Escribidle una carta!

Regresé a la posada de la Providence, pues allí me hospedaba, y redacté una nota: «Acabo de llegar de Caen. Sois tan amante de la patria que os interesará saber los complots que contra ella se están tramando. Espero respuesta». Admito que el ardid era avieso. Pero no veía otro modo de que me recibiera y en ciertas circunstancias todo vale. Mi primera idea, al salir de Caen, era presentarme en la Convención y matarlo en lo alto de la sala, donde se sientan los miembros de la Montaña, pero Marat ya no asistía a las sesiones. Era preciso, pues, que me dejaran entrar en ese cuarto de baño donde, según me habían contado, pasaba casi todo el tiempo metido en una bañera zueco medio cubierta por un tablero sobre el que escribía las soflamas que incitaban al asesinato y a la delación.

Eran casi las siete de la tarde cuando, por tercera vez aquel día, acudí al domicilio de Marat. La guardesa no estaba en su cubículo y pude subir fácilmente al primero. La mujer que me había echado por la mañana quiso despacharme sin más. Le pregunté si Marat había recibido mi carta.

—No lo sé —me dijo—. Le envían tantas…

Insistí en verlo, me negué a marcharme y alcé el tono de voz. Marat me oyó.

—¡Simone! —gritó.

Más tarde supe que era su esposa, o su prometida. La mujer acudió, cruzó con él unas palabras y, de regreso, me anunció:

—El ciudadano Marat accede a recibiros. Sed breve, que necesita descansar.

Me registró el bolso. Nada que pudiera parecerle sospechoso: mi pasaporte, mi monedero, un reloj y una bobina de hilo blanco. El cuchillo, lo llevaba escondido en el pecho.

Entré en el cuarto. En la pared, dos pistolas cruzadas y un mapa de Francia bajo el cual una palabra, escrita en mayúsculas, resumía la lucha de toda una vida: «Muerte». Marat estaba en la bañera, con el torso desnudo y un pañuelo mugriento en la cabeza. Creo que sufría una grave enfermedad de la piel y el dolor de las llagas

supurantes solo se le calmaba dentro del agua. De aquella bañera emanaba un hedor tan nauseabundo —mezcla de azufre y vinagre— que decidí respirar solo por la boca. Quizás por ese motivo no me demoré. Además, que quede claro, yo estaba totalmente decidida a matarlo: abreviar los sufrimientos de Marat, era abreviar los del pueblo francés.

—¿Qué quieres de mí, ciudadana?

—Vengo de Caen para informarte de lo que se está tramando contra la patria.

—Te escucho.

—Los diputados proscritos se han refugiado allí. Se alojan en el Hôtel de l'intendance y están organizando una contrarrevolución.

—¿Cuántos son?

—Dieciocho.

—¿Tienes la lista con sus nombres?

—Me los sé de memoria.

Apunta, frenético: Buzot, Louvet, Barbaroux…

Le pregunto:

—¿Qué pensáis hacer?

La boca se le contrae, se ríe:

—Los traeré a París y los mandaré guillotinar. A todos.

Esas palabras decidieron su suerte. Si en algún momento yo hubiese tenido la menor sombra de duda, se me habría disipado en el preciso instante en que tales vocablos salían de aquella bocaza socarrona. La ira que sentía mi corazón me señaló el camino del suyo. Me levanté, saqué el cuchillo escondido entre mis senos y se lo clavé hasta el mango. Apenas tuvo tiempo de pedir auxilio. La cabeza cayó sobre el tablero de la bañera mientras que la sangre, caliente, le brotaba del pecho desnudo. Intenté huir, pero me golpearon la espalda con una silla.

Fue entonces cuando supe que iba a morir. Pensé incluso que iban a matarme allí mismo, pero unos hombres valientes y dignos de todo elogio me protegieron de la natural furia de los dolientes. Ante mi aplomo, algunas mujeres me increparon despiadadamente, pero quien salva a la patria poco se preocupa del coste. Después, vino el interrogatorio y el registro de mis pertenencias. Chabot se

quería quedar con mi reloj de oro. Le pregunté: ¿no tienen los capuchinos voto de pobreza?

Me encerraron en la cárcel de la Abbaye. Dormí muy poco la primera noche. Oía los cañonazos de la Guardia, en honor a Marat. Mucho ruido y pocas nueces. El verdugo convertido en mártir. Pero ya sabemos que al pueblo le cambian los sentimientos de un día para otro: hoy aman, mañana odian. Llevarán su cuerpo al Panthéon y, no tardando mucho, lo sacarán de allí. Dormí muy poco, decía; así que recé.

Silencio. Ya no dibuja; me mira.

—¿Creéis en Dios?

—Rezo para que exista.

—¿Y en la vida después de la muerte?

—La pregunta es vana: el secreto está demasiado bien guardado.

—¿Os habéis confesado?

—No. Me mandaron un cura, pero era un constitucional y lo rechacé. Llevaré mi cabeza hasta la guillotina sin necesidad de sacerdote.

—¿Tenéis miedo?

—A veces sí, y entonces, recuerdo los versos de Corneille: Morir por la patria no es triste suerte; es inmortalizarse con una hermosa muerte.

El pintor prosigue:

—Asistí al proceso.

—Sí, os vi. Detrás de una columna.

—Estabais bellísima.

—¿Ya habláis de mí en pasado?

—Quiero decir… sois bellísima.

—Gracias.

—Deberíais haber alegado enajenación mental.

—¿Me creéis loca?

—No, pero hubierais salvado la cabeza.

—Hubiese sido una humillación. Dicen que el presidente Montané, a quien caí en gracia, aconsejó a mi defensor que me declarara enajenada mental. Me negué en rotundo. El hombre hizo lo que pudo: mi acto, dijo, solo podía explicarse porque la exaltación del fanatismo político me había puesto el puñal en la mano. Me defendió con valentía, de un modo digno de él y de mí.

Ese Chaveau-Lagarde es un hombre cabal. No como el ciudadano Doulcet, a quien pedí que me defendiera y que por cobardía me dejó en la estacada, cuando la cosa no era tan difícil. Le voy a escribir una carta quejándome de su comportamiento.

—Y luego pronunciaron el veredicto…

—Solo esperaba la pena de muerte. Cuando me concedieron la palabra por última vez, lo único que pedí fue que os autorizaran a terminar mi retrato. Y aquí estáis, en mi celda.

El artista da un paso atrás. Mira su obra; luego, a mí y luego al cuadro de nuevo. El retrato está acabado.

—Espero no decepcionaros —dice.

Me alarga el dibujo. Me ha representado tal como soy, con el gorro que me he hecho yo misma, mi vestido blanco y mi melena castaña que pronto me cortarán.

—Está muy bien. No sé cómo agradecéroslo. ¿Podríais mandar a mi familia una copia en miniatura?

—Os lo prometo.

Oigo pasos. El ejecutor y sus ayudantes vienen a buscarme.

—¡Cómo! ¿Ya?

—Es la hora.

Me quito el gorro, pido al verdugo que me deje terminar la carta para el ciudadano Doulcet. Acepta. Después, le ruego que me deje las tijeras. La petición le sorprende, pero ¿se puede negar a una condenada su última voluntad? Me las da. Me corto un mechón y se lo entrego al ciudadano Hauer. Es lo único que puedo regalarle. *Dar a manos llenas no siempre es un regalo: la manera de dar vale más que lo dado*. Le digo:

—Para mostraros mi agradecimiento. Conservadlo como recuerdo.

Le brillan los ojos, pero hace cuanto puede por no llorar. Una lágrima podría llevarlo al patíbulo. Me besa la mano y murmura:

—Adiós, señorita.

El verdugo y sus ayudantes quieren atarme los pies. Me niego. La ley lo exige. *Dura lex, sed lex*. De modo que me dejo. Luego, me cortan el pelo. Me envuelvo después con la camisa roja de los condenados a muerte por delito de asesinato. Había pensado no quitarme los guantes pero el verdugo me asegura que no me hará daño al atarme las manos. Aprieta lo menos posible. Me despido del

ciudadano Richard y de su mujer, que tan buenos han sido conmigo.

Salimos al patio.

La carreta me espera. Me dan un taburete, pero sé que permaneceré de pie. Quiero mirar a la muchedumbre a los ojos. Solo se muere una vez. Es el final lo que corona una obra.

## LOS PECHOS DE LA REINA

*3 de julio de 1793*

¿Qué importa un niño cuando se trata de salvar la República?

*13 de julio de 1793*

Marat ha muerto. Una ex noble lo ha apuñalado en la bañera.

*14 de julio de 1793*

¿En qué punto estamos cuatro años después?

*20 de julio de 1793*

He comprado en la calle Grenelle-Saint-Germain un busto con la efigie del «amigo del pueblo». El de Lepeletier, sobre la chimenea, se sentía muy solo

*Desde que un Paris fiero*
*En la fonda Febrero*
*Le clavó su acero*
*Una noche de enero.*[2]

*23 de julio de 1793*

El yeso es muy frágil: Louise ha tropezado con Marat que se ha hecho añicos. Lepeletier no ha vertido ni una lágrima. Insensible.

*1 de agosto de 1793*

La puerta se abre.

Cinco metros de largo por cinco de ancho.

Un catre, dos sillas, una almohada, una manta, una tina, una alfombra vieja.

Ella se desnuda, cuelga el reloj de un clavo, se acuesta. Son las cuatro de la madrugada.

La puerta se cierra.

*2 de agosto de 1793*

A Jeannot solo le obsesiona una cosa: ¿cómo serán sus pechos?

Se contesta a sí mismo: «¡Algún día se los veremos, rediós!».

*3 de agosto de 1793*

Louise lleva dos días acosándome a preguntas: ¿Cómo está? ¿Qué hace durante el día? Y lo que más le interesa: ¿Cómo va vestida?

No le contesto, o lo hago con evasivas. ¿Qué podría decirle? ¿Que la veo taciturna, abatida, resignada? ¿Que se pasa el día rezando? ¿Que cuando no reza es porque está llorando? ¿Que viste como una mujer del pueblo y que la tratan como a una mujer del pueblo?

No, mejor no contarle nada de eso. Limitarme a llevar este diario. Es mi desahogo.

*4 de agosto de 1793*

La encargada de atender a la reina durante su estancia aquí es la lavandera Rosalie Lamorlière, que lleva unos meses al servicio de los *concierges* Richard. Ella y nosotros, sus guardas.

*5 de agosto de 1793*

Somos dos vigilando la celda. El otro soldado es Jeannot, un jacobino de toda la vida. Habla como el periódico *Le Père Duchesne*:

—¡Vamos, que le rebanen de una vez la cabeza a esa zorra, que

la lleven a jugar a la gallinita ciega con la guillotina! ¡Que su maldita raza expíe en el cadalso todos los crímenes cometidos! ¡Rediós, que le pongan la corbata de Sanson como se la pusieron al hideputa del Capeto! ¡Hay que machacarla como a un gusano asqueroso!

Intento despertar su compasión:

—Solo es una mujer…

—¡Una gran puta, eso es lo que es! ¡Una fulana remilgada!

—Pero si ya no es reina…

—¡De un saco de carbón no se puede sacar harina blanca! ¡Un tabal siempre olerá a arenques, rediós!

—Modera tus palabras.

—¿Le estás dando la espalda a la República, ciudadano?

—No puedo consentir que la acribilles…

—¡Por todos los demonios del infierno! ¿A qué viene tanta consideración? ¡No tardarán en ponerle el collar de la igualdad! ¡Saldrá más barato que el collar Rohan que le brillaba en el jodido escote!

Me doy por vencido.

*6 de agosto de 1793*

Le han incautado el reloj.

Ante mi extrañeza de que llore por la pérdida de un simple objeto, me dice para justificarse:

—Era de mi madre. Siempre lo llevé conmigo.

Es la primera vez que me dirige la palabra.

El tiempo debe parecerle ahora muy largo.

*7 de agosto de 1793*

No solo a ella se le antoja largo el tiempo. A Jeannot también. Pero por otras razones:

—¡Rediós, que se ha pasado la semana y seguimos sin verle los pechos!

*8 de agosto de 1793*

Barassin friega la celda todas las mañanas. El salteador de caminos cumple su tarea refunfuñando; cuando termina, limpia la bacinilla y quema enebro para disimular los olores. Pues sí, las reinas también…

*9 de agosto de 1793*

—Sabes —me dice Louise—, aunque no la he visto nunca, para mí es como una amiga. Durante años le he cosido sus vestidos y me he sentido siempre orgullosa, muy orgullosa, de saber que se los ponía.

Vestir a la reina era su razón de ser, la razón por la que se levantaba cada mañana. Desde que dejó de ser costurera en el taller de Mademoiselle Bertin, Louise va cayendo poco a poco en la melancolía.

*10 de agosto de 1793*

Solo le quedan dos sortijas de diamantes, que se va pasando de un dedo a otro sin descanso.

*11 de agosto de 1793*

Han venido unos comisarios de la República y le han requisado las dos sortijas. Nada debe distraerla de la inactividad.

*12 de agosto de 1793*

Hay algo de lo que aún no la han privado: la comida. Quieren mantenerla viva hasta un eventual proceso. En ese sentido, le dan un trato de favor: café para el desayuno, pollo y verduras para el almuerzo, caldo para la cena, melocotones de postre y agua mineral de
Ville-d’Avray.

*13 de agosto de 1793*

El barón de Batz ha prometido un millón para quien salve a la

reina. Desde entonces los muros de la Conciergerie parecen menos gruesos.

*14 de agosto de 1793*

Hoy, Madame Richard se ha traído a su hijo, al que todos llaman Fanfan. Un rubito de ojos azules, casi de la misma edad que el Delfín. Al ver al chiquillo, que le recordaba tan dolorosamente al suyo, la reina se puso a acariciarlo, a estrecharlo entre sus brazos, a cubrirlo de besos. El niño, encantado de ser objeto de tantas atenciones, se dejaba mimar gustoso. Pero pronto la reina se emocionó y rompió a llorar. Desconcertado, Fanfan corrió a refugiarse entre las faldas de su madre quien, disculpándose, se despidió de su huésped. Dudo de que la experiencia se repita.

*15 de agosto de 1793*

Y nosotros, ¿qué hacemos mientras ella no hace nada? Jugamos a las cartas, al piquet sobre todo. Un pasatiempo como otro cualquiera. Tonterías. Sacrificar en trivialidades lo más preciado que tenemos. Estoy convencido de que no entenderemos la vida mientras no nos concienciemos de lo precioso que es el tiempo.

*17 de agosto de 1793*

A veces, es ella quien parece vigilarnos. ¡Hasta en la cárcel se invierten los papeles!

*20 de agosto de 1793*

Lleva varios días con unas fuertes hemorragias y Rosalie le cambia la ropa interior a diario. Sin embargo, no la hemos oído quejarse ni una sola vez. Su estoicismo es digno de admiración.

*28 de agosto de 1793*

Michonis, el inspector de la cárcel, actúa cada vez más como dueño y señor del lugar. Hoy la ha visitado en compañía de otro

hombre y me ha parecido que éste tiraba algo detrás de la estufa. O quizás lo he soñado.

*29 de agosto de 1793*

Sin embargo, estoy seguro: dejó caer algo.

*30 de agosto de 1793*

No. He debido soñarlo.

*31 de agosto de 1793*

De todas formas…

*3 de septiembre de 1793*

Los comisarios de la Comuna han llegado en masa a la Conciergerie. Llevan dos horas interrogando a todo el mundo.

Éstos son los hechos: el hombre que acompañaba a Michonis hace unos días tiró efectivamente algo —¡yo no lo había soñado!—. Aún ignoran la identidad del individuo, pero sí saben que se trataba de un clavel dentro del cual había una nota. Como la reina no tenía con qué escribir, contestó perforando las letras en un trozo de papel con una aguja. Luego, dio el papelito al ciudadano Gilbert, su vigilante cuando Jeannot y yo no estamos de turno. Pero Gilbert, encargado de entregar la respuesta al desconocido que debía regresar unos días después para ayudarla a huir, no es hombre que se deje sobornar por el simple agradecimiento de una mujer, por muy reina de Francia que sea. Algunas monedas de oro le hubiesen quizás sellado la boca, pero la reina no tiene nada que darle. Tras varios días de reflexión terminó por informar a sus superiores. Desde entonces, todo el mundo anda alborotado en la Conciergerie.

*5 de septiembre de 1793*

El hombre del clavel se llama Rougeville, un agente monárquico nombrado caballero de Saint-Louis cuando aún había caballeros,

santos y Luises. Lo están buscando por todo París.

*6 de septiembre de 1793*

¿Qué habría hecho yo en el lugar de Gilbert? ¿Habría guardado silencio? ¿Estaría hoy la reina fuera de esta siniestra prisión? La Historia se hace a veces con tan poca cosa… Es un encadenamiento fortuito de circunstancias. Un destino depende de un juego de dados, de la presencia de tal vigilante en lugar de tal otro.

*11 de septiembre de 1793*

Traslado de la reina a la antigua farmacia. Han condenado con una chapa la cristalera que da al patio y han tapiado la que da al pasillo. Afuera, dos guardas custodian la ventana. Los *concierges* Richard han sido sustituidos por los Bault; han destituido a Michonis. Han doblado la vigilancia y respondemos de la prisionera con nuestra vida. La conspiración del clavel solo ha servido para precipitar su hado.

*13 de septiembre de 1793*

Le han confiscado el medallón donde guardaba los mechones de pelo de sus hijos. Ya no le queda nada, salvo su perrito.

*14 de septiembre de 1793*

Tampoco le traen comida especial: desde ahora, un mendrugo, unas verduras medio podridas y las mismas gachas negruzcas con las que se alimentan los demás detenidos.

*15 de septiembre de 1793*

¿Qué ha hecho hoy la reclusa? Nada, o casi nada. Leer, meditar, rezar: la nueva trinidad de su lúgubre día a día. Ella que, en los tiempos de esplendor, no podía vivir ni un momento sin su séquito, tiene ahora que limitarse, la pobre, a acechar los rumores del patio que rompen el silencio, único artificio capaz de conjurar el paso del

tiempo, pues, según dicen, el silencio es el ruido que hace el tiempo al pasar, y medir el paso del tiempo sigue siendo el mejor modo de no sumirse en la locura.

*16 de septiembre de 1793*

Ha pedido algo para leer. Le han llevado unos libros. Se ha pasado el día dañándose la vista con los viajes del capitán Cook.

*20 de septiembre de 1793*

Estrenaba doscientos, quizás trescientos vestidos al año. Solo los llevaba una vez, dos como mucho; luego, los reformaban y los vendían.

Le bastaba con requerir a su camarera mayor, acariciar decenas de muestras de tela pegadas con gotas de cera en un cuaderno, clavar un alfiler en las que le gustaban, y su modista se apresuraba a diseñarle emperifollados vestidos con gran miriñaque, cubiertos de pedrería y perlas; o de levita, con cintas en el talle; o a la polonesa, con la falda acabada en un volante; o a la turca, con cuello vuelto, corsé plisado y bordados con punto de jazmín; o a la inglesa, con mangas bombachas, alzacuellos y brial.

Después mandaba llamar a Léonard, quien la peinaba a diario: a lo erizo, con el pelo recogido hacia arriba, cardado y rizado en las puntas; a lo puercoespín; en cuna de amor; a lo circasiano; en forma de cuerno de la abundancia, o a lo infantil, con el pelo corto y rizado.

Seguidamente, aparecía su perfumista, que le preparaba fragancias a base de rosas, ámbar, lavanda y jazmín.

Luego venían la lectora, la dama de honor, la doncella, el médico, el secretario, los pajes y lacayos, todos a su servicio; al servicio de la reina, en ese enorme y lujoso palacio en el que se agobiaba, sometida a la etiqueta —liturgia ridícula del poder—, a las intrigas, a los bailes cortesanos; palacio que abandonaba para refugiarse lejos de los fastos de la corte, rodeada de su camarilla, en un soberbio recepto: su pequeña Viena con jardines, teatro, templete de Amor; aldea donde pescaban carpas y lucios; donde, vestidos de aldeanos —traje de percal y sombrero de paja— jugaban

a ser campesinos, mientras que a pocas leguas de allí los auténticos campesinos se morían de hambre y de agotamiento. Y ellos no jugaban.

¿Qué le queda hoy de todo aquello? Unas pañoletas de crepé, una enagua de algodón estampado, una cinta para atarse el pelo, un par de zapatillas medio mohosas, Rosalie que la peina por las mañanas y dos guardas que la espían día y noche.

*21 de septiembre de 1793*

Aparecer, exhibirse, brillar.

Empañarse, oscurecerse, apagarse.

Schönbrunn, Versalles, Trianón.

Tullerías, Temple, Conciergerie.

Así se fue reflejando, en los fastos de los palacios que la acogieron, el trágico destino de una reina.

*1 de octubre de 1793*

Jeannot no puede más: «¡Llevamos dos meses con la Mesalina y aún no hemos podido verle los jodidos pechos!».

*8 de octubre de 1793*

Ya se le han enmohecido del todo las zapatillas. En gran parte, por culpa del suelo de ladrillo rojo. He tenido que rascárselas con la hoja de mi espada.

*11 de octubre de 1793*

Un sacerdote refractario ha celebrado misa en su celda. Lo llevó Mademoiselle Fouché. A Jeannot le hubiera encantado prohibirle la entrada, pero fue incapaz: la Revolución no ha logrado quebrantarle la fe. De modo que ambos comulgamos con la reina. Es un alivio saber que ha recibido los auxilios espirituales antes de llevar la cabeza al patíbulo.

*12 de octubre de 1793*

Esta noche ha hecho un frío tremendo. Ha pedido una manta pero, por alguna razón que desconozco, se la han negado.

*13 de octubre de 1793*

¿Qué importa un niño cuando se trata de salvar la República?

Veo que escribí esta frase el 3 de julio. No es mía; la dijo el ciudadano Hébert cuando alguien preguntó por la suerte reservada al hijo Capeto.

Empezó así su discurso: «Tarde o temprano ese crío será nefasto para la nación: cuanto más encantador, más temible. Que lo lleven a él y a su hermana a una isla desierta: hay que deshacerse de ellos cueste lo que cueste». Luego, pronunció la frase criminal: «De todas formas, ¿qué importa un niño cuando se trata de salvar la República?». Se sintió tan orgulloso de aquellas palabras que, al día siguiente, salieron en su periódico para que el pueblo pudiera deleitarse con ellas. El cinismo es lo que mejor se comparte.

No sé qué suerte le espera al Delfín. Pero rezo para que *la sangre impura que empapa nuestros campos* no sea la de un niño mártir. Porque yo estaba allí el 3 de julio cuando separaron al pequeño de su madre. Yo estaba en la cárcel del Temple con los comisarios encargados de arrancar a la reina el fruto de sus entrañas. Se ha dicho que la separación se produjo con un tacto adecuado a las circunstancias, y los comisarios aseguraron que, sin olvidar el rigor propio de sus funciones, fueron considerados con ella. Pero, como suele ocurrir, la verdad es muy distinta de lo que se cuenta. La verdad es que la reina estuvo dos horas aferrada al Delfín que lloraba; la verdad es que nos imploró de rodillas, ella ante quien Francia se había arrodillado, que le dejaran a su hijo; la verdad es que si se resignó a soltarlo fue porque los comisarios, hartos de tanto escándalo, amenazaron con matar a Madame Royale, lo que por supuesto no hubiesen hecho pues nadie les había dado la orden y no se mata a la Delfina de Francia así como así; la verdad es que le juraron por su honor que pronto vería a su hijo; la verdad, finalmente, es que nunca más lo vio, salvo unos instantes, a hurtadillas, a través de un ventanuco enrejado, cuando el Delfín, alentado por su carcelero, cantaba *La Carmagnole* y el canto de los

marselleses.

Desde entonces no veo a la reina, sino a la madre. La madre despojada de sus dos hijos, la madre que encaneció en una noche porque quitarle a su hijo de ocho años era quitarle ocho años de su propia vida. Con treinta y siete años, la mujer cuya belleza había fascinado a Francia, seducido a Versalles, cautivado a un Luis XV achacoso, parece una anciana exhausta, consumida por la aflicción. ¿Qué sentido tiene cortar la rosa cuando ya está marchita?

*14 de octubre de 1793*

Hoy, a las siete de la mañana, vinieron a buscarla los comisarios. Se alisó el pelo, se puso un gorro de gasa blanca y salió con ellos, muy tranquila. Los alegatos empezaron a las ocho y prosiguieron hasta las cuatro de la tarde; luego, tras una breve pausa, se retomaron hasta bien avanzada la noche. Ahora son las cuatro de la madrugada y acaba de regresar a la celda. Agotada, se ha tumbado en la cama sin quitarse la ropa.

No he asistido al proceso. Pero sé más o menos lo ocurrido. Los pregoneros vocean por las calles los últimos acontecimientos. Al parecer, el propio Hébert dijo en su declaración que «Simon sorprendió al hijo Capeto cometiendo indecencias perjudiciales para su salud; el niño confesó que esos hábitos se los habían enseñado su madre y su tía quienes, a menudo se solazaban viéndolo realizar tales prácticas ante ellas, con ellas, y que cometían actos del libertinaje más desenfrenado». Y terminó concluyendo: «No cabe duda de que se han producido actos incestuosos entre madre e hijo». Por mi parte, no puedo imaginar ni un solo instante que tales acusaciones sean fundadas. Nadie pareció darles crédito, pues nadie replicó. Cuando iban a pasar al tema del complot del clavel, un miembro del jurado advirtió a Herman que la acusada no había contestado al hecho evocado por el ciudadano Hébert. La habían descrito como una Agripina y ella se defendió con majestad, con una majestad casi divina: «Si no lo he hecho —dijo— es porque mi naturaleza de madre se niega a responder a tal acusación. Apelo a las madres que pueda haber en la sala». Hébert, como un niño pillado en falta, agachó la cabeza y se miró los zapatos. En la escalinata del palacio, una mujer del pueblo llano le dijo a otra: «A

mí me parece que saldrá de ésta. Ha contestado como un ángel, así que la deportarán y como mucho pagará una multa».

Yo no estoy tan seguro de ello. Aunque me duela, confieso que no me hago ilusiones sobre su suerte: una fosa común, la cabeza entre las piernas y el cuerpo cubierto de cal. Jeannot piensa lo mismo: «¡Dentro de unas horas el verdugo jugará a la pelota con la cabeza de la loba!».

*15 de octubre de 1793*

Hoy es 15 de octubre, día de Santa Teresa. El santo de su madre, la emperatriz, con quien pronto se reunirá. También es el santo de su hija, Madame Royale, a la que nunca más volverá a ver. Y es también el segundo y, seguro, último día del proceso.

*16 de octubre de 1793*

Dos velas lloran lágrimas de cera sobre la mesita, junto a su cama. Se ha tumbado sin ni siquiera desnudarse. ¿Para qué respetar las normas? Dentro de unas horas todo habrá acabado. No duerme. ¿En qué pensará quien ha reinado sobre treinta millones de súbditos y está a punto de morir?

Eran las cuatro de la madrugada cuando acabó el proceso. Sus últimas palabras fueron: «Ayer no conocía a los testigos. Ignoraba lo que iban a declarar. Curiosamente, ninguno ha manifestado sobre mí nada positivo. Por último, quiero alegar que yo solo era la esposa de Luis XVI y que mi obligación era acatar su voluntad».

Se sintió indispuesta y el teniente Debusne, encargado de los traslados, le ofreció su brazo para bajar la escalera. Entonces, ella le preguntó: «¿Creéis que me van a deportar?». Según dicen, él no se atrevió a contestarle.

La han declarado culpable de todos los cargos de la acusación. Fouquier-Tinville pidió la pena de muerte y mandó detener a los abogados defensores Chaveau-Lagarde y Tronson du Coudray, por ofensa a la justicia.

La acusada pidió pluma y papel, último favor que se le concedió. Escribió una carta y luego se cambió de ropa.

Como Jeannot se asomaba para intentar verle los pechos, ella le

suplicó:

—¡En nombre de la honestidad, permitid que me cambie de ropa sin testigos!

—No debo perderos de vista ni un minuto —contestó con descaro—. Son las órdenes.

Ella suspiró, miró al cielo, se cubrió el torso con una toquilla y Rosalie se situó delante de ella para burlar la mirada indiscreta de Jeannot.

La ropa interior que se acababa de quitar estaba manchada de sangre (había tenido nuevas y abundantes hemorragias la noche anterior). Buscó con la vista un lugar para esconderla, y optó por arrinconarla detrás de la estufa.

Un sacerdote constitucional vino para consolarla. Ella se lo agradeció pero, con mucha corrección, lo despidió. Llegó después el verdugo y le cortó el pelo encanecido. Quise coger un mechón, pero el ejecutor no me lo permitió:

—¡No lo toques, ciudadano!

Y volviéndose hacia Jeannot:

—¡Quémame esto de inmediato!

Luego, me dijo con un punto de suspicacia en la voz que me heló la sangre:

—No conviene que caiga en manos enemigas de la República. Podrían convertirlo en reliquias.

Mientras Jeannot obedecía la orden, la reina me entregó su última carta, dirigida a Madame Elisabeth. Tuve tiempo de copiarla antes de dársela al ciudadano Bault. Que haga con ella lo que quiera; ya no es asunto mío.

> Es a vos, hermana, a quien escribo por última vez. Me acaban de condenar. No a la muerte deshonrosa de los criminales, sino a reunirme con vuestro hermano. Como él, soy inocente y espero mostrar su misma firmeza en los últimos momentos. Estoy tranquila, como se está cuando la conciencia no tiene nada que reprocharse. Me duele mucho abandonar a mis pobres hijos; vos sabéis, buena y dulce hermana, que yo existía por y para ellos. Y a vos, que por cariño lo habéis sacrificado todo para estar a nuestro lado, ¡en qué posición os dejo!
>
> Durante el proceso me enteré de que han separado a mi hija de vos. ¡Pobre criatura! No le escribo por miedo a que no reciba

mi carta; ni siquiera sé si ésta os llegará. Con ella os envío mi bendición para mis dos niños; espero que un día, cuando sean mayores, puedan reunirse con vos y disfrutar plenamente de vuestras cariñosas atenciones. Que piensen ambos en lo que siempre he tratado de inculcarles: que los principios y la ejecución exacta de los deberes son la base de la vida; que la felicidad reside en la amistad y en la confianza mutuas.

Que mi hija comprenda que por su edad debe siempre ayudar a su hermano mediante los consejos que su mayor experiencia y su afecto le dicten; que mi hijo, a su vez, otorgue a su hermana todos los cuidados y favores que el afecto exige; que sientan ambos que, sea cual sea la situación en que puedan hallarse, solo serán felices estando unidos; que nos tomen como ejemplo.

¡Cuánto consuelo nos ha dado la amistad en medio de tanta desgracia! Además, la felicidad se disfruta el doble cuando puede compartirse con un amigo; ¿y dónde hallar al más dulce, al más querido, sino en la propia familia? Que mi hijo no olvide las últimas palabras de su padre, que le recuerdo aquí expresamente: nunca intentes vengar nuestra muerte.

Tengo que deciros algo que me entristece muchísimo. Sé la pena que ese niño os ha causado. Perdonadlo, querida hermana; pensad en su edad y en lo fácil que resulta obligar a un niño a que diga lo que sea, hasta lo que ni siquiera comprende. Llegará un día en que se dará perfecta cuenta del valor de vuestras bondades y de vuestro cariño hacia ellos dos. Así lo espero.

Solo me queda confiaros mis últimos pensamientos. Hubiese querido escribirlos al iniciarse el proceso pero, aparte de que no me permitían hacerlo, se ha desarrollado todo tan rápidamente que no me habría dado tiempo.

Muero en la religión católica, apostólica y romana, la de mis antepasados, en la que fui educada y que siempre he profesado. No espero ningún consuelo espiritual pues no sé si quedan por aquí sacerdotes de esa religión y, de haberlos, sería para ellos demasiado peligroso entrar ni siquiera una vez en el lugar donde me hallo. De modo que pido sinceramente perdón a Dios por todas las faltas que he podido cometer desde que existo. Espero que, en su clemencia, acoja mis últimas súplicas así como los votos que llevo tanto tiempo haciendo para que, en su misericordia y bondad, acceda a recibir mi alma.

Pido perdón a todos cuantos conozco, en particular a vos, hermana, por los sinsabores que, sin querer, he podido causaros. Perdono a mis enemigos el mal que me han hecho. Me despido de mis tías, de mis hermanos y hermanas. Tenía amigos; la idea de

separarme de ellos para siempre, de sus penas, y la pena que ellos sentirán, es uno de los pesares que me llevo al morir: que sepan al menos que, hasta mis últimos momentos, he pensado en ellos.

Adiós, mi buena y dulce hermana; ¡ojalá os llegue esta carta! No dejéis de pensar en mí: os beso con todo mi corazón, así como a mis pobres y queridos hijos. Dios mío, ¡cómo me duele separarme de ellos para siempre! Adiós, adiós. Desde ahora, solo voy a ocuparme de mis deberes espirituales. No puedo actuar con libertad, así que si me traen a un sacerdote, quiero dejar constancia de que no le diré ni palabra, y que lo trataré como a un ser totalmente extraño.

*17 de octubre de 1793*

Ha llegado en una simple carreta, de espaldas al caballo; le negaron la carroza que sí accedieron a conceder al rey; también le negaron que se vistiera de negro, pues se hubiese considerado como llevar luto por la monarquía.

Con un vestido blanco inmaculado y un gorro de encaje, mantuvo impasible el rostro, rodeado por un aura divina; llegó al patíbulo con toda dignidad.

Cuando la guillotina levantó el brazo, tuve que morderme la lengua para ahogar un sollozo. Cuando el brazo cayó, miles de cabezas cubiertas con gorros rojos ondularon como un campo de amapolas, a la vez que miles de bocas gritaban al unísono: «¡Viva la República!». Y entre aquellas miles de bocas, imperceptible en la muchedumbre que vociferaba sus improperios, hubo una que murmuró: «¡Viva la reina!». Esa boca era la de Louise. Se empeñó en acompañarme o quizás era a la reina, a su reina, a quien quiso escoltar en el último viaje. Íbamos a abandonar el teatro de aquella escena infernal cuando sentí una mano posarse en mi hombro. Alguien me llamaba:

—¡Rebanado!

Me volví. Era Jeannot.

—¿Cómo?

—El pescuezo. Ya se lo han rebanado. ¡Pero he quedado sin verle los jodidos pechos!

# EL BANQUETE

—¿Sabéis, señor, lo que supone oír a veinte hombres, tan virtuosos como inteligentes, cantando a coro *La Marsellesa*, y luego a diecinueve, a dieciocho, a diecisiete, y así hasta que solo queda uno?

No, por supuesto que no.

Sois aún joven. No habíais nacido en el 93. No habéis conocido ni la Revolución ni la guerra. Ni a Robespierre ni a Napoleón. Quizás ni siquiera habéis visto morir a un hombre; o, como mucho, lo habréis visto morir de una muerte plácida, en su cama, rodeado de los suyos —claro que, unir el adjetivo «plácida» al sustantivo «muerte» aunque sea en casa, bien acompañado, al final de una vida plena, puede parecer un oxímoron muy audaz—. Pero ¿por qué hablar de algo que quizás ni siquiera se os ha pasado por la mente? Yo tuve vuestra edad y lo entiendo. Para la juventud, la muerte es como una sirvienta, una criada dispuesta a acudir en cuanto se la llama, que permanece en la cocina, paciente, mientras no se le diga lo contrario. Se la suele poner en pie de igualdad con la vida; craso error: es ella la que gana siempre.

Y de pronto, una noche se mira uno en el espejo, o besa a su mujer, o sencillamente se acuesta, y piensa en ella, y comprende que la vida, ese milagro que pende de un hilo, sigue siendo mucho comparada con la muerte. Porque la vida, a fin de cuentas, es el resultado de un mecanismo complejo y cronológico: se conocen un hombre y una mujer, se quieren o no se quieren pero al menos ceden a sus instintos, el hombre se trabaja a la mujer como un campesino la tierra y, del mismo modo que la tierra produce trigo, la mujer da a luz a un niño. La muerte, sin embargo, no sabe ni de complejidades ni de cronologías. Es de una sencillez aterradora: uno está en su casa y de repente le falla el corazón, o en el campo de batalla y lo alcanza una bala, o ante un juez que lo condena a la

pena capital. ¿Quién sabe cuándo llegará? Podemos deducirlo más o menos, o perdernos en conjeturas. Quizás me llevará antes que a vos. Es una probabilidad, no una certeza. Lo que sí es cierto, es que nos llevará a ambos. Porque tanto vos que me escucháis como yo que os estoy aburriendo, no somos nada. O *casi nada*. Y ese *casi nada* es simplemente temporal, apenas el tiempo de navegar entre las aguas fetales y las de la Estigia. Nunca olvidéis estas dos palabras: *somos polvo*. A eso se reduce una vida. ¿Un cuerpo fogosamente animado, generador de palabras, risas y gritos? *Polvo*. ¿Un hombre estimulado por innumerables proyectos, por insaciables deseos? *Polvo*. ¿Una mujer cuya belleza aún intacta hace palidecer de deseo a los petimetres? *Polvo*.

Claro, sois demasiado joven para preocuparos por este *memento mori* que acongoja al anciano que soy. Aún no os ha llegado *vuestra* noche. Pero, tarde o temprano aparecerá, creedme. Y no la podréis olvidar, como yo tampoco pude olvidarla. Porque para el joven que yo era, aquella noche fue la del aprendizaje de la vida, de la grandeza, del valor. De la muerte.

Tendría yo más o menos vuestra edad; era guarda en una cárcel. No en una cárcel cualquiera: en la antecámara de la guillotina, vinculada al Tribunal Revolucionario. Aquí donde me veis, crucé el puente de Arcole con el Emperador; una bala austríaca me atravesó el abdomen en Wagram; un cañonazo prusiano, o austríaco, o ruso —no sé, ¡todo el mundo estaba en contra nuestra!— me arrancó una mano en Leipzig; en Borodino, vi hombres blancos de escarcha refugiarse en la barriga de sus caballos muertos. Sin embargo, nada me causa tanto pavor como nombrar aquella siniestra prisión donde nunca estuve encarcelado, donde solo trabajé unos meses, hace más de cuarenta años.

Si me lo permitís, señor, os voy a contar la historia de la noche en que, por primera vez, pensé en la muerte. Fue en la Conciergerie, la noche del 30 al 31 de octubre de 1793. La noche del último banquete de los girondinos.

Quizás, señor, hayáis oído hablar de esa Cena republicana. Algunos pretenden que tan solo fue una quimera, una leyenda inventada por los historiadores para realzar sus trabajos con algunas hermosas páginas. Yo fui testigo y, si es preciso, puedo jurarlo: aquella noche,

ciertamente, tuvo lugar un banquete entre los muros de la Conciergerie. Si algunos han dudado de ello, es porque les hicieron un relato tan enfático que, de entrada, lo creyeron apócrifo.

Según cuentan, manjares exquisitos, vinos selectos, flores y candelabros cubrían la mesa de la cárcel. ¡Pamplinas, mentiras, entelequias! Francia estaba hambrienta y París, al borde de la hambruna. Un saco de trigo costaba doscientos francos; medio kilo de pescado, dieciocho. Quien conseguía un poco de carne cada diez días podía darse por contento. Os hablo de una época en la que la gente no vivía: sobrevivía. Nada más. La búsqueda del diario sustento era, en sí, el trabajo diario. He visto mujeres haciendo cola durante cuatro horas para dos onzas de pan; críos de apenas seis años doblados bajo el peso de sacos llenos de grano que se traían del campo para hacerse con una reserva. Llamadme descreído, pero el pueblo no quiere ni libertad ni República. Lo que quiere es pan. Lo que lo impulsó a tomar las armas y la Bastilla, a abolir los privilegios, a decapitar al rey no fue la lectura del *Contrato social* o del *Espíritu de las leyes*. Fueron los borborigmos del estómago vacío, la boca seca que, de noche, mastica alimentos imaginarios, el tintineo del tenedor sobre el plato, limpio nada más empezar a comer. Llega el día en que el viejo campesino que sorbe ruidosamente cada cucharada de sopa hirviendo, o la madre consternada al ver el hambre de sus hijos, o los hijos que se van en ayunas a segar un trigo que el diezmo, la talla y la gabela les usurparán, se unen para gritar juntos su miseria. Entonces, nada puede con ellos. Así nacen las revoluciones, señor mío.

Por eso, darse un auténtico festín a modo de última cena era imposible, incluso para un condenado que se gastara los ahorros de toda una vida. No digo que eso no haya ocurrido de vez en cuando. Algunos pudieron conseguir manjares deliciosos: el duque de Orléans saboreaba champán cuando fueron a buscarlo para llevarlo al cadalso, pero ¿cuántos se presentaron ante el verdugo con la boca seca y el estómago vacío?

Ése no fue el caso de los girondinos. En el banquete hubo un poco de pan, frutas y algo de vino para alegrar la noche. Pero nada más. Que quede muy claro: aquella noche, Pantagruel no estuvo en la Conciergerie. ¿Quién consiguió los víveres para los girondinos? No tengo la menor idea. Se dijo que fue Bailleul, al que luego

nombraron presidente del Consejo de los Quinientos. El susodicho, pensando quizás que le convenía pasar por buen compañero, generoso e intrépido, nunca lo desmintió, y el rumor se fue propagando. Sin embargo, es imposible que Bailleul aprovisionara a sus amigos aquella noche. Para el 31 de octubre, estaba ya encarcelado en la Conciergerie, donde permaneció hasta después de Termidor. El misterio sigue en pie, pero poco le importa a Fedón, pues si el banquete pasó a la posteridad, no fue por sus viandas refinadas, sino por la bravura, el heroísmo y la lucidez de los comensales.

Eran dieciocho. A Sillery y a Lasource, enfermos, los dejaron en la cárcel del Luxembourg. A los otros, incluido Valazé, los llevaron a la Conciergerie. Llegaron a eso de las once y media y los metieron en la capilla que hoy lleva sus nombres.

Bebieron, comieron y conversaron toda la noche. ¿Hablaron de religión, como se ha dicho tantas veces? Dos sacerdotes asistieron a aquella velada. Uno, el abate Émery, llevaba dieciséis meses encarcelado, pero no lo guillotinaban porque sabía consolar a los moribundos como nadie. «Ese curita —decía Fouquier-Tinville— consigue que la gente no grite». El otro, el abate Lambert, bendecía a los que iban al patíbulo. De todos los girondinos, solamente Fauchet quiso confesarse. Él, que había tomado la Bastilla sable en mano, renegaba ahora de su pasado revolucionario para abrazar de nuevo la fe que tiempo atrás lo había confortado. Los demás rechazaron el consuelo de la religión. Para ellos, la única religión digna de respeto era la de Voltaire, Rousseau y Condorcet. Brissot, rebelado contra las tiranías religiosas y políticas desde que tuvo uso de razón, había jurado consagrar su vida a destruirlas. Sus amigos girondinos habían proscrito a los curas y votado su deportación. No, no hablaron de religión.

Entonces, ¿de qué hablaron? ¿Es preciso decíroslo, señor? Hablaron de la Revolución, de la libertad, de la República, de la inmortalidad del alma. Han pasado demasiados años, no podría deciros sus conversaciones *verbatim*. Lo que de verdad siento es que un escribano no levantara acta de cada una de sus palabras, ora emotivas, ora burlonas, siempre elocuentes.

Recuerdo algunos ludibrios heroicos, algunas ocurrencias, algunas añoranzas. Recuerdo a Vergniaud que dijo llevar luto por la

Revolución como Mirabeau lo había llevado por la monarquía; recuerdo a Ducos preguntando a Fonfrède: «¿Amigo mío, sabes si nos enterrarán?». Y Fonfrède: «Ni idea. Pero hay por ahí una placita preciosa en la que una estatua mía quedaría perfecta». Recuerdo esta frase de Duperret: «¡Al menos, morimos por nuestro ideal: la República!» y la réplica de Boileau: «No merece la pena morir por ningún ideal, porque el auténtico ideal es vivir». Recuerdo a Mainvielle, retomando la frase de Lassource: «Morimos porque el pueblo ha perdido la razón. Nuestros acusadores morirán cuando la gente la haya recobrado».

Recuerdo que hablaron de sus amigos huidos, de los que vivían escondidos, perseguidos como animales salvajes: «¡Bebamos a la salud de Barbaroux, de Buzot, de Roland!», dijo Vergniaud. «¡Y a la de Pétion, Gaudet, Girey-Dupré y Salles!», añadió Ducos. «¡Y a la de todos aquellos que echamos de menos esta noche, pero que están muy presentes en nuestros corazones!», completó Fonfrède. No sabían que muy pronto iban a reunirse todos en el otro mundo. No sabían que Girey-Dupré los seguiría en el patíbulo veinte días más tarde; que Salles sería guillotinado ocho meses después, un poco antes que Barbaroux y Gaudet; que Roland se apuñaló el corazón al saber el suplicio al que habían sometido a su mujer; que el verano siguiente iban a encontrar a Pétion y Buzot medio devorados por los lobos. No sabían que después de su muerte, la guillotina iba a adquirir rango de institución.

Sigo viendo la belleza resplandeciente de Duchastel, el noble que se hizo granjero tras el 4 de agosto, que luego fue soldado en Vendée y diputado de la Gironda. Yo lo había visto de pasada, cuando el proceso del rey. Duchastel no había asistido a las dos primeras votaciones por una razón de peso: estaba entre la vida y la muerte. Hasta parece que le habían administrado la extremaunción. Pidió que lo llevaran a la Convención. Lo vi pálido, consumido, envuelto en una manta. Un hombre que ya sabía lo que era la muerte por haberla visto de cerca. Votó por el destierro del rey, o sea, por la vida. Y porque votó a favor de la vida, decidieron más tarde quitarle la suya. Era el más joven de los condenados; y el más valiente. No temía a la muerte. El terror, decía, es para los culpables. Los girondinos no eran culpables de nada, salvo de su oposición a los de la Montaña. Más que suficiente para otorgarles

los honores del acero.

¿Meditaba Brissot sobre su muerte tan cercana? Él había conocido la Bastilla. No solo *la toma de la Bastilla* —los vencedores del 14 de julio depositaron en sus manos las llaves de la fortaleza— sino *la cárcel de la Bastilla* en la que estuvo encerrado algún tiempo, por un libelo del que no era autor. ¿En qué pensaba? En su hijo, sin duda. En sus hermanos. No hermanos de sangre sino de alma, hombres con quienes se comercia por tener la piel de ébano.

Aún oigo a Duprat dialogando con Mainvielle. Ambos estuvieron implicados en la masacre de la Glacière: la sangre los había unido. La sangre, y la inquina hacia Duprat el mayor, al que conocí más tarde en Wagram.

Aún recuerdo su entusiasmo cuando todos, salvo Vergniaud, entonaron cantos patrióticos. El prohombre, solo en un rincón, llevaba entre las manos un estuche de oro con fondo azulino. Con ayuda de un alfiler, había grabado su nombre unido al de una muchacha. Sacó de él un reloj y lo contempló largo rato. La aguja marcaba las seis. Le dio cuerda, lo metió en la cajita y volviéndose hacia mí:

—¿Seríais tan amable de cumplir la última voluntad de un hombre honrado? —me dijo.

Asentí con la cabeza. Aquella noche trágica no hubiera podido negarle nada a tan genial orador. Aunque me hubiese pedido que escalara el pico más alto de los Alpes o que cruzara el océano a nado, lo hubiese hecho sin dudarlo.

—Conozco a una joven llamada Adèle Sauvan —me dijo, y se sonrojó al pronunciar el nombre—. Me gustaría que le hicierais llegar este estuche con el reloj.

La joven debía tener trece o catorce años. ¿Sería su prometida? Nunca lo supe. Quizás Vergniaud se habría casado con ella si la gran dama de negro, sentada junto a él esa noche, no hubiese venido para cambiar el anillo por una cuchilla.

—No temáis —le dije—. Mañana mismo iré a dárselo.

—Entonces estoy en deuda con vos. Temo, por desgracia, no poder devolveros el favor en esta vida. Quizás en otra…

Luego, dirigiéndose a sus amigos:

—Señores, vuestra compañía me es muy grata, pero deseo

presentarme ante el verdugo con las ideas claras. Solo nos quedan unas horas para dormir. Así que, hasta mañana.

Y todos, a coro:

—Vergniaud tiene razón. ¡A dormir!

De modo que, salvo Gensonné que escribía una carta, se fueron a la cama, unos para descansar, otros para sofocar sus sollozos.

Y entonces, cuando todos se acostaron, decidí llevar a cabo la empresa que, desde hacía tiempo, me había propuesto. Porque yo no estaba en la Conciergerie aquella noche por casualidad. Iba a salvar a alguien. Fui a verlo y le dije:

—Señor, quedáis en libertad.

No me creyó. Los muros eran gruesos; los barrotes de hierro, fuertemente encajados; los cerrojos, echados a conciencia. La Conciergerie era el *Infierno* de Dante *—lasciate ogni speranza, voi ch'entrate!*

—, era los Piombi [3] de Venecia, sin huida posible por los tejados. Nadie, aquí, podía convertirse en Casanova improvisado.

—¿Quién sois? —me preguntó.

—¿No me reconocéis?

Me quité el gorro, acerqué una vela para iluminarme la cara.

—¿Tú aquí? No… ¡No puede ser!

—Y sin embargo, aquí estoy.

—¿Cómo has podido…?

Quizás, señor, deba daros alguna explicación. Hay algo que no os he contado. Uno cree saberlo todo de un hombre y descubre, asombrado, que no es exactamente lo que decía ser o, si lo es, ignora algunas facetas de su personalidad. Antes de ser guarda de prisiones para la Revolución y luego soldado del Emperador, yo formaba parte de la compañía de los *Cent-suisses* del rey, noble cuerpo militar cuya divisa, *Grande es la fidelidad de los de esta nación*, iba inscrita en latín sobre bandera blanca. El 10 de agosto yo estaba en las Tullerías. Veo que os turbáis; sabéis lo que significa. Han debido contaros la masacre: guardas defenestrados, hombres muertos a sablazos; otros, despedazados en los aposentos de la reina; a uno, incluso, le arrancaron el corazón y lo pusieron a hervir… Todo ello es sabido.

Me salvé de milagro. Herido bajo un montón de cadáveres, me dieron por muerto. Logré arrastrarme unos metros, levantarme, salir

del palacio y llegar a los Campos Elíseos. Allí me recogió un hombre, me escondió, me cuidó, me dio dinero, ropa, papeles falsos. Dos meses más tarde ya estaba restablecido. En lugar de huir de París y marcharme a Suiza como me aconsejó mi benefactor, permanecí en la capital bajo un nombre falso, y juré ayudar, cuando fuera preciso, al que me había salvado la vida. Aquel hombre era Gensonné.

Cuando lo detuvieron, solo pensé en saldar mi deuda: si él me había librado de la furia del pueblo, yo lo libraría de la de sus acusadores. Me hice jacobino, logré un puesto de guarda de prisiones, primero en la Abbaye; luego, en la Conciergerie.

—Le gané un pulso al destino —le dije—. No hay tiempo que perder. Éste es mi plan: quitaos la ropa, poneos la mía, atadme, quedaos con mis llaves, tomad esta bolsa y huid. Los centinelas están borrachos, no se darán cuenta de nada. Marchaos lejos de aquí, evitad los caminos, no durmáis en posadas sino en granjas. Seguro que encontraréis un alma caritativa que os acoja como antaño hicisteis conmigo. Esperad a que las cosas se calmen, a que la Montaña se derrumbe. Y si Dios quiere, volveréis triunfante.

—¿Y tú, amigo mío? ¿Qué será de ti?

—Yo, señor, disfruto del privilegio de estar vivo gracias a vos. Cuando me encuentren… si me mandan a la cárcel, lo aceptaré; si tengo que morir, estoy dispuesto.

—Tu largueza te honra. Pero no puedo aceptar un ofrecimiento que sería tu perdición.

—Yo estaba perdido, y por vuestra bondad sigo aún en vida. Me habían condenado y vos me concedisteis una moratoria.

—Amigo mío —me dijo abrazándome— te lo agradezco de corazón pero no lo acepto.

Insistí:

—Señor… recapacitad…

—¿Qué hacías tú cuando te recogí?

—Habían masacrado a mi compañía, ya no quedaba nadie vivo, el rey se había refugiado en la Asamblea…

—¿Y qué habrías hecho si, unas horas antes, te hubiera propuesto que te refugiaras en mi casa, que abandonaras a tu compañía?

—Soy un soldado. Nunca me habría ido. Un soldado no

abandona su puesto.

—¡Exacto! Yo también soy un soldado ante el enemigo. El enemigo aniquila la libertad. Yo la defiendo. No abandono mi puesto. Y mi puesto, cuando muere la libertad, es el patíbulo.

—Pero señor…

—No insistas. No me hago ninguna ilusión sobre la suerte que me espera, pero la sobrellevaré sin humillarme. Mis mandantes me han enviado aquí: debo morir en el puesto que me han asignado. ¡Adiós, amigo mío!

Y fue a acostarse.

En un rincón de la celda, Valazé llevaba ya varias horas dormido. Una sábana le tapaba el cuerpo. Tenía frío.

Debemos ahora, señor, retroceder en el tiempo para que entendáis porqué ese pobre hombre no pudo participar en el ágape junto a sus compañeros de infortunio. Debemos remontarnos al día anterior, a eso de medianoche, bajo las bóvedas del Palacio de Justicia.

Ya iban siete días de proceso. Puede parecer poco tiempo, pero era mucho entonces. La justicia revolucionaria era revolucionaria antes que justicia. Las audiencias eran meros formalismos: el acusador público temía que la espada de la ley se le oxidara en las manos; los abogados, cuando había, no defendían a sus clientes por miedo a que se les reprochara falta de celo republicano, y los miembros del jurado estaban presentes solo por mantener las formas, aterrorizados, pues si mostraban alguna indulgencia, podían verse a su vez en el banquillo de los acusados. No había ni recursos de apelación ni indultos, solo guillotina y terror. La guillotina cortando cada día más cabezas; el terror golpeando al azar. Y para salir del terror, para ahuyentar el espectro del triángulo de acero, el pueblo solo esperaba un milagro de la Providencia, pues Termidor aún estaba lejos. Siete días era demasiado tiempo para la Montaña, para Robespierre, para Saint-Just, para Herman. El pueblo podía apiadarse de aquellos hombres de los que, en realidad, desconocía sus crímenes. Había que acabar, y cuanto antes. Se cancelaron los alegatos; el jurado dio su veredicto; el acusador público, su requisitoria, y la sentencia fue la misma para todos los acusados:

—¡Pena de muerte!

Cuando Fouquier-Tinville pronunció esas palabras, los condenados se levantaron, indignados, gritando de rabia y de consternación. Los que esperaban ser absueltos no se lo acababan de creer. Fonfrède y Ducos, que habían votado más veces con la Montaña que con los girondinos, se abrazaron; Mainvielle y Duprat, que habían sacrificado su honor para ofrecer Avignon a Francia, y que en aquella aventura tuvieron como aliado a Antonelle, magistrado-presidente en este proceso, maldecían a los miembros del jurado; Boileau lanzó su sombrero al aire gritando: «¡Soy inocente, soy jacobino, soy montañés!»; Sillery, por su parte, se alegraba: «¡Es el día más hermoso de mi vida!»; tan solo Vergniaud se mantenía impasible. Paseaba una mirada de desdén sobre aquellos vivos que una vez muertos entrarían en el más absoluto olvido. Él en cambio iba a morir, pero su nombre permanecería inmortal, dejando su huella en los siglos y en los cielos.

Enseguida el desorden alcanzó al auditorio. Un joven se dirigió a la puerta y, tapándose los ojos con ambas manos gritó: «¡Dejadme salir! ¡Que no me vean estos pobres hombres! ¡La culpa es mía, mi libro los ha matado!». La muchedumbre lo retuvo. Parecía decirle: *Mira la consecuencia de tus actos; mira a esos hombres que envías al cadalso; mira y recuerda, pues dentro de seis meses te tocará a ti.* Aquel hombre era Camille Desmoulins, el fiscal de la Lanterne. La acusación se había basado en su folleto *Brissot desvelado*. Quería huir de tan desgarrador espectáculo; lo obligaron a quedarse.

Algunos de los reos lanzaron al aire sus «billetes asignados». Se dijo que, con este gesto, intentaban corromper a los presentes, exhortándolos a la rebelión. Nada más lejos de la realidad. En tanto que dignos representantes del pueblo, le donaban un dinero para ellos ya inútil. ¿De qué les servirían aquellos trozos de papel una vez que sus cabezas cayeran en el cesto del verdugo? ¿Para cubrir los gastos del entierro? Ya se encargaría de ello la República: una fosa común, unas paladas de tierra, y listo.

Aprovechando el tumulto, uno de los condenados sacó de entre sus ropas un estilete que había logrado esconder. Podía utilizarlo contra uno de los gendarmes, apuñalarlo, provocar graves disturbios e intentar huir. Prefirió usarlo en su contra y se desplomó

en brazos de Brissot que le dijo: «¡Vamos, amigo, no irás a rendirte!». Y el hombre, expirando, con una mano en el puñal y la otra rodeando el cuello de su amigo, solo pudo decir estas palabras: «No me rindo. Me muero». Era Valazé.

El tribunal, no sabiendo qué hacer con el cadáver de aquel hombre que había preferido apuñalarse a esperar dócilmente, como los demás, a que le cortaran la cabeza, consideró que la pena que él mismo se había impuesto era insuficiente. El muerto tenía que pasar por el suplicio: ordenaron que el cuerpo *volviera a la cárcel, lo llevaran en la misma carreta que sus cómplices al lugar del ajusticiamiento y fuera inhumado con ellos*. Hecho único en la Historia de Francia.

No habían pasado ni dos horas desde que Gensonné rechazara mi ayuda, cuando el verdugo y sus acólitos llegaron a la Conciergerie. Salvo Fauchet que rezaba con fervor, todos los condenados estaban tranquilos y rivalizaron en ironía conforme los iban llamando:

Vergniaud fue elocuente: «Presente. Y si me aseguráis que nuestra sangre bastará para cimentar la libertad, ¡sed bienvenidos!».

Ducos parodió a Robespierre: «No me gustan los discursos largos, soy incapaz de ultrajar a la razón y a la justicia».

Fonfrède respondió con una sutileza, lo interrumpieron y al final dijo: «¡Vale, presente a secas!».

Una vez que el verdugo y sus ayudantes acabaron sus siniestros preparativos, todos rodearon a Vergniaud. Era su jefe natural, le correspondía el honor de salir el primero, cabeza alta, mirada al frente, sacando pecho. Pero éste se volvió, señaló el cuerpo de Valazé y dijo: «Ahí tenemos a nuestro hermano mayor en la muerte. Que vaya delante y nos muestre el camino». Al final de aquel camino empezaría la masacre de la juventud, de la belleza, de la virtud, del talento.

A las puertas de la Conciergerie, cinco carretas los esperaban. Subieron el cadáver de Valazé a la quinta. Le habían cambiado el sudario ensangrentado por una tela basta que le dejaba al aire un brazo y una mano ya lívida. Ese cadáver parecía decir: «Amigos míos, ved cómo estoy. Mi alma ha abandonado este cuerpo ya frío. Os espero».

En la calle Saint-Honoré, a la altura de las Tullerías, todos

entonaron *La Marsellesa*. Veinte voces recias que, al unísono, cubrían el griterío de la multitud. Aquellos hombres que iban hacia la muerte cantando la gloria de la Patria, infundían respeto a cuantos se hallaban en su camino aquel día. El contraste con el triste espectáculo al que asistí dos semanas antes en este mismo trayecto era sobrecogedor: la reina, sola en la carreta, indiferente a los sarcasmos de desvergonzados y charlatanes, mirando al frente, con la cabeza alta, mientras Graummont a caballo blandía el sable gritando: «¡Aquí tenéis a la infame Antonieta! ¡Ahora le toca a ella, amigos!». Aquello tampoco lo he olvidado, señor.

Cuando llegaron al pie del patíbulo, en esa plaza que cambia de nombre según el régimen político —plaza Luis XV en tiempos de Luis XVI, plaza de la Revolución después del 10 de agosto, plaza de la Concordia durante el Directorio, el Consulado y el Imperio, plaza de Luis XVII en tiempos de Luis XVIII y de nuevo, hoy, plaza de la Concordia— eran las once de la mañana. La niebla no dejaba ver el sol; llovía. El himno compuesto por Rouget de Lisle nunca había producido tanto fervor.

Sillery fue el primero en llegar al entarimado. El diputado del Somme, decano de los condenados, saludó a la muchedumbre a derecha e izquierda, cual artista que se dispone a abandonar el escenario de su vida. Lo siguieron Fauchet, Carra, Lesterp-Beauvais, Duperret. La sangre chorreaba, se desbordaba del cesto, se iban formando cuajos; el cadalso se tiñó de escarlata, así que, cuando la cuchilla se abatió sobre la nuca de Lacaze tuvieron que limpiarla echándole cubos de agua.

El coro se reducía conforme avanzaba el sacrificio. Boileau, Antiboul, Gardien, Lasource, Brissot, Lehardy, Duprat, fueron sacrificados.

Ducos estaba sentado junto a Fonfrède. Cuando le llegó el turno, abrazó a su amigo por última vez: «¡Hermano, he sido yo quien te ha llevado a la muerte!», le dijo. Y el hermano de alianza, que pronto se reuniría con él en el otro mundo, intentó consolarlo: «¡Al menos morimos juntos!».

El canto fúnebre perdía intensidad, pero no vigor. Solo quedaban seis —Gensonné, Mainvielle, Fonfrède, Duchastel, Vergniaud y Vigée—. Los seis agotaban sus últimas energías cantando la letra de *La Marsellesa*, letra suntuosa de la que

extraían fuerzas para ir a la muerte. Cuando subió al cadalso, Gensonné me buscó con la mirada. Solo halló mis ojos enrojecidos por las lágrimas.

Ya solo quedaban dos. Se ha comentado que Vergniaud tuvo el honor de subir el último al patíbulo. Como he dicho, era el jefe natural de los girondinos y hubiera sido normal que permaneciera vivo hasta el fin del aciago espectáculo, pues el protocolo del asesinato judicial solía asignar el último lugar al acusado más culpable, o sea, al que el tribunal consideraba el cabecilla de la banda. De hecho, unos meses más tarde, el verdugo dejó a Hébert y aún más tarde a Danton la deferencia debida al último ejecutado.

Sin embargo, el sacrificio de aquel día no terminó con Vergniaud sino con Vigée. Él fue el último en pisar el entarimado. Aún cantaba *La Marsellesa* en la báscula. «*Contra nosotros, la tiranía alza su sangriento estandarte*». Cayó la cuchilla. Silencio.

Comprended, señor, que aquel silencio produjo en mi espíritu una enorme impresión. Era el 31 de octubre de 1793, décimo día del segundo mes del año II de la República. Eran las once y media. En media vuelta de reloj, la Revolución había devorado a sus propios hijos.

Soy un anciano. He visto pasar los años, sucederse los regímenes. Vi desaparecer la monarquía y nacer la República, he conocido el Imperio y la Restauración, he vivido los Cien Días y el regreso de los Borbones. Diez veces he contemplado el patíbulo de la guillotina, cien veces he oído la estridencia de la cuchilla liberada por el verdugo, mil veces he percibido el olor a sangre recién derramada. Pero creedme señor: nunca, jamás, he visto a unos hombres que desafiaran la muerte con tanto arrojo.

# ELLA SE SONROJÓ

Estuve mucho tiempo enamorado de una joven que, a su vez, se sentía atraída por mi mejor amigo. Se llama Justine y es descendiente directa de Philippe-François-Nazaire Fabre, más conocido como Fabre d'Eglantine, poeta olvidado en la actualidad, a quien debemos una canción que media Europa tarareó en el siglo XIX —*Il pleut, il pleut bergère*— y la denominación de los meses del calendario revolucionario.

Yo solía ir a casa de Justine, en la calle Mozart de París, con la secreta esperanza de seducirla. En vano: la amé y ella me amó, pero no al mismo tiempo. Nuestro amor, que se inició en los bancos de una facultad de derecho, nunca fue sinalagmático. ¡Qué le vamos a hacer! Al menos, aquella pasión contrariada me permitió descubrir otra, sublime y trágica: la de un hombre por una mujer, en tiempos de la Revolución. El hombre se llamaba Adam Lux; la mujer, Charlotte Corday. A mí me sonaba de algo la segunda (mató a un tipo en una bañera, y la vi de pasada en el museo Grevin), pero nunca había oído hablar del primero. Y una tarde, en casa de Justine, entre dos intentos abortados de besarla, me enteré de quién era.

Jacques Fabre d'Eglantine, el padre de Justine, coleccionaba todo lo referido, directa o indirectamente, a su glorioso antepasado. Entre su vasta colección, hallé una carta de diecisiete páginas amarilleadas por el tiempo. Diecisiete páginas que habían caído, no se sabe cómo, en manos del poeta revolucionario para acabar, por un entramado de herencias, en las del padre de mi amiga. Diecisiete páginas con una caligrafía fina y armoniosa, redactadas en alemán por Adam Lux, diputado extraordinario de Maguncia, que se enamoró de Charlotte Corday al verla en la carreta camino del patíbulo. Diecisiete páginas realmente conmovedoras fechadas el 4

de noviembre de 1793, día en que pasaron a Lux por la «cuchilla nacional».

Esa carta, testamento de un hombre a punto de morir por una mujer que solo ha visto durante el trayecto entre el Palacio de Justicia y la plaza de la Revolución, nunca se había traducido. Yo no he añadido ni quitado nada. Los germanófonos pueden leer la versión original en el museo de cartas y manuscritos, sito en el bulevar Saint-Germain, en París. Está junto al alegato *Dirigido a los franceses…* de Charlotte Corday.

El 21 de octubre de 1792, los hombres del general Custine hacían su entrada triunfal en Maguncia.

La ciudad renana que vio nacer a Gutenberg trescientos años antes, se había entusiasmado con las ideas de la Revolución: el pueblo, los obispos, los aristócratas y sus criados, acogieron con vítores al ejército. Se plantó un árbol de la Libertad en la plaza del mercado, se proclamó la República de Maguncia y se envió a París una delegación de tres miembros, encargada de llevar a la Convención el decreto de unión con Francia.

Y así, unos meses más tarde, llegué a la posada Patriotes hollandais, en la calle Moulins, acompañado por Forster y Potocki.

En realidad, yo no estaba predestinado a hacer carrera en política. A mis padres les hubiese gustado que consagrara mi vida a la medicina, pero la anatomía se me atragantó. Me apasioné por la filosofía, leí a los grandes autores, escribí una tesis sobre el entusiasmo, y entré de preceptor en casa de un rico comerciante de Maguncia, cuya mujer tenía una hermana con quien me casé al poco tiempo. De esa unión nacieron tres hijas y, fiel a los preceptos de *Cándido* o del *Emilio* me retiré con ellas a una pequeña granja de Kostheim para vivir con mis libros y mi arado, cultivar mi jardín, labrar mi tierra, trabajar de campesino y filosofar. Mi infancia había sido triste, sin más preocupación que el estudio del latín y del francés, y parecía que mi vida de adulto iba a transcurrir con un ritmo parejo, tranquilo e indolente. El curso del tiempo, pensaba yo, me llevaría de la cuna a la tumba. Pero las moiras[4] se inmiscuyeron: el 14 de julio de 1789 se tomó la Bastilla y la cabeza de su gobernador fue izada en una pica. Ese día, a mis veintitrés años, empezó realmente mi vida.

Yo pensaba que la Revolución iba a hacer realidad el ideal de Rousseau: los tiranos se extinguirían, las naciones se liberarían, y todos viviríamos las excelsas horas de la Humanidad. Con algunos hombres movidos por un ardiente amor a la República, creé el Club de Amigos de la Libertad y de la Igualdad, y presenté mi candidatura para formar parte de la delegación encargada de anunciar la buena nueva en París.

El 30 de marzo de 1793 llegamos a la Convención, donde Forster leyó el decreto por el cual Maguncia se unía a Francia; al día siguiente, en los Jacobinos, juré llevar vida de republicano o morir; veinticuatro horas después, me enteré de que Maguncia estaba cercada por las tropas austro-prusianas. Para nosotros, que pensábamos quedarnos dos o tres semanas, el regreso resultaba del todo imposible. Para colmo, no disponíamos de casi nada: un traje, algunas camisas y una dieta diaria de dieciocho libras que nos pagaban en unos devaluados «billetes asignados». Una limosna que, aunque modesta, nos resguardaba de la miseria. En el fondo éramos unos privilegiados: otros se morían de hambre por la calle.

No me perdí ninguna reunión de los jacobinos. Mi desilusión fue casi inmediata: su única arma era calumniar a personas honradas para quitarlas de en medio y reducirlas a la impotencia. En la Convención era casi peor: en lugar del palacio de la Libertad que yo había imaginado, parecía el de la discordia y los resentimientos. Tan solo algunos hombres, casi todos girondinos, me caían bien. El amor ardiente y desinteresado hacia la República me unía a ellos. Pronto fueron proscritos: unos huyeron, a otros los encarcelaron, y una gran desazón se apoderó de mí. Vestido como un hortelano, con la escarapela tricolor en el sombrero, me iba, solo, a perderme por el bosque de Boulogne, para leer y meditar. En uno de aquellos paseos, una tarde de verano, tomé la decisión de saltarme los sesos en el estrado de la Convención. Tal sacrificio expiatorio, pensé, pondría fin a las luchas fratricidas. Puse al corriente de mi proyecto a los ciudadanos Pétion y Guadet. Me disuadieron:

—Se producirá una conmoción, ciertamente, y pronunciarán magníficos discursos, y te harán unas honrosas pompas fúnebres, y darán sepultura a tu cadáver. Pero luego, te olvidarán.

Tenían razón: era mejor hablar directamente al pueblo y no a sus representantes. Redacté mi proclama *Aviso a los ciudadanos*

*franceses* exhortando a los hombres de buena fe a que limpiaran Francia de cuantos habían prostituido los principios de la Revolución, y el 13 de julio la repartí por la calle. Aunque mi opúsculo, pensaba yo, me causaría algunos problemas, estaba seguro de que haría mucho ruido. Pero no fue así. Aquella tarde, todo el mundo tenía un nombre en los labios: Marat. Una joven lo había apuñalado en la bañera. Se llamaba Charlotte Corday.

Repruebo el asesinato de Marat. De hecho, odio cualquier asesinato, aunque el asesino sea un ángel y el asesinado un monstruo ávido de sangre. Marat era un hombre ruin pero, en tanto que representante del pueblo, merecía cierta deferencia. Además, el asesinato es como la Hidra de la fábula: de una cabeza cortada surgen tres.

Los hechos son sencillos: una joven discreta se cree en la obligación de salvar a la patria en peligro quitándole la vida a un hombre que, según ella, es la causa de todas las desgracias nacionales. Sin decir nada a nadie, abandona su plácido hogar, hace un largo viaje de Caen a París, se dirige al domicilio de Marat y, con mano firme, ejecuta su plan.

No asistí al proceso. Me hubiese gustado ver a Charlotte, pero la sala estaba siempre tan llena que me fue imposible entrar. Quería ver a esa mujer que Fabre d'Eglantine había descrito como una «marimacho, más rolliza que lozana, sin garbo, percudida, como suelen ser las hembras metidas a filósofos y a eruditos». No me creía el retrato esbozado por tan mediocre poeta. Y, en efecto, Charlotte era sublime.

La primera vez que la vi, fue a la salida del Palacio de Justicia. Cuando la carreta pasó por la verja del patio de Mayo, el cielo de París se nubló, como si a Dios se le ensombreciera el semblante. Se puso a diluviar; en pleno día, se hizo la noche. Los ángeles lloraban en los cielos; de pie, con las manos atadas a la espalda, apoyada en el álabe, Charlotte recibía cada gota con una sonrisa que mantuvo durante todo el trayecto.

Yo corría, adelantándome a la carreta, para verla pasar por distintos puntos. Y cuando llegaba a mi altura, empezaba de nuevo, empujando a unos, apartando a otros, indiferente a los insultos que me propinaban. Charlotte parecía no prestar atención a nadie.

Miraba a la gente asomada a las ventanas. Quizás vio, en alguna de ellas, a Danton, Robespierre y Desmoulins sin saber quiénes eran. Yo sí los vi, observando el cortejo fúnebre. El incorruptible parecía alterado, hablaba sin cesar, se quitaba las gafas, se las volvía a poner, se movía con nerviosismo. Pero los otros dos, fascinados, no lo escuchaban.

La carreta llevaba una hora rodando cuando, por primera y última vez, la mirada de Charlotte se cruzó con la mía. Me quedé petrificado ante sus ojos almendrados que dentro de nada solo verían el resplandor de las tinieblas. Me miró fijamente largo rato, quizás diez segundos, mientras que la muchedumbre, frenética, sudorosa, desgreñada, harapienta, la insultaba sin cesar. Ella, serena, mantenía una dulzura inalterable entre aquellos feroces aullidos, una mirada tierna y penetrante; unas chispas brillantes y húmedas refulgían en sus hermosos ojos, ojos en los que se expresaba un alma tan dócil como intrépida, ojos capaces de mover montañas.

Y la lluvia seguía empapándole la camisa roja, que ya se le pegaba a la piel, desvelando sus formas. Se adivinaban sus donosas curvas redondeadas, sus senos turgentes moviéndose al ritmo de la respiración. Con el rostro impasible, la boca paralizada en una leve sonrisa y la mirada tan limpia y altiva que traspasaba las nubes, Charlotte interrogaba a la inmensidad. Como si viera brillar, en los arrebatos más lóbregos, una eterna claridad.

El aguacero no duró mucho. Parecía huir ante ella. Cada paso de los caballos la acercaba a la muerte, pero ella se mostraba muy tranquila, como si hiciera el viaje para visitar a una antigua amiga. Mera ilusión. Los senos, bajo la camisa, se le levantaban con una cadencia cada vez más rápida: cuanto más se aproximaba al final del recorrido, más se le aceleraba la respiración. Al llegar la carreta a la plaza de la Revolución, el sol volvió a salir. Una Charlotte erguida, intrépida, con la frente tersa y la mirada serena, se apeó al pie del patíbulo. Cuando el verdugo le arrancó la pañoleta, su pudor se resintió. Subió por su propio pie al encuentro de la muerte. Un ujier celestial me precintó el corazón: desde ese instante, supe que nadie de este mundo podría entrar en él.

Deambulé una o dos horas por las calles de París y observé, afligido, la nueva trinidad grabada en el mármol de los edificios: Libertad,

Igualdad, Fraternidad. Hace apenas unos meses sentía escalofríos de felicidad al pronunciar esas tres palabras que el Terror ha eliminado de los frontispicios. El árbol de la Libertad se arquea pero no se rompe. La República es inmortal; confío en que resurja.

La noche en que murió Charlotte me fui a la posada de la Providence, en el número 19 de la calle Vieux-Augustins y pedí la habitación en la que ella se alojó. Quería dormir en la cama donde su cuerpo sublime se había tumbado, revolcarme entre las sábanas que habían cubierto su casta desnudez con la esperanza de que quizás la fragancia de su perfume no se hubiera evaporado del todo. Me recibió una mujer, una tal Grollier:

—Y… ¿p'a qué quieres tú el cuarto de esa tipeja, ciudadano?

—A ti qué más te da si te lo pago con mi reloj.

La mujer observó un buen rato el objeto y se lo metió en el bolsillo del delantal. De acuerdo. Mejor era eso que los «billetes asignados». Antes de subir, le pedí una botella de vino. Cuando llegué a la habitación me senté, abrí la botella y me bebí la mitad.

Solo pensaba en Charlotte. Redacté su panegírico con apacible frenesí. Si tardé cerca de tres semanas para acabar mal que bien mi *Aviso a los ciudadanos franceses*, unas pocas horas me bastaron para escribir el *Elogio* en un estilo elegante a pesar de mis deficiencias en lengua francesa. Detalle que no se le escapó al presidente Dumas: «Es evidente —me dijo durante el proceso— que vos redactasteis el folleto, y que alguien lo revisó». Estaba en lo cierto, pero no quise dar nombres. Efectivamente, no era lógico que mis conocimientos de francés hubieran mejorado tanto en tan pocos días. Mi respuesta fue: «He leído muchos libros».

La explicación es sencilla: fui a ver a un poeta cuyos hermosos versos solo tienen parangón con su odio hacia los tiranos, y le pedí que corrigiera mi escrito. Aceptó a condición de mantenerse en el anonimato y, unas horas más tarde, me devolvió mis folios. Después, un impresor clandestino, poco puntilloso en cuanto al contenido de mi prosa, aceptó ayudarme. Si rechazó que le pagara con «billetes asignados», no fue por magnanimidad, sino por perspicacia:

—Todos son falsos —me dijo—, los imprimen en Inglaterra. Lo mejor es el oro, créame.

Así que le dejé mi sello, único lujo que me quedaba. Por

prestarse a publicar escritos sediciosos, podían llevarlo a la guillotina. Pero a él no le importaba demasiado:

—Yo no hago política —me dijo—. A mí me da igual la Gironda, la Montaña o la Llanura. Lo único que quiero es un poco de pan que llevarme a la boca y unas cuantas monedas para el bolsillo. Y esos caballeros de la Convención no me lo van a dar, eso lo tengo clarísimo.

Bueno, si lo tenía tan claro… Aquella misma tarde, delante de la Asamblea, repartí los folletos impresos con pésima tipografía en papel de ínfima calidad. Sin la valentía del poeta y del impresor, cuyos nombres prefiero no desvelar —temo mucho comprometerlos si los cito en esta carta—, no hubiese podido llevar a cabo mi proyecto. La historia nunca les rendirá homenaje pero yo, desde estas páginas que garabateo febrilmente, les expreso mi más sincero agradecimiento.

Una vez redactado el *Elogio*, me bebí la otra mitad de la botella y me acosté. Estaba temblando por el vino, el gozo y el pánico. Estaba dispuesto a morir en esa cama donde Charlotte había pasado una de sus últimas noches. Durante mucho rato estuve dando vueltas entre mis dedos al cuchillo que había pensado clavarme en el pecho. Pero antes de morir por ella quería sufrir por ella. Me lo hinqué en el bajo vientre y dejé que la sangre chorreara por las sábanas. Pasaron de blancas a granate: de nuevo, ante mí, el color de la camisa que llevaba Charlotte en la siniestra carreta. De pronto, todo se me hizo evidente, tanto como la sangre que seguía derramándose: yo tenía que vivir para morir como Charlotte, en el patíbulo, y no como su víctima con el corazón acuchillado. Tomé la vela que apenas alumbraba la oscura habitación y, para cauterizar la herida, vertí cera hirviendo sobre mis carnes laceradas.

Indiferente al dolor, sentí por el contrario un ardiente deseo. La imagen de aquella camisa que la lluvia pegaba a su cuerpo me seguía excitando. Mediante una incantación latina invocadora de Mutuno Tutuno[5], murmuré varias veces *Carlotta*… y enseguida el murmullo se convirtió en gritos convulsos. Al dejarme llevar por mis inclinaciones onanistas estaba profanando el santuario de su virginidad, me estaba folgando con el pensamiento a esa criatura que no había conocido varón. Soñaba con poseer carnalmente su cuerpo guillotinado, su coño que David y Chabot inspeccionaron

post mortem para buscar en vano algún vestigio de libertinaje: era virgen cuando subió al patíbulo; ningún amante la vengaría con su brazo armado.

Por la mañana abandoné la cama manchada de sangre, sudor y semen. Ya la limpiaría la bellaca que había declarado en contra de Charlotte. Una vez satisfecho mi *Schadenfreude*[6], solo me quedaba expiar mi noche de desenfreno mediante una muerte más virtuosa.

Fui a ver al poeta, al impresor, y repartí el *Elogio* de Charlotte delante del Hôtel de Ville, del Palais-Royal y de las Tullerías, a cuantos ciudadanos encontré, ya fueran aguadores, zapateros, convencionalistas o panaderos. Me jugaba la vida por Charlotte, pero me daba igual. ¿No había escrito su antepasado que vencer sin peligro es triunfar sin gloria? Mi victoria sería el patíbulo. Solo siento que no me entierren en Ermenonville, en la isla de Álamos, frente al mausoleo de mi maestro. En mi lápida, al pie de un nogal centenario, pondría: «Aquí yace Adam Lux, discípulo de Jean-Jacques Rousseau». En lugar de ello, el despreciable verdugo tirará con indiferencia mi cuerpo en la carretilla. Porque yo ya solo pedía una cosa: el honor de pasar por la guillotina, ara sobre la que, en estos tiempos, inmolan a las víctimas. Forster consideraba que mi pasión por Charlotte me había trastornado. Kerner me suplicó que huyera. ¿Adónde? ¿A la Maguncia ocupada? Me quedé en París, descorazonado, sin más alimento diario que unos gramos de pan, convencido de que pronto vendrían a buscarme.

A finales de julio me detuvieron, me interrogaron y me transfirieron a la cárcel de la Force. Tan solo había allí unos camastros plagados de chinches y unos sacos de paja con los que había que conformarse. Éramos unos treinta en la misma celda y, a modo de letrinas, una simple tina de madera de la que salía un hedor tal que había que taparse la nariz con un pañuelo para no asfixiarse. Como única pitanza, carne pútrida, verduras en descomposición, bacalao rancio y, para saciar la sed media jarra de agua del Sena. La primera noche fue la más penosa. Después, como a todo en la vida, uno se acostumbra. Luego me llevaron a las dependencias de la enfermería, algo más confortables. Me pasaba el día durmiendo y conversando con las mentes lúcidas que allí encontré: Vergniaud, el más grande orador de nuestro tiempo,

guillotinado hace cuatro días; Miranda, general venezolano que combatió en África, en Estados Unidos, en las Antillas y en Valmy; Montané, presidente del Tribunal Revolucionario, culpable, según Fouquier-Tinville, de alegar que Charlotte estaba loca para que la declararan irresponsable de sus actos; Champagneux, que, en el momento de su detención, estaba negociando con Hérault des Séchelles el manuscrito autógrafo del *Émile*, y todos aquellos hombres aún jóvenes, gallardos, que esperaban impávidos en la antesala de la muerte a que vinieran a buscarlos para quitarles la vida. Aquello duró tres meses.

El tiempo empezó a hacérseme largo, así que decidí acelerar las cosas. Envié una carta a Fouquier-Tinville pidiéndole que la justicia se pronunciara sobre mi caso: «Ciudadano: tener opiniones diferentes a las de los gobernantes puede que sea una desgracia; publicarlas, una imprudencia. Pero ¿por qué considerar la mayor de las locuras no ser idéntico a los demás? Solicito que se me juzgue con prontitud para que el tribunal decida si soy republicano o contrarrevolucionario, loco o cuerdo, sensato o irreflexivo, inocente o culpable. Cualquier cosa es mejor que el oprobio injusto e ilícito de verme mantenido y encerrado como un ser inútil, luctuoso, despreciable. De modo que os insto a decidir lo antes posible si ha lugar alguna acusación contra mí y, en caso afirmativo, que se me juzgue. Cualquiera que sea el resultado de dicho juicio, siempre os estaré agradecido».

Y para estar seguro de lograr mis fines, en otra misiva escrita bajo el seudónimo Moschenbey, exigí al acusador público que mandara al Tribunal Revolucionario *al execrable Adam Lux, que había tratado a Marat de monstruo y comparado a la infame Charlotte Corday con Bruto*.

Al parecer, hubo división de opiniones sobre mi suerte. Para unos, yo era un loco —el periódico *Courrier de l'égalité* me recomendó baños de agua fría— y una condena me convertiría en mártir; otros opinaban que si yo había decidido morir y era culpable de haber redactado escritos contrarrevolucionarios, había que acceder a mi petición. Ganaron los segundos. Unos días más tarde, me entregaron el acta de acusación.

El proceso se inició con unas preguntas del presidente Dumas

sobre mis orígenes:

—Os llamáis Adam Lux, veintisiete años y diez meses de edad, residente en Kostheim, cerca de Maguncia. Alemán, ¿no es así?

—Nací súbdito de un príncipe alemán —respondí—, me hice francés porque creí en la pureza de la Revolución. Hoy, mi única patria es la Libertad.

Me condenaron a la pena de muerte, por ser «autor de escritos que incitan al quebrantamiento de la representación nacional y al restablecimiento de un poder destructor de la soberanía popular». En mi defensa, respondí con una sola frase: «Me someto a la ley». A esa ley cuya espada me mandará *ad patres* dentro de dos horas como máximo. Llegué a Francia el 29 de marzo, o sea, ciento diez días antes de la muerte de Charlotte. Voy a morir el 4 de noviembre, ciento diez días después que ella. Nadie podrá disuadirme de que en esta funesta simetría temporal hay una marca del destino. ¿Y qué puede el hombre contra el destino? Una teja habría podido matarme, y mi muerte no hubiera servido a la libertad; de este modo, al menos, muero con honor. Ojalá este pensamiento consuele a mi mujer, a quien amo aunque muero por otra; llorará mi pérdida pero se sentirá honrada. No podré ayudarla a educar a nuestras hijas, pero les dejo el recuerdo de mis sentimientos, de mi vida y de mi muerte.

Sabine, mi querida esposa, Appolonie-Thérèse, Marie-Anne, mis hijas adoradas, perdonadme la aflicción que voy a causaros. Pronto estaré más cerca de vosotras que estos últimos seis meses, pues mi espíritu, al fin liberado del envoltorio terrenal, no tardará en planear sobre vosotras.

Mientras tanto estoy aquí, en una angosta celda. Me queda poco tiempo para terminar esta carta que será, de algún modo, mi testamento. Quienes la lean un día, si es que alguien lo hace, entenderán quizás mi resolución. He elegido morir, no por frivolidad o locura como se ha escrito, sino como fruto de una profunda cavilación. Sopesé los pros y los contras, y me negué a tener en cuenta los contras. Al optar por la muerte, elijo la acción.

Debo concluir pero, de nuevo, pienso en Charlotte. Después de que la cuchilla se abatiera sobre su nuca, un carpintero fanático de Marat cogió la cabeza del cesto, la alzó ante la muchedumbre aún alborotada y, ultraje supremo, la abofeteó tres veces. Un escalofrío

de horror recorrió la plaza de la Revolución y, en lugar de los aplausos previstos, solo hubo murmullos de indignación. Como otras miles de personas que asistieron aquel día al horrendo espectáculo, puedo jurar por el honor de la difunta República de Maguncia ocupada por Prusia y Austria; por los peldaños del patíbulo que subiré como se escalan los niveles de una apoteosis; por mi cabeza que pronto caerá en el cesto del verdugo y por las cabezas de los ejecutores, mis hermanos, que abrazaré dentro de un rato, pues al realizar su trabajo me enviarán junto a la persona por quien he elegido estar hoy donde estoy; por todo ello, juro que su hermoso rostro ofendido, de ojos entreabiertos, se puso como una amapola. Ella se sonrojó.

ADAM LUX

*Diputado extraordinario de Maguncia*

## MUESTRA MI CABEZA AL PUEBLO

Una suave luz primaveral envuelve París. Miles de meretrices se están maquillando para hacer la calle. Las lavanderas apalean los trapos. Los corderos pacen en la glorieta de los Campos Elíseos. Este 16 de Germinal del año II es un día cualquiera. Salvo para mí, que es el último.

Cuando Sanson y sus ayudantes vinieron a *asearnos*, me dejé caer en una silla, me arranqué el cuello de la camisa y les presenté mi nuca desnuda. Me cortaron un mechón, uno solo. Luego, se ocuparon de Philippeaux, Hérault y Lacroix. Camille, acurrucado, lloraba en silencio. Lágrimas para Lucile, su esposa, y para su hijo Horace. Cuando le tocó a él, se abalanzó sobre los ayudantes del verdugo.

—¿Por qué arremetes contra los criados de la guillotina? —le pregunté—. Están haciendo su trabajo.

Lograron reducirlo y cortarle el pelo. Lágrimas de ira le resbalaban por las mejillas. ¡Ay, él no era el único que lloraba! Chabot gemía abrazado a Bazire; Emmanuel Frey, a su hermano Junius; Fabre clamaba por su obra de teatro. Llegaba hasta mí el rumor del gentío, apretujado contra la verja del palacio. Querían verme por última vez a mí, a Danton, al tribuno, al hombre del pueblo que la cuchilla de «la Viuda» iba a decapitar en menos de una hora. Salimos de uno en uno, escoltados por dos gendarmes. Tres carretas pintadas de rojo, enganchadas a dos caballos, nos esperaban en el patio de Mayo. Subí a la primera. Y aquí estoy, de pie en primera fila. Hérault, a mi lado; Fabre, Camille y Philippeaux, detrás. Tan solo Chabot se ha sentado. El carretero, nuestro Caronte, recibe la orden de partir. Una sacudida. La muerte nos espera.

Salimos de la isla de la Cité por el Pont-au-Change. En el río, las

barcas se detienen. Unos hombres se descubren. Otros se santiguan. Algunas miradas torvas observan la escena con delectación. La mayoría no muestra ni júbilo ni espanto. Acaso indiferencia. Giramos a la izquierda, por la ribera de la Mégisserie. Muy cerca de aquí, en el café Parnasse, conocí a Gabrielle. Entonces, solo era la hija del tío Charpentier, recaudador de impuestos y propietario del local. Luego, se convirtió en mi mujer. Estando yo en Bélgica con Camus y Lacroix, me llegó la terrible noticia: había caído enferma, muy enferma, solo le quedaban unos días de vida. Febril, atormentado, regresé a París lo más rápido que pude. Demasiado tarde: llevaba varios días muerta y enterrada. Recuerdo los llantos de Louise, de Lucile, el armario de Gabrielle, sus vestidos que aún exhalaban su perfume, soplo hespéride de bergamota y naranja, de sándalo y cedro. Durante horas lloré, chillé, maldije a Dios por haberme arrebatado al ser que más amaba en el mundo. Hubo muchos dimes y diretes sobre lo que ocurrió después, pero solo fue el acto de un hombre abrumado por el dolor, que había perdido a la mujer de su vida y quería estrecharla entre sus brazos por última vez. Fui al cementerio de Sainte-Catherine y mandé que la desenterraran. Rompí el ataúd, le arranqué el sudario y abracé a Gabrielle, acaricié sus mejillas frías como el mármol, besé sus labios y pedí a Deseine que moldeara el adorado rostro que tantas veces cubrieron mis besos. «Si en las desgracias que pueden quebrantar un alma como la tuya te proporciona algún consuelo saber que dispones de un amigo entrañable y fiel, aquí me tienes. Te quiero más que nunca, hasta la muerte». Hasta la muerte… Esas palabras de Robespierre resuenan funestas en mi cabeza, hoy que es él quien me envía al patíbulo. Pronto me reuniré con la criatura por quien mi corazón se sigue estremeciendo cuando pronuncio su nombre: Gabrielle. *Requiescat in pace*.

Pasada la ribera de la Mégisserie, llegamos a la calle de la Monnaie. Algunos curiosos se asoman a las ventanas. Las carretas se abren paso con dificultad. Miro a la muchedumbre con orgullo y desdén. Hérault parece taciturno, abatido, casi indiferente. Camille, asustado, pretende conmover a la canalla vil que es el pueblo: «¿No me reconocéis? ¡Fue mi voz la que dirigió la toma de la Bastilla!». El populacho, hostil, lo abuchea, lo insulta. Camille palidece. Prosigue: «¡Soy el primer apóstol de la Libertad! ¡Van a regar su

estatua con la sangre de uno de sus hijos! ¡A mí, pueblo del 14 de julio, no permitáis que me asesinen!». Los gritos se intensifican. Las chacotas proliferan. Veo que se está desmoronando. Pretende seguir con sus exhortaciones pero Lacroix lo manda callar: «Cálmate —le dice—. Debes inspirarles respeto, no avivar su compasión». Camille, entonces, se calla, se recubre el torso macilento con los jirones de la camisa, y llora en silencio.

Delante del café de la Régence veo a David, con su bloc de dibujo y su lápiz en la mano. ¡Rastrero! ¡Disfrutando con las últimas palpitaciones vitales de Danton, como hizo con la Austriaca! Pues yo, con la cabeza erguida, la mirada desafiante, orgullosa y despectiva.

En la escalinata de la iglesia Saint-Roch, una mujer rolliza con cara de Gorgona levanta a su niño en vilo para que no pierda detalle del prodigioso espectáculo. Sus ojos, surcados por venillas rojas que estallan formando charquitos, me dan escalofríos. Mal que le pese al relojero de Ginebra, el ser humano no es bueno por naturaleza. El pueblo, tampoco.

En lugar de sacarlo de la miseria, le echaron cabezas a guisa de pan, y sangre a guisa de vino: las del rey, las de la reina, las de los nobles… Pero quiere más. El minotauro exige cada día sus cadáveres, y ahora se alimenta además con la sangre de los hijos de la Revolución. Toda esa sangre bermeja que chorrea guillotina abajo para mezclarse con las aguas de la Estigia, no le parece suficiente. Necesita también la de Desmoulins, la de Fabre, la de Danton… Y pronto, sí, pronto, les tocará a los otros…

La Revolución muere y con ella, los que quedan. No les doy más de seis meses. Yo los arrastro en mi caída. A los Robespierre, a los Couthon… Ninguno de ellos sabe gobernar. ¡Tendría que legar mis cojones al primero y mis piernas al segundo!

Calle Saint-Honoré, número 343… Ahí precisamente vive el de Auvernia, inmóvil en su sillón pajizo, con sus inútiles zapatos de hebilla calzando unos pies inertes… En el número 366, las carretas hacen una pausa. Aquí, en la casa Duplay, vive el abogado de Arras. Las cabezas se vuelven hacia los postigos, que permanecen cerrados. Lacroix me dice con su voz aguardentosa: «¡El muy cobarde se esconde como se escondió el 10 de agosto!». Camille se acalora: «¡Monstruo! ¿Seguirás sediento tras haberte bebido mi sangre?

¿Querrás emborracharte bebiéndote también la de mi mujer?». Yo exploto: «¡Robespierre, no te servirá de nada esconderte! ¡Cuando estés aquí, en esta carreta, la sombra de Danton gritará de alegría en la tumba!». Un hombre me interpela: «¡Deja en paz al ciudadano Robespierre, él es el único honrado!». Me dan ganas de contestarle: «¿Sabes por dónde le metería yo su honradez, ciudadano?». Pero me callo. A estas alturas, qué más da…

Él y su maldita honradez. Esa palabra nunca se le ha caído de la boca. Se ha apropiado de ella para resaltar los vicios de quienes manda al patíbulo. Él, por supuesto, no tiene nada que reprocharse, si exceptuamos la muerte de sus amigos. Él nunca ganó dinero, él no ha tenido deudas, él no se ha emborrachado; siempre pulcramente vestido. Él nunca probó los placeres de la carne aunque, según algunos, este nuevo Júpiter no precisa de las metamorfosis del dios del Olimpo para humanizarse con la hija de su casero… ¡Bobadas! El incorruptible es, sobre todo, de una honradez indignante. Palidecía ante una espada desnuda, pero había que verlo subido a la tribuna con su mirada fría, su rigorismo y su austeridad, lanzando elocuentes filípicas con sus labios finos y apretados, como si, de la punta al pomo, le hubieran metido el cetro real por el culo. No, fatuo Robespierre, yo no he sido siempre virtuoso. Pero ¿sabes qué te digo? Que tu honradez me trae sin cuidado. No hay virtud más auténtica que la que yo practicaba cada noche con Gabrielle, con Louise, y con tantas otras. ¡Mujeres…! Lacroix me decía que sus muslos me guillotinarían, que el monte de Venus sería mi roca Tarpeya. Porque, ciertamente, las he amado. Nunca lo negué. Gabrielle lo sabía; Louise lo sabía; Francia lo sabía. He hecho el amor a tantas mujeres, que tenía fama en París de ser uno de los ciudadanos más competentes en cuestión de concúbito. Tú, Robespierre, nunca podrás vanagloriarte de tal honor. Y tampoco lograrás quitármelo, ni siquiera pasándome por la cuchilla nacional.

Las amé y debo confesar que me correspondieron. Sin embargo, nunca fui guapo. Por culpa de aquella vaca, mi primera nodriza, de la que mamaba directamente de la ubre. Por culpa, sobre todo, del toro en celo que se abalanzó sobre ella y me rajó el labio de una cornada. Primera cicatriz de la que conservé durante siete años un deseo de venganza: el animal pace tranquilamente, me lanzo contra

él con un palo, me revuelca y me aplasta la nariz. Más adelante, una piara de cerdos hartos de mis latigazos, me tira al suelo y me pisotea. Y para terminar, la viruela unida a una culebrina diluye las cicatrices formando una deplorable careta. Cutis destrozado, rostro horrendo, boca deformada, iban a convertirme, con los años, en el Sileno de los Cordeliers.

¡Mujeres…! Una de ellas, cubierta con el gorro frigio, nos muestra uno de sus senos. Es Catherine, una joven cómica que hizo fortuna por sus encantos más que por su talento. Fabre la conoció en Namur, en los Países Bajos austríacos. Quería casarse con ella, pero la madre de la chica, menos sensible a las bellas palabras que a los escudos contantes y sonantes, se negó en redondo. Así que Fabre decidió llevársela. Grave error, pues enseguida cogieron a los dos amantes. Lo acusaron de raptar y seducir a una menor; lo condenaron a la horca, pero el gobernador de los Países Bajos lo indultó. Nunca me he reído tanto como la noche en que nos contó aquello en el Parnasse a Camille, a Philippeaux y a mí. Fabre… Se ha dicho de él que era el granuja más cobarde de la tierra; que llevaba la ruindad y el engaño en la sangre; que era un cómico malísimo, siempre abucheado; que todas las actrices que aparecían con él en el escenario reaparecían luego en su cama… Se han dicho muchas cosas, pero a mí me gustaba ese tipo. Me divertía con sus versos, su vanidad y su orgullo: siendo aún un jovenzuelo añadió el término Eglantine a su apellido, en recuerdo de un premio de elocuencia en los Juegos Florales de Toulouse que, según dicen, ni siquiera ganó. A mí, todo eso, poco me importaba. Lo convertí en mi secretario, le di muchísimo dinero procedente del erario público, hice la vista gorda a sus fraudes y estafas y, precio del éxito, compartí con él algunas mujeres.

Tal éxito procede de mi voz. Un vozarrón de sirena de barco, que resonaba en la Asamblea cual toque de rebato llamando a los soldados a sus puestos. ¡Ay! ¡Qué deleitoso me resultaba regir el mundo con las inflexiones de esta voz recia, dura, penetrante, casi sepulcral! Una voz que provocaba envidias, temores y celos de aquellos cuyas voces demasiado apocadas para que se las oyera por sí solas, se sumaban a otras para calumniarme.

Se comentaba que yo iba muy bien vestido, que tenía una hermosa residencia, una esposa bellísima; que me bañaba en vino

de borgoña y comía las mejores viandas en vajilla de plata; que era hedonista, voluptuoso, libertino, Mammón[7], sibarita; que me revolcaba en cuerpo y alma en el pestilente lodazal de los placeres que se venden; que el Veto me compró para que salvara a la Corona; que el duque de Orléans me compró para que robara la Corona y se la diera a él; que el extranjero me compró para que traicionara a mi patria. Hay, en todo ello, algo de verdad y mucho de mentira, insidia y chismorreo. Solo me acuso de una cosa: haber amado la vida, el vino y las mujeres. El Fígaro de Beaumarchais estaba en lo cierto: *Beber sin sed y hacer el amor en cualquier circunstancia, es lo único que nos diferencia de los demás animales*.

No he ocultado nada. O casi nada. Solo me llevo un secreto al cesto de Sanson: siendo aún colegial, quise ver *cómo se hacía un rey*, así que me escapé de Troyes y me fui andando hasta la ciudad de las consagraciones. El 11 de junio de 1775, asistí en la catedral de Reims a la coronación de Luis el Ultimo. Dieciocho años más tarde, voté su muerte aunque, ciertamente, intenté salvarlo. Pero no se puede salvar a un rey sometido a juicio: al comparecer ante sus jueces ya ha muerto.

Y hablando de juicios… El mío ha sido una bufonada, una farsa. ¿Los testigos de la defensa? Nunca los llamaron a declarar. ¿Los miembros del jurado? Cuidadosamente elegidos por Fouquier. ¿El juicio oral? Minimizado. ¿Las pruebas? Inventadas. Intenté defenderme, a veces con brillantez, casi siempre con furia. Creía que mi voz, que tantas veces se había elevado en favor del pueblo, repelería con facilidad la calumnia. Herman me avisó: «Danton, la insolencia es propia del crimen, el sosiego lo es de la inocencia…». Pero ¿podía yo acallar la indignación cuando mis detractores me estaban inculpando de un modo tan injusto, a dos pasos de la guillotina? ¿Era propio de un revolucionario tan profundamente comprometido como yo, una respuesta fría y timorata? Pedí que mis acusadores declararan para hundirlos en la miseria de donde nunca tenían que haber salido, para arrancarles la careta que los ponía a salvo de la vindicta pública. Nuevo toque de atención. Mi vida estaba en juego y me exigían respeto, mesura, serenidad. ¿Me acusaban de corrupción? Respondía que los hombres de mi temple no se compran, que llevan escrito en la frente, con letras indelebles,

el cuño de la libertad, el talento republicano. ¿Me reprochaban ser moderado? Argüía que mi nombre va unido a todas las instituciones revolucionarias, desde la leva para el Comité de Salvación Pública, hasta el tribunal que me estaba juzgando. ¿Pactos con Mirabeau? Es bien sabido que me enfrenté a él y rebatí sus proyectos cada vez que los consideraba nefastos para la libertad. Me acusan y me defiendo. Como no me pueden rebatir, suspenden el juicio oral. Al día siguiente me declaran culpable de participar en una conspiración para restablecer la monarquía y destruir la representación nacional y el gobierno republicano. ¡Qué disparate! ¡A mí, a Danton! Me importa un bledo su dictamen. Se lo dije a Ducray. ¡Solo me juzgará la posteridad: mi nombre quedará inscrito en el Panthéon y el de ellos en las Gemonías! [8] ¡Y si la Historia no me hace justicia, será porque la opinión pública es una puta y la posteridad una mentecatez!

Quizás hubiera debido marcharme… Me lo advirtieron: «¡Huye, Danton! ¡Escóndete! ¡Vete a Bélgica, a Holanda, a América!». Pero ¿se lleva uno a su patria bajo la suela de los zapatos? Quien ha acabado con la tiranía de los privilegios, quien ha puesto fin al monopolio del nacimiento y de la fortuna en todos los altos cargos del Estado, en nuestras iglesias, en nuestro ejército, en todas partes de este gran cuerpo magnífico de Francia ¿merece terminar cruzando el canal de la Mancha o el Atlántico? Quien ha declarado que el hombre más humilde de este país es desde ahora igual a los más grandes, que esta libertad tan duramente lograda para nosotros mismos debe extenderse a los esclavos, que encomendamos al mundo la misión de construir el futuro sobre la esperanza que hemos hecho surgir, ¿debe renunciar y reducir a cenizas dicha esperanza? Tras haber decretado la libertad para todos los hombres, en todas las latitudes, ¿no sería un crimen huir con el riesgo de que esa libertad se extinga?

Y, finalmente, ¿huye como un miserable quien ha formado parte de la Salvación Nacional, sin cuya contribución Valmy hubiese sido una amarga victoria prusiana?

En mi fuero interno, pensaba que solo querían asustarme, que no se me enfrentarían. No los vi venir. Me pasó como al rey quien, según dicen, el 14 de julio escribió en su diario: «Hoy, nada». No se atreverán, le dije el mes pasado a Camille. Pero todo sucedió con

una rapidez pasmosa: Saint-Just en la tribuna, vestido con sus ropajes de arcángel del Terror, lanzándome amenazas apenas veladas: «La República solo puede asentarse sobre la inflexibilidad… La justicia no es lenitiva, es severa» o «Hay una secta política en Francia que solo piensa en ser feliz y en disfrutar» y también: «Los grandes culpables quieren eliminar el patíbulo, porque temen subir a él»… La entrevista con Robespierre, que Laignelot organizó para apaciguar los ánimos, fue un fracaso… ¡Qué más daba! La vida empezaba a pesarme: «¡Prefiero que me guillotinen a ser guillotinador!», le dije a Camille con resignada indolencia. Él me contestó en latín para que Lucile no lo entendiera: «En ese caso, *edamus et bibamus, eras enim moriemur!»*. Tenía razón: ¡comamos y bebamos, pues mañana estaremos muertos! Funesto presagio que Saint-Just se apresuró a llevar a la práctica: unos días más tarde pedía nuestras cabezas. Luego, nos detuvieron. Primera noche en la cárcel del Luxembourg. Traslado a la Conciergerie. El juicio… Y heme aquí, en esta carreta que se va abriendo paso entre la muchedumbre enardecida. Muy pronto, entre ella y nosotros, la barrera de la eternidad.

Fabre sigue llorando. Sus lágrimas me arrancan una sonrisa. Cuando el secretario judicial nos comunicó la condena a muerte, se puso a gritar. No contra la iniquidad de un juicio que nos mandaba al patíbulo, sino contra los canallas del Comité que lo habían despojado de una obra de teatro. *La naranja de Malta*, creo que se titula. Teme que Collot se la robe y se atribuya la paternidad. Estando el hombre en pleno berrinche le dije: «Querido Fabre, no te preocupes: antes de ocho días te vas a hartar de escribir versos»[9]. Quizás, dentro de un siglo o dos, alguien cuente que Danton desafió a la muerte con frases ingeniosas. En realidad, tengo miedo. Lo disimulo como puedo, pero por dentro estoy temblando. Como temblaba Bailly, a quien eliminé; como eliminé al infame de Pastoret; como eliminé a Lafayette, vil eunuco de la Revolución; como eliminé a cuantos conspiradores pretendían alcanzar los cargos más importantes para asesinar la libertad. Hace cuatro meses, Bailly estaba aquí, en el lugar que yo ocupo hoy. Parece que lo estoy viendo, con la camisa hecha trizas sobre el cuerpo esquelético, bajo una lluvia fina y helada que le empapa las carnes amoratadas. Está temblando. Sus músculos se estremecen. Se

percibe el castañeteo de los dientes. Un hombre sale de la muchedumbre y le pregunta: «¿Tiemblas, Bailly?». Y Bailly, muy tranquilo: «Sí, pero solo de frío». Ultimas palabras suntuosas, impregnadas de altivez, orgullo y menosprecio. ¿Qué palabras saldrán de mi boca —de esta boca que, parar salvar a Francia, exigía ante la Asamblea audacia, audacia y audacia— segundos antes de que la cuchilla se abata sobre mi nuca?

¿Mantendré la dignidad del rey que sube, majestuoso, los peldaños del patíbulo, sin dejar de mirar al pueblo allí concentrado para ver cómo le cortan la cabeza y que asegura, antes de que el redoble de los tambores cubra definitivamente su voz, que muere inocente de los crímenes que se le imputan, que perdona a los autores de su muerte y que pide a Dios que la sangre derramada no recaiga sobre Francia?

¿Sabré mantener la impasible ironía de Ducos ante la guillotina, diciendo a su amigo Fonfrède: «Qué lástima que la Convención no haya decretado la unidad de nuestras vidas y la indivisibilidad de nuestras cabezas»?

¿O caeré en la aflicción de Madame Roland, la casta hideputa que, dirigiéndose a la estatua de la Libertad, la interpeló trágicamente: «Oh Libertad, cómo se han burlado de ti»?

Pronto lo sabré. Las carretas llegan a la calle Royale. A lo lejos, veo dos vigas enmarcando el triángulo de acero… La guillotina. Según dicen, al llegar a la plaza de la Revolución, la asesina de Marat la siguió con la mirada y dijo: «¡Tengo curiosidad por saber cómo es, es la primera que veo!».

Los rayos del sol pasan por entre las hojas de los árboles y el cielo se tiñe de rojo. En Arcis, me gustaba desafiar al sol. Pronto desaparecerá, y yo con él. Mañana se levantará de nuevo pero yo permaneceré tumbado.

Bajamos de las carretas. Pienso en mi pobre madre que va a llorarme mucho, en mi hermana Madeleine, en Antoine y François, mis dos hijos, que no volveré a ver y en la criatura que espera Louise, que no conoceré. Louise… Una sílfide de porte insolente, ojos enigmáticos, nariz desafiante, cabellos impetuosos. Me devolvió a la vida tras la muerte de Gabrielle. Solo tenía dieciséis años cuando la desposé. La dejo viuda con dieciocho. Por ella, que era creyente, accedí a casarme ante un cura refractario, el abate de

Kéravenant. El bueno del abate lleva todo el rato detrás de las carretas para darme la absolución. ¡Mi pobre Louise! ¿Qué será de ti sin tu Georges? Ya no te acariciaré los largos y sedosos cabellos morenos. No me perderé en el fondo de tus ojos azules. Nunca más te desabrocharé el corsé. ¡Louise, Louise! Por ti quise abandonarlo todo. Estaba a veces tan cansado de la política, del poder, de todo cuanto me rodeaba en París, que no necesitaba los sermones de ningún Hegesias [10] sobre las miserias de la vida humana para dejarme morir de hambre. Tan solo aspiraba a pasar mi vida contigo, en el aire limpio de Sèvres, de Choisy, de Arcis, feliz como el patriota satisfecho por haber plantado el árbol de la Libertad y que, lejos de los torbellinos políticos, se sienta a descansar bajo su sombra. Arcis… Allí viví mis primeros años, ya brincando en la gleba, en los bosques, en los campos, ya chapoteando en el río Aube. Recuerdo, sobre todo, que hacía rabona, pues no tenía padre que me llamara al orden. Quizás fue mejor así. De haber vivido, habría descargado sobre mí todo el peso de su paternidad y me hubiera machacado. Por suerte, cuando murió yo solo tenía tres años. Así que pude divertirme…

Luego vinieron el seminario de Troyes, el internado con los Oratorianos, las primeras lecturas: Rabelais, Montaigne, Molière. Después, París y la facultad de derecho —como Demóstenes, como Cicerón, como mi difunto padre—, el aprendizaje judicial con el magistrado Vinot, la licenciatura en Reims, el regreso a París, las partidas de dominó en la fonda de la Modestie, más libros —Voltaire, Rousseau, Ovidio, Beccaria— y el cargo de abogado en los Consejos. Al estallar la Revolución en 1789, me lancé a ella como a un campo donde podría recolectar a mi antojo. Por aquel entonces no pensaba que, junto con la cosecha, nuestras cabezas terminarían segadas. Tengo ganas de llorar. ¡Danton, no te desmorones! Me trago las lágrimas. El patíbulo nos espera.

Disderiscksen, el criado de los Frey, tiene el insigne honor de ser el primero en estornudar en el cesto. Sanson trabaja con maestría: chasquido del tablón basculante, cierre del cepo y cabeza que cae en el cesto. *¡Clic! ¡Clac! ¡Plom!* Hay que decir que el barbero nacional, ejecutor de altas obras, ha adquirido gran pericia desde que la Constituyente decretó que le cortaran la cabeza a todo condenado a muerte. Se acabó el hacha para los nobles y la horca

para los pobres. ¡Todos terminan con la cabeza en el mismo saco!

Miles de «¡Viva la República!» surgen por doquier. Pero ¿son conscientes los allí congregados de que la cabeza que va a caer es precisamente la de esa República a la que vitorean? Otros cantan *La Marsellesa*. ¿Saben que la tiranía que pretenden combatir es la de Robespierre y sus amigos, que son ellos quienes degüellan a sus hijos y a sus esposas, que la sangre impura que supuestamente empapa los surcos es la que hierve en las venas de Saint-Just, Billaud y Couthon?

Les toca el turno a Delaunay, Bazire, los dos Frey, Guzmann,
d'Espagnac,
Chabot…

*¡Clic! ¡Clac! ¡Plom!… ¡Clic! ¡Clac! ¡Plom!… ¡Clic! ¡Clac! ¡Plom!…*

Luego, llaman a Camille. Lo veo flaquear. «Adiós», me dice. Y rezo para que no llore. Porque si muere hoy, conmigo, no es por sus mordaces escritos en el *Vieux Cordelier* sino por seguir siendo amigo mío a pesar de que Fouquet es su primo y Robespierre su testigo de boda. Camille que, en todos estos días no ha soltado un mechón de cabellos de Lucile, se lo da al verdugo para que se lo entregue a Madame Duplessis. Yo estoy temblando. Muere con treinta y tres años, la edad de Cristo. La cuchilla va a caer. El nombre de Lucile suena en un silencio desgarrador.

*¡Clic! ¡Clac! ¡Plom!…*

Siguen Fabre, Lacroix, Westermann, Pilippeaux…

*¡Clic! ¡Clac! ¡Plom!… ¡Clic! ¡Clac! ¡Plom!… ¡Clic! ¡Clac! ¡Plom!…*

Solo quedamos Hérault y yo. Lo llaman a él. Busca a alguien en una ventana del antiguo Garde-Meuble: una mano de mujer agita un encaje. El sonríe. Postrer consuelo. O sea, que seré el último en subir. Habré visto derramarse la sangre de cada uno de mis amigos. Está anocheciendo, hay que darse prisa. Hérault intenta abrazarme. Un ayudante del verdugo lo empuja hacia la báscula. ¡El muy imbécil! No podrá impedir que nuestras cabezas se besen en el fondo del cesto.

*¡Clic! ¡Clac! ¡Plom!…*

Me toca. Sin esperar a que me lo pidan, avanzo. Miro a Sanson y le digo: «Muestra mi cabeza al pueblo, merece la pena que la vean».

Me atan. Me tumban. Silencio glacial. Un caballo relincha. Solo veo el fondo del cesto. Dicen que no se siente nada cuando cae la

cuchilla. Un leve soplo fresco. Mi vida ha sido corta pero hermosa. No he sido ni un santo ni un impostor. Tan solo un hombre entre los hombres. No me arrepiento de nada. He vivido.

*¡Clic! ¡Clac!…*

## EL MÁS GRANDE GENIO FRANCÉS DEL SIGLO PASADO

¿Sabéis, señor, lo que es morir con elegancia?

Hace un rato os hablaba del pundonor de los girondinos en el patíbulo, de su elocuencia durante aquel inolvidable banquete, de aquella *Marsellesa* que resonó en la plaza de la Revolución hasta que el último se quedó sin resuello, y no en sentido figurado lamentablemente. Si tuviera que describir sus muertes con una sola palabra, os lo he dicho antes y os lo repito de buen grado, diría *arrojo*. Y si me pidieran el mismo ejercicio para la muerte del que, sin duda alguna, fue el más grande genio francés del siglo pasado — no es necesario decir su nombre, sabéis muy bien a quién me refiero cuando digo el más grande genio francés del siglo pasado— os diría sin dudarlo *elegancia*.

Porque la elegancia no precisa de palabras; basta con un gesto.

Cuando lo llamaron para que compareciera ante el Tribunal Revolucionario, el más grande genio francés del siglo pasado era ya un hombre maduro de cincuenta años. Pero parecía disfrutar de una constitución robusta y —aunque no pretendo ponerme en Su lugar — sin duda el Todopoderoso le hubiese otorgado diez años más de vida si la parodia de justicia humana no hubiese suplantado a la justicia divina. ¡Diez años, señor, diez años! ¡Pensad en lo que el más grande genio francés del siglo pasado hubiese realizado en diez años! ¡Tres mil seiscientos cincuenta días consagrados a la ciencia! ¡Ochenta y siete mil seiscientas horas dedicadas al progreso, al conocimiento!

Un alambique, una balanza, un decenio, y el más grande genio francés del siglo pasado hubiera descubierto sin duda:

—la electrolisis del agua, antes que Carlisle y Nicholson,

—la descripción del daltonismo, antes que Young y Dalton,

—la ley de Avogadro, antes que Avogadro.

¡Ay, señor, cuán honrada se hubiese visto la República al salvar la vida a un hombre que no había cometido más crimen que el de nacer noble, ser rico y haber consagrado cada segundo de su existencia al progreso de la ciencia! Pero la República, señor, la República no tenía… ¡No! Dejadme disfrutar unos instantes del silencio… ¡Permitidme saborear esta quietud que una palabra desafortunada —qué digo desafortunada: criminal— pronunciada por el presidente del tribunal —maldito sea— rompería de inmediato!

También habría descubierto:

—la síntesis del alcanfor,

—la de la cinconina y la ouabaína,

—el aislamiento de los alcalinos y los alcalinotérreos mediante la hidrólisis de NaOH y KOH.

Apenas le quedaban unos días de vida cuando lo conocí. Me dirigió la palabra, a mí, mercenario suizo convertido en guarda de prisiones para salvar a mi salvador, me trató de «señor» como si yo fuera alguien importante, me entregó una carta y me pidió que se la remitiera a alguno de sus parientes. La leí, la releí, una y otra vez, de tal manera que cada palabra, de la primera a la última, quedó grabada en mi mente:

> He logrado una carrera bastante larga, sobre todo felicísima, y creo que mi recuerdo irá acompañado de alguna añoranza, quizás de alguna gloria.
>
> ¿Qué más puedo pedir? Los acontecimientos en los que me veo envuelto van a evitarme, con toda probabilidad, los inconvenientes de la vejez. Moriré entero, lo que no deja de ser un beneficio que debo sumar a los ya disfrutados. Solo me entristece no haber hecho más por mi familia; y por estar desposeído de todo, no poder darle ni a ella ni a vosotros ninguna prueba material de mi afecto y mi agradecimiento.
>
> Según veo, practicar todas las virtudes sociales, prestar importantes servicios a la patria, emplear útilmente unos estudios para el progreso del conocimiento humano, no basta para estar a salvo de un final siniestro y evitar una muerte de malhechor.
>
> Os escribo hoy, pues mañana quizás no me permitan hacerlo, y es un doble consuelo para mí dirigirme a vos y a mis seres queridos en estos últimos momentos. No me olvidéis ante quienes

> se interesen por mí. Considerad esta carta común a todos vosotros. Lo más probable es que sea la última que os escriba.

Por desgracia, estaba en lo cierto. Porque, en la mayoría de los casos, el Tribunal Revolucionario no dictaminaba *una* sentencia, sino *la* sentencia, definitiva, que decidía la vida —en contadas ocasiones— o la muerte del acusado. Sí, de eso se trataba. Un juicio del Tribunal Revolucionario era, de hecho, el juicio final. Ese juicio del que se vanagloriaba la República, pues la República, precisamente la República, no tenía… ¡No, aún es demasiado pronto para decíroslo, señor! Dispensad a este anciano que rezonga diciendo palabras impías…

Y además:

—cómo domesticar la interacción de partículas cargadas bajo la acción de la fuerza electromagnética,

—una vacuna profiláctica contra la rabia, la peste y la fiebre tifoidea,

—un medio de transporte aéreo al que hubiese llamado avión (?).

*Nada se pierde, nada se crea, todo se transforma*, dijo el más grande genio francés del siglo pasado. Sin embargo, al sacrificar al más grande genio francés del siglo pasado, la República perdió a un genio, creó un marasmo y transformó para siempre la faz de la tierra. ¡Estamos hablando del más grande genio francés del siglo pasado! Lagrange lo vio muy claro, cuando le dijo a Delambre: «Les ha bastado un momento para cortar esa cabeza. Es probable que cien años no sean suficientes para que surja otra parecida».

Esa cabeza, señor, esa cabeza estaba tan llena como huecas las de sus jueces. Esa cabeza, señor, esa cabeza, había:

—esbozado una teoría sobre la formación de la Tierra,

—definido las reglas precisas de fabricación y graduación de los termómetros,

—demostrado que el hidrógeno, el óxido nítrico, el dióxido de carbono y el agua, al pasar de estado líquido a gaseoso, liberan cargas eléctricas medibles con el electrómetro,

—establecido que la transmutación del agua en tierra, por entonces aceptada en muchos círculos, era un mito,

—demostrado que la combustión no consiste en una liberación flogística sino en una captación de aire acompañada de un aumento de peso,

—realizado el análisis y la síntesis del agua,

—codificado el nuevo método de nomenclatura química,

—demostrado que el aire atmosférico es una mezcla de oxígeno y nitrógeno, y que el agua es un cuerpo compuesto, formado por oxígeno e hidrógeno, desmintiendo la teoría aristotélica de los cuatro elementos.

¿Debo continuar? ¿Es preciso que os haga un inventario completo de los descubrimientos del más grande genio francés del siglo pasado, o esta lista es suficiente para demostrar que era, en efecto, el más grande genio francés del siglo pasado?

Pero la República —¡ay, aún me estremezco al evocar las palabras que voy a deciros, apenas creíbles, pero que fueron proferidas por el presidente del tribunal, ese sanguinario imbécil de quien, permitidme, no voy a pronunciar el nombre, ese nombre que, a lo largo de los siglos, será objeto de insultos y desprecio— la República, señor, os decía —¡será posible que de mi boca tenga que salir semejante disparate, semejante atentado contra la inteligencia! — la República *no necesitaba científicos*. Y menos aún al más grande genio francés del siglo pasado, que era el más sabio de los sabios.

Y el más sabio de los sabios, cuando le comunicaron la sentencia, no pidió clemencia, ¡qué va! ¿Os lo imagináis postrado ante sus jueces, mendigándoles la vida? Solo les pidió un aplazamiento; que le concedieran tan solo unos días, quince como mucho, para retomar un experimento iniciado antes de su detención y que tenía gran interés en acabar. Daba su palabra de que después, y ya que tenía que ser, iría a la muerte. Pero no, la República —está claro que no consigo decirlo— no necesitaba sabios, ni químicos, ni filósofos, ni economistas, sino víctimas y un verdugo; la justicia tenía que seguir su curso. ¡Urgía guillotinar al más grande genio francés del siglo pasado! ¡No había un minuto que perder! ¡De haber vivido una hora más, estaba claro que la contrarrevolución se pondría en pie, la Vendée triunfaría, Pitt y Cobourg se pavonearían por París, sería el fin de la República!… La República parecía decirle al verdugo: ¡vamos, depositario del poder de matar, haz tu

deber, asesina legalmente al más grande genio francés —aún estábamos en el siglo pasado—: el futuro de la República depende de ello!

Habréis supuesto que se negaron a concederle el aplazamiento. De modo que regresó a su celda y retomó la lectura mientras esperaba al depositario del poder de matar.

Porque, desde que lo habían privado de libertad, el más grande genio francés del siglo pasado se dedicaba a leer, y parecía resignado a seguir haciéndolo hasta que le quitaran la vida.

Leía en la abadía de Port-Royal, transformada en penal durante la Revolución. Leía en el Hôtel des Fermes, convertido en prisión para los recaudadores de impuestos de la monarquía. Cuando vinieron a buscarlo a la Conciergerie, un quinqué tiznado alumbraba apenas la celda sombría y el más grande genio francés del siglo pasado, agazapado en la penumbra, estaba leyendo. ¿A que no sabéis lo que hacía en la siniestra carreta? La mayoría de los condenados gritaban, lloraban, rezaban, lanzaban arengas al pueblo o lo maldecían. El más grande genio francés del siglo pasado leía.

Curiosamente, no llevaba las manos atadas. ¿Postrer favor concedido por el verdugo? Quizás Sanson, por respeto, por lástima o por admiración, se permitió saltarse el reglamento y accedió a que su huésped más prestigioso terminara su lectura. Estaba pues escrito que el más grande genio francés del siglo pasado, que había dedicado su vida a cultivar la mente, prosiguiera con sus ansias de saber hasta el último momento.

Ante el patíbulo, el más grande genio francés del siglo pasado siguió leyendo hasta que lo llamaron por su nombre. Entonces, se sacó del bolsillo un marcapáginas, lo puso donde había detenido la lectura y, sin decir palabra, colocó la cabeza en el cepo.

Así es, señor, como se muere con elegancia.

## LANTENAC EN LA CONCIERGERIE

### (*génesis de la obra*)

*Esta historia es verdadera, puesto que me la he inventado.*

BORIS VIAN

¿Os he dicho, señor, que conocí a Lantenac? ¡Cómo! ¿Que nunca habéis oído hablar del marqués de Lantenac? La Historia es caprichosa, pero está en su derecho: hay genios olvidados e impostores ensalzados. Lantenac no fue ni un genio ni un impostor. Fue un gran hombre. De esos a quien la gente trata de *señor* alargando la última sílaba; de esos de quien nadie olvida el nombre y menos aún el rostro; de quien uno recuerda, años después, hasta el timbre de la voz. La primera vez que oí la voz bronca, enérgica y aterradora de Lantenac, era el 15 de Pradial del año II. La víspera, se había celebrado en el Champ-de-Mars la fiesta del Ser Supremo; al poco tiempo inmolaron a su profeta en la plaza de la Revolución. Yo era guarda de prisiones y Lantenac, mi prisionero. Digo *mi* prisionero porque me habían adjudicado exclusivamente su vigilancia: no debía perder de vista un solo instante ni uno de sus gestos, ni uno de sus pasos. Temían que se evadiera, o que le ayudaran a evadirse, y mi consigna era matarlo antes de que pudiese respirar de nuevo el aire de la libertad. De modo que me pasé siete días y siete noches trabuco en mano, viviendo con él, como él. ¿Queréis oír el relato de aquellos siete días con sus siete noches? De acuerdo. Seguidme, señor, seguidme con la imaginación a la Conciergerie.

Oíd el relinchar de los caballos en el calor de Pradial, el repiqueteo

de sus cascos sobre los adoquines de la ribera de
l’Horloge,
el incesante chapoteo de los remos en el Sena. Dejad de mirar al río; volved la cabeza a la derecha y alzad la mirada al cielo. ¿Veis la torre almenada, con su puntiagudo tejado de pizarra? Es la torre Bonbec. Allí, en el Antiguo Régimen, se sometía a cuestión de tormento. Después vienen la torre
d’Argent,
la torre de César, la torre de
l’Horloge.
Girad a la derecha, por el bulevar del Palais, pedid al cochero que detenga el carruaje en el ángulo norte del patio de Mayo, descended con cuidado de no mancharos las botas —sois un caballero—, rebuscad en los bolsillos y sacad el salvoconducto. Dádselo al portero desdentado, petulante tras su ventanilla; esperad con paciencia a que lo lea y os mire de arriba abajo, a que lo asimile y os escrute con la mirada. ¿Os hace una señal para que entréis? Inclinaos —más de uno se ha destrozado la mollera en el travesaño — y dad un paso hacia delante. La puerta estrecha, casi hundida bajo tierra, se cierra con estrépito; os sobresaltáis al oír el ruido del cerrojo. Habéis llegado. O casi. Aún faltan unos metros. Pasad ante la secretaría judicial, el despacho del *concierge* y la sala de aseo. Venís de visita, así que estáis eximido de la inscripción en el registro de reclusos, del cacheo y del corte de pelo. Vamos, entrad sin miedo en la *ratonera*. Muy bien. Ahí tenéis los calabozos, a derecha e izquierda, por doquier. ¿Sentís el hedor a cerrado, a mugre, a mierda, a estiércol, auténtico resuello de la muerte? Respirad hondo si os place. Todo ese aire es vuestro, de las ratas y de los piojos. Ved esas frías y húmedas celdas con cinco, seis y hasta siete hombres tumbados en camastros, en la más tenebrosa oscuridad. Aún es temprano y duermen. ¿Os desazona su suerte? Pues éstos no son los más dignos de lástima. Disponen de una cama, lujo que se pueden pagar: la sacrosanta igualdad de la Revolución se detiene a las puertas de las cárceles. Los otros son los *pajosos* porque duermen sobre paja, se amontonan por decenas sobre paja, cagan sobre paja, mueren sobre paja, con una paja bajo la lengua y ni un óbolo para Caronte.

Pero no habéis venido de inspección, así que bajad ya. Bajad a la

capilla de la Conciergerie, allí donde tuvo lugar el famoso banquete de los girondinos. ¿Ya habéis llegado? Muy bien. Ved a ese robusto anciano, alto y erguido, apoyado en la pared; ved su rostro severo, sus cabellos canos sobre la frente, el brillo de su mirada. Ese hombre es Lantenac. Lantenac: las sílabas chasquean provocando escalofríos. El marqués de Lantenac, vizconde de Fontenay, príncipe en Bretaña, señor de las Sept-Forêts, teniente general del ejército del rey. No lo conocéis y sin embargo es uno de esos hombres que han escrito las más hermosas páginas de la Historia, cuando los demás, todos los demás, no dejan ni una sola línea o, si dejan alguna, es insignificante. La Historia de Francia se confunde con la de Vendée, y la de Vendée con Lantenac.

En la primavera de 1793, la región de Vendée era un polvorín y precisaba de un jefe. De un jefe litigante. La Vieuville tenía razón: había que aburrir al enemigo, pelearle el molino, el arbusto, el foso, la piedra; jugarle malas pasadas, sacar provecho de todo, vigilarlo todo, matar para dar ejemplo, no dormirse ni tener piedad. En ese sentido, podían confiar en Lantenac. Había luchado en la guerra de Hanover y los soldados decían: «Richelieu es la cabeza visible, pero quien mueve los hilos es Lantenac; él ha sido el auténtico general». Era implacable, mandaba quemar los pueblos, acabar con los heridos, masacrar a los prisioneros, fusilar a las mujeres. Con Lantenac a la cabeza, estaba claro, los Blancos terminarían por triunfar sobre los Azules. Aunque ya sabemos lo que pasó.

Desembarcó en la costa de Bretaña en un simple bote, tras haber sobrevivido al naufragio de la corbeta *Claymore*. Estaba fuera de la ley y habían puesto precio a su cabeza. En oro, no en «billetes asignados». Su objetivo era sublevarse contra todo, hacer de la Baja Normandía un apoyo para la Baja Bretaña, abrir la puerta a Pitt, dar un buen impulso al gran ejército vandeano de veinte mil ingleses y doscientos mil campesinos. Pero frente a él había otro ejército, enviado desde París, comandado por un ex noble que Lantenac conocía perfectamente: su sobrino nieto, el vizconde Gauvain. Ya no era solo un enfrentamiento de Blancos contra Azules, sino del joven contra el viejo, del sobrino nieto patriota contra el tío abuelo monárquico. Lantenac mandaba pegar carteles: «El marqués de Lantenac tiene el honor de informar a su sobrino nieto, el vizconde Gauvain que, si el señor marqués tiene la buena fortuna de hacerse

con su persona, mandará ejecutar al señor vizconde». Y Gauvain contestaba con una simple frase: «Aviso de Gauvain a Lantenac: si te cojo, te mando fusilar». Gauvain se hizo fuerte, repelió a Lantenac hacia el interior y a los ingleses hacia el mar. Aun con menos hombres, triunfaba: en Dol, la desbandada fue completa para los seis mil monárquicos sorprendidos por la audacia de mil quinientos patriotas. De batalla en batalla, los Blancos se fueron replegando y pronto se vieron acorralados. Se refugiaron en el bosque de Fougères y de allí huyeron a Tourgue, bastilla provinciana donde diecinueve hombres, entre ellos Lantenac, fueron asediados por el ejército de Gauvain. El resto es bien sabido: escaparon gracias a una piedra giratoria dejando tras ellos Tourgue en llamas; Lantenac regresó para salvar a tres niños atrapados en el incendio y, a consecuencia de tan heroico acto, fue detenido; Gauvain, renunciando a sus convicciones revolucionarias en beneficio de los sentimientos humanos, lo liberó, se hizo pasar por él en el calabozo y fue guillotinado; al día siguiente, Lantenac con algunos de sus seguidores fueron capturados en un claro del bosque, llevados bajo escolta a París, condenados a muerte y encerrados en la Conciergerie. No voy a extenderme más: los historiadores llevan medio siglo sacándole partido a estos conocidísimos hechos.

Fijaos, señor, en Lantenac. Escuchadlo. Le está hablando a un joven de unos treinta años, sentado a su derecha, llamado Halmalo. Fue campesino, traficante de sal, marinero. Quiso matar al marqués porque condecoró a su valeroso hermano con la cruz de Saint-Louis tras lo cual lo mandó fusilar por haber faltado a su deber. Quiso matarlo pero no lo hizo, porque cree en Dios, Padre nuestro que estás en los cielos, y porque cree que debemos obediencia a Dios y al rey, que es como Dios, y al señor que es como el rey. Y Lantenac era su señor, su amo. Al atentar contra el alma del marqués, hubiera perdido la suya propia. Matar a Lantenac era estar a favor de los regicidas, en contra del trono; a favor de los impíos, en contra de la Iglesia. Como no lo mató, luchó a su lado y por eso los cogieron juntos, juntos comparecieron ante el Tribunal Revolucionario, juntos fueron condenados. Y juntos esperan presentarse ante el Juez eterno, el único cuya legitimidad reconocen.

¿Los oís hablar en voz baja? Ahora, volved la cabeza. En la penumbra, sentado en un taburete, fijaos en ese anciano de

mediana estatura, discreto, con su hopalanda de color humo de infierno y su tricornio. Mirad cómo los observa en silencio. ¿Lo veis? Muy bien. Luego os hablaré de él.

Además de Lantenac y Halmalo había en la Conciergerie una hermosa doncella noble y descocada. O sea, culpable. En septiembre, cuando ebrio de justicia, de aguardiente y de asesinato, el pueblo resolvió limpiar las cárceles a base de sangre, mataron a su padre, a su madre y a su hermano. La doncella, que escapó de milagro, estuvo casi un año escondida en un granero; pero la descubrieron y tuvo que comparecer ante tres Savonarolas solemnemente ataviados: sombrero con escarapela, toga, banda tricolor y gruesa medalla de plata. La declararon culpable de conspirar contra la libertad. Desde entonces, y aunque le aterraba la idea de la muerte, parecía esperar dócilmente a que vinieran a buscarla. La capilla, celda de Lantenac, daba al *patio de mujeres*, donde las reclusas, preocupadas por conservar su aspecto elegante, se lavaban la ropa en la fuente e incluso se aseaban después de haber pasado la noche en un simple camastro. De modo que el marqués podía comunicarse con ellas a través de la ventana enrejada. Fue la doncella quien se le acercó motu proprio:

—Tengo diecisiete años —le dijo—. No he cometido más crimen que el de haber nacido. Quiero vivir.

—Dirigíos a la oficina de reclamaciones —contestó el marqués —. No tardarán en responderos.

—¿Os mofáis de mi situación, señor?

—Estáis en lo cierto, señorita. Teniendo en cuenta nuestras circunstancias, lo único que nos puede salvar es el sarcasmo. Dicho esto, quizás haya algún medio de que sigáis con vida.

—Temo, señor, que no tengo escapatoria. De aquí solo se sale para el patíbulo.

—La Revolución es terrible, pero al menos los secuaces de Robespierre no quitan la vida a quien va a darla.

—Os referís a…

—Me refiero, señorita, a que la cuchilla de la guillotina mata a todo el mundo, menos a las mujeres encintas.

—Pero yo no lo estoy.

—Eso solo depende de vos.

—¡Señor, me ofendéis! No estoy desposada, ¿cómo podría esperar un hijo?

—Bueno, no es preciso contraer nupcias para eso. Si las circunstancias así lo exigen, y en caso de necesidad imperiosa, no hay deshonra en sacrificar la virtud para salvar la vida.

—¡Señor!

—¿Qué, señorita? ¿Aún no habéis conocido los placeres de la carne?

—Ignoro hasta sus mecanismos.

—En ese caso, nada puedo hacer por vos.

—Aunque… quizás…

—¿Sí?

—Podríais… *iniciarme*.

—¿Deseáis que yo…?

—Sí.

—No, señorita.

—Prometedme que lo pensaréis.

—Mi respuesta es definitiva.

—Entonces, moriré.

Posó la cabeza sobre el alféizar de la ventana y se echó a llorar mientras el marqués, con el dorso de la mano, le secaba las lágrimas de las mejillas. Un padre consolando a su hija no hubiese sido más tierno. Dos horas pasaron de esta guisa, hasta que la doncella se quedó dormida. Cuando despertó, halló a un Lantenac ensimismado.

—Lo he pensado mucho —dijo el marqués—. No puedo aceptar vuestra proposición porque perdería mi honor.

—¿El honor de un hombre vale más que la vida de una doncella?

El marqués hizo una pausa, respiró hondo y, señalando a Halmalo, dijo:

—Hay ahí un campesino que combatió a mi lado contra los Azules en Vendée. Es joven, guapo, fuerte. Le he hablado del tema y está de acuerdo. Os esperará mañana por la noche. De momento, id a acostaros.

El anciano del día anterior estaba allí, con su silencio febril, su entusiasmo sombrío, sus modales ora arrogantes, ora sesgados. Lo había oído todo. ¿Quién era? ¿Qué pretendía? ¿Por qué demonios le

habían dado un salvoconducto para entrar y salir a su antojo de la Conciergerie? Tuve las respuestas al poco tiempo.

La mañana del tercer día, la doncella vino de nuevo a hablar con Lantenac. Le dijo:

—No he dormido en toda la noche.

—Yo tampoco.

—¿Cuándo creéis que podremos hacerlo?

—Hemos de esperar a que caiga la noche y, con ella, la vigilancia de los guardas. Además habrá que sobornar a alguno de ellos para que abra esta puerta y que podáis entrar aquí, a la capilla.

Su conversación no me paso inadvertida. Lantenac lo sabía. Era preciso, para el éxito de su empresa, que yo aceptara echarles una mano. De modo que el marqués me buscó con la mirada y, con un movimiento de cabeza, le hice saber mi consentimiento implícito. Mi consigna era la de vigilar a un anciano privado de libertad, no impedir a una doncella que recuperara la suya.

Convinieron pues verse por la noche, cuando los guardas se adormilaban y yo me quedaba solo con los prisioneros. A la espera de un acontecimiento como el que iba a vivir la doncella, los minutos parecían horas y las horas se hacían eternas. Todo el día la vi nerviosa, dando vueltas, llevándose la mano al pecho como queriendo medir el tiempo con los latidos de su corazón. Yo mismo estaba alterado y, para darme ánimos, me bebí media botella de vino.

Cuando llegó la noche, Halmalo estaba dispuesto. La doncella llamó a la puerta. Yo le abrí. Vestida con un corpiño de tela de Jouy, se fue directamente a la cama de Halmalo, se tumbó boca arriba, apoyó las piernas para levantar la pelvis y deshacerse, con gesto brusco, casi infantil, de los oropeles del pudor. Luego, cerró los ojos y se entregó. El marqués le estrechaba la mano como se hace con los moribundos; Halmalo, con mirada ardiente y bragadura fogosa, la penetró de un golpe seco, arrancando un grito a la doncella que sufría pero se dejaba hacer de buen grado, pues su única tabla de salvación era su coño hasta ahora virgen, durante años preservado y reservado para otro; para otro que ella imaginaba joven y guapo como este campesino que se la estaba trajinando, aunque lo hubiera deseado noble y no plebeyo, señor y no siervo,

amo y no criado; pero en aquellos tiempos tan agitados no había elección posible, nadie era dueño de nada, ni de sus sueños ni de su destino, y su destino personal pasaba por ese agujero abierto en el que ella consentía que la penetrara un joven y guapo campesino.

El joven y guapo campesino recobró la braveza de su casta. Así como no le habían enseñado a leer, tampoco lo habían iniciado en las delicias del amor, en la placidez de la ternura. Sabía abrir una escota, montar un cabo, manejar la guadaña, la laya y la azada, la hoz y el mayal; pero nada más. Sus escarceos carnales en el bosque de Paimpont, entre barranqueras y riachuelos, se habían limitado a tirarse a unas pelanduscas contra un árbol, deprisa y corriendo, con la cara medio torcida por una grotesca sonrisa, la caperuza en la cabeza y los calzones bajados hasta las rodillas.

No sabía hacerlo de otro modo, no concebía que eso pudiera hacerse de otra manera, ni siquiera en la antecámara de la guillotina, donde la sangre se mezclaba con el vello de la doncella a la que él sujetaba por la cintura con una mano y sofocaba con la otra sus gritos de dolor. Pasaron así cinco minutos que fueron, tanto para ella como para él, los cinco minutos más largos de sus vidas. Cuando terminó, Halmalo soltó un estertor que encerraba siglos de ira y amargura, de servidumbre y humillación.

Así fue, y no de otra manera, en un inmundo catre de paja, alumbrado por un guarda casi ebrio, cómo un campesino bretón inmoló la virginidad de una doncella noble de cuna y de alma.

El anciano de la hopalanda y el tricornio había asistido a la escena. Estaba allí desde por la mañana. Se parecía al zapatero Simon, verdugo y bufón del pequeño Luis XVII en la prisión del Temple. Pero no era el zapatero Simon.

El ardid le salvó la vida: la doncella se declaró encinta, la reconocieron, aplazaron su ejecución y recobró la libertad después de Termidor. Tras lo cual, emigró a Coblenza donde se apresuró a desposar a un noble para preservar su honra antes de dar a luz.

La doncella de antaño es hoy una anciana que reside en París donde rige un salón muy respetado; su hijo, un banquero orgulloso de la sangre azul que corre por sus venas, ignora o finge ignorar que no es sino un bastardo fruto del espasmo de un campesino iletrado. Lo conocí durante un baile que dio el conde de Morcef en julio pasado. Permitidme, señor, que haga un aparte en mi relato para

contaros un divertido episodio que ocurrió durante aquel baile al que la condesa, que me honra con su amistad, me invitó amablemente.

Había aquella noche mucha gente de alcurnia: además del conde, hacia quien siento una aversión que apenas puedo disimular, y la condesa, tan bella como ingeniosa, estaban presentes el barón Danglars y esposa, ataviada con sus mejores galas; Villefort, fiscal del rey, su esposa y su hija, a la que corteja Maximilien Morrel, capitán del ejército espahí; un erudito, cuyo nombre no recuerdo, caballero de la legión de honor y al que nombraron oficial por su descubrimiento en la campiña romana de una lagartija con una vértebra más que las demás de su especie; un académico decrépito, emperifollado con el traje bordado en azul y verde, diseñado antaño por David; un conde acaudaladísimo que todo París se disputaba y que Madame de Morcef no perdía de vista; y otros muchos invitados entre los que se hallaba el hombre engreído que se pegaría un tiro si supiera la baja estofa de su progenitor. Acababa el joven banquero de mantener una conversación de negocios con el conde —no nuestro anfitrión de aquella noche, sino el otro, el que se apellidaba como el risco situado entre la isla de Elba y la isola del Giglio— y parecía estar aún subyugado por el cutis terso, los cabellos negros y ondulados, el semblante sereno y afable, la profunda y melancólica mirada de su interlocutor, cuando se dirigió a mí:

—Señor —me dijo— no tengo el honor de conoceros.

—Yo sí sé quién sois.

—¿De veras?

—Conocí a vuestra madre en París, durante la Revolución.

—Mi madre estaba en Coblenza durante los aciagos sucesos.

—Fue a Coblenza cuando se marchó de París.

—Sea. ¿Y puedo saber, señor, en qué circunstancias la conocisteis?

—En la cárcel.

Entonces, en voz baja:

—Os ruego, señor, que no evoquéis aquel episodio que mi madre ha olvidado por completo.

Dicho lo cual, me dio a entender que la conversación había terminado tendiéndome apresuradamente la mano enguantada, con la displicencia del terrateniente que concede un privilegio al mozo

de cuadra. Yo le presenté mi muñón —¡maldito cañonazo, maldito Leipzig!— lo cual produjo su efecto. Sorprendido, quizás asqueado, tuvo un movimiento de retroceso que apenas logró disimular.

—Serví al Emperador —manifesté a modo de explicación.

—Al usurpador —corrigió, poniendo de manifiesto su adhesión a la monarquía de julio.

Esa vez me tocaba a mí abreviar la plática.

—¿Podríais, señor, transmitir mis respetuosos saludos a vuestra señora madre?

—¿De parte de quién?

—De Halmalo.

Era cruel, pueril, indigno de mi edad avanzada. Pero deleitoso. No puedo evitar una sonrisa al pensar en la cara que tuvo que poner la dama cuando su hijo, en un rapto de ingenuidad, le transmitiera los respetuosos saludos de un tal señor Halmalo que había conocido en el baile de los Morcef. ¡Un imperio, sí; hubiera dado un imperio por hallarme en su salón aquel día!

Pero volvamos a la isla de la Cité, donde el anciano desconocido se presentó de nuevo al cuarto día. Llegó antes del alba y se eclipsó al anochecer.

Me moría por saber su nombre, pero me habían prohibido dirigirle la palabra, so pena de privarme a mí de ella para siempre. El hombre era taciturno, de modo que solo me quedaba formular hipótesis y comentarlas con otro guarda, un borracho empedernido hasta el punto de no recordar, a veces, ni el nombre de su propia mujer y al que la identidad de nuestro visitante traía sin cuidado: ¡A mí ése me la suda!, decía.

Pero, si no era el zapatero Simon, ¿quién era? ¿El *concierge* Richard? Imposible. Se parecían algo, ciertamente, pero ese hombre era mucho más viejo que el intendente de humor versátil encarcelado tras la conspiración del clavel. Y si lo hubieran liberado ya, preferiría pasar desapercibido, dejando a su sucesor el cuidado de *la casa*. Entonces, ¿quién era? ¿Brotteaux des Ilettes, ex noble a quien la Revolución había quitado sus cargos, sus rentas, su palacete, sus tierras, su apellido, y que sobrevivía esculpiendo títeres? Eran más o menos de la misma edad, o mejor, tenían el mismo aspecto sin edad precisa, el mismo rostro asustado, receloso. Pero el anciano no podía ser el ciudadano Brotteaux: la guillotina

ya se lo había llevado con Dios, a él y a su Lucrèce, como se llevó el mismo día al barnabita Longuemare y a Athénaïs, la pobre prostituta que iba gritando por las calles «¡Viva el rey!».

La tarde del quinto día —no llamaban al ángelus pues los paganos habían fundido las campanas para convertirlas en cañones— un acontecimiento imprevisto vino a romper la cadencia monótona de la vida carcelaria. Lantenac leía, Halmalo soñaba y el anciano, que seguía allí, los observaba en silencio. Entonces, entró Evariste Gamelin, al que reconocí por sus pálidas mejillas, sus ojos oscuros y ardientes, su cabello negro cayéndole en mechones sobre los anchos hombros. Gamelin, pintor fracasado, alumno de David, recomendado de Robespierre, formaba parte del jurado en el Tribunal Revolucionario desde el asesinato de Marat.

Se ha repetido hasta la saciedad que no hay que fiarse de los artistas mediocres, de los escribidores chapuceros, de los Marsias fracasados, vulgares pintamonas que abandonan la pluma, la lira o el pincel para inmiscuirse en la cosa pública. Ariscos y rencorosos, construyen su obra sobre pilas de cadáveres, con tinta o pintura rojas, de un rojo sangre.

Así eran Billaud-Varenne, Carnot, Prieur, Couthon, Fabre, Collot; así era Gamelin.

Gamelin tendría unos treinta años. Debía su puesto en el tribunal a Louise Masché de Rochemaure, una aristócrata que parecía comulgar con las nuevas ideas, hasta que descubrieron con estupor que mantenía correspondencia con el extranjero. Gamelin, elevando la ingratitud a un grado inimaginable, votó para ella la pena de muerte, como después votaría la de Lantenac. Pero aquella tarde no había venido a ver al jefe de la Vendée. Venía en busca de un anciano; de un anciano con hopalanda y tricornio.

—¡Ah, por fin te encuentro, ciudadano pintor! Llevo dos días buscándote por París. Me dijeron que quizás estarías en la Conciergerie.

—Te han informado bien. ¿Qué quieres de mí, ciudadano?

—Me llamo Evariste Gamelin, jurado del Tribunal Revolucionario.

—Lo sé. Todo el mundo conoce a los jurados del tribunal.

—Fui alumno de David.

—También lo sé. Todo el mundo conoce a los alumnos de David.

—Cierto. Llevo varias semanas sin pintar. Las actividades del tribunal me acaparan demasiado tiempo. Pero pronto llegará el día en que la República triunfal muestre su clemencia, y ese día, bendito sea, retomaré los pinceles. Claro, ese día aún no ha llegado. De momento, estamos en el Terror saludable: el año pasado, por estas fechas, la República se hallaba desgarrada por diferentes bandos; la hidra del federalismo amenazaba con devorarla. Ahora, la unidad jacobina extiende sobre el imperio su fuerza y su razón. Pero ¿por qué aumenta la audacia de los conspiradores a medida que la República se fortalece? ¿Por qué los traidores maquinan en la sombra sus golpes a la patria cuando ésta fulmina a los enemigos que la atacan a plena luz?

—¿Llevas dos días buscándome para hablarme de la salvación de la República?

—Perdón, me estoy yendo por las ramas. He venido para hablarte de pintura.

Gamelin tenía unas ideas muy precisas en cuestión de arte: preconizaba la vuelta a la antigüedad, a la simplicidad, a los frescos de Herculano, a los bajorrelieves romanos. Odiaba el siglo XVIII, con sus idilios galantes, sus colores pastel, sus formas curvas; perseguía con animadversión a los dignos representantes de ese movimiento que, según él, no dejaba sitio a la naturaleza y a la verdad: «La posteridad —decía— despreciará sus frívolas obras. Dentro de cien años, todos los cuadros de Watteau habrán muerto en los camaranchones; los estudiantes de pintura taparán con sus bocetos los lienzos de Boucher». En cuanto a Fragonard, ese vil anciano al que vio un día empolvado, galante, agitado, burlón y horrendo, caminando a pasitos cortos por los soportales del Palais-Egalité, de buena gana lo habría encerrado bajo siete llaves, lo que, hay que reconocer, hubiera tenido su punto por tratarse del autor de *El cerrojo*. A decir verdad, el pintor-jurado solo admiraba a un hombre. Al que había venido a ver aquella tarde a la Conciergerie.

—¿De pintura?

—Sí. He iniciado un Orestes al que su hermana levanta en su lecho de dolor. Algunas partes las tengo casi terminadas.

—¿Un Orestes? ¿Basándote en mi *Electro*?

—Sí, eso es. ¿Me harías el honor, ciudadano pintor, de venir a mi casa para darme tu opinión? Vivo en la ribera de

l’Horloge.

—Puede… Cuando haya terminado aquí…

—A propósito, ¿qué haces en esta siniestra cárcel atiborrada de traidores a la Nación?

—Estoy cumpliendo con un encargo.

—¿Un encargo?

—Del Comité de Salvación Pública.

—¿Y qué vas a pintar?

—A un detenido.

—¿A un detenido?

—Sí. A un detenido.

—¿Y se puede saber quién es tan importante como para que lo pinte Corentin por encargo del Comité?

Entonces, indicando con el dedo el lado opuesto de la celda, Corentin —puesto que se trataba de él, señor, ¡de Corentin!— señaló a su modelo, y el modelo dio un paso adelante surgiendo de la penumbra para mostrar su rostro a un Gamelin lívido.

—¡Lantenac! —murmuró el miembro del jurado para sí mismo.

—El señor marqués de Lantenac —respondió el anciano que tenía el oído fino y el orgullo de los príncipes.

—El ex marqués —replicó Gamelin recuperando fuerzas—. ¿Sigues aquí? ¿Aún no te ha achicado Sanson, como hizo con tu rey y con la furcia de la Austriaca?

—Te juro por mi honor y por el del niño del Temple que si tuviera una espada entre las manos te rajaría la barriga.

—Pero no la tienes y eres tú quien va a morir bajo la cuchilla de la guillotina.

—Sí, es verdad. Voy a conocer a la hija ilegítima que Robespierre le ha hecho a Francia. ¡Y pensar que nada de esto hubiera ocurrido si hubiesen colgado a Voltaire y mandado a Rousseau a galeras! ¡Ay, los pensadores, qué calamidad! ¡Que me guillotinen ya de una vez!

—Tienes razón: hemos esperado demasiado tiempo. La secta de aquel *sans-culotte* llamado Jesucristo ha durado casi dieciocho siglos. Ya no podemos retrasar más el culto a la libertad. ¡Y Dios nos libre de volver a la monarquía!

—No habléis de Dios, pues no tenéis ni idea. Dios está sufriendo en este momento. Dios sufre por su Muy Cristiano hijo el rey de

Francia, que es niño como el niño Jesús, encarcelado en la torre del Temple; Dios sufre por su Iglesia de Bretaña; Dios sufre por las catedrales insultadas, por los Evangelios despedazados, por sus casas de oración violadas; Dios sufre por sus sacerdotes asesinados.

—¡Pero Dios ha dejado de sufrir por la desigualdad de los hombres!

—Es cierto. Ya son todos iguales en la miseria. Mirad al pueblo: tiene hambre pero calla; calla porque tiene miedo. La Revolución no solo ha acabado con la monarquía, también ha acabado con los pucheros.

—La hambruna que sufrimos se debe a los acaparadores y a los agiotistas que matan de hambre al pueblo, que se entienden con los enemigos de fuera para destruir la libertad, para que los ciudadanos odien la República. ¡Hay que tasar la harina y guillotinar a quien especule con la comida, fomente la insurrección o pacte con el extranjero!

—¡Guillotinar, guillotinar, guillotinar! ¡Esa palabra no se os cae de la boca!

—¡Porque la salvación de la República pasa por ahí!

Dicho esto, saludó a Corentin y salió.

De modo que aquel anciano de mediana estatura; discreto, pero que llamaba la atención por su silencio febril, su entusiasmo sombrío, sus modales ora arrogantes, ora sesgados; ese anciano que se parecía al zapatero Simon pero que no era el zapatero Simon, como tampoco era el *concierge* Richard o el ex noble Brotteaux des Ilettes; ese anciano con hopalanda de color humo de infierno y tricornio, no era otro que François-Elie Corentin.

¡Corentin, el Tiepolo del Terror! ¡El equivalente a un Giotto, a un Leonardo, a un Rembrandt! Corentin, célebre en todas partes, en todas partes celebrado. *¡Electra! ¡Las Sibilas! ¡Los Once!*

¡Ay, señor, deberíais ver *Electra*, deberíais ver *Las Sibilas* y, sobre todo, deberíais ver *Los Once*; a su lado, el *Marat asesinado* de David es un cuadrito caravaggesco. Cuatro metros y treinta centímetros por tres, un poco menos de tres. Una Cena revolucionaria, sin Cristo ni Judas, con el Comité de Salvación Pública al completo: los apóstoles de la santa guillotina —Billaud, Carnot, Prieur, Couthon, Robespierre, Collot, Barère, Lindet, Saint-

Just, Saint-André— en reunión fraternal.

¡François-Elie Corentin! ¡Había venido todas las mañanas, durante cinco días y en ningún momento lo reconocí! Es lo que decía Monsieur Jourdain de la prosa y, lo mismo que él, yo me había codeado con un genio sin saberlo. Precisemos, en mi defensa, que aunque acababa de pintar *Los Once*, Corentin no era aún ese pintor inmenso, ese demiurgo que algunos consideran hoy, por encima de Watteau, Boucher o Fragonard, el maestro de la escuela rococó. En cuanto a su *Lantenac*, obra maestra de la que se dijo que sobrepasaba en calidad los retratos de Mona Lisa, Cecilia Galleriani o Baldassare Castiglione, solo existía por entonces en la mente del pintor, ni se hallaba, por supuesto, a cien metros bajo el agua. Los hechos son bien sabidos: en 1808 —o quizás el año siguiente, no recuerdo… pero estoy seguro de que fue entre el Dos de Mayo y Essling; entre el grito *¡Muerte a los franceses!* y la muerte de Lannes; entre las lágrimas de Manuela Malasaña y las del Emperador— o sea, entre 1808 y 1809, Luis XVIII, entonces conde de Provence, se moría de aburrimiento en el condado de Buckingham, adonde los sucesos por todos conocidos lo habían obligado a exiliarse. Para adornar las paredes del castillo de Hartwell que un barón inglés le prestaba gentilmente, compró varios cuadros *monárquicos*, entre los cuales estaba *Lantenac*. El navío que le llevaba los lienzos se hundió entre Calais y Folletones, y la obra maestra de Corentin se perdió para siempre. De modo que *Los Once* tomaron el lugar que hoy ocupan en el panteón del Maestro, y la popularidad del Maestro sigue aumentando.

Pero dejemos los fondos marinos y, si me lo permitís, volvamos a la isla de la Cité, a la capilla de la Conciergerie donde Lantenac posaba para Corentin, cuando *Lantenac en la Conciergerie* no era sino un lienzo en blanco de dimensiones modestas, cuarenta y cinco centímetros por cuarenta, que Corentin se disponía a llenar de color. Al igual que Rembrandt no era del todo Rembrandt antes de la *Ronda de noche*, el Corentin de entonces no era del todo Corentin, sino un viejo pintor condenado a la indigencia, obligado a trabajar a las órdenes de David en el Comité de las Artes. Llevaba cinco días llegando con el alba, y cada mañana al alba se iniciaba el mismo ritual inmutable, protocolo sagrado: dejaba la hopalanda y el tricornio en un rincón, Lantenac se sentaba frente a Corentin, y

Corentin observaba a Lantenac mientras éste leía, hablaba, comía… las cosas que normalmente se hacen en la cárcel. Durante cinco días había estudiado la fisionomía del ex marqués, rey derrotado en Vendée; había escrutado su rostro severo, sus cabellos canos, el destello que aún brillaba en sus ojos; lo había visto enternecerse por la suerte de una doncella destinada a morir, trazar un plan para salvarle la vida, mantener una conversación con un miembro del jurado que lo había condenado; había examinado cada uno de sus gestos, considerado con atención el menor pestañeo, sondeado su corazón curtido, explorado su alma enlutada, orgullosa, noble, herida.

Y el sexto día, una vez realizado el minucioso trabajo de observación, el viejo pintor se dispuso a inmortalizar al viejo marqués, invocando a los manes de la inspiración para que le ayudaran a terminar su obra. El séptimo día, lo dedicaría al descanso.

El 21 de Pradial del año II, llegó al amanecer, cuando las pescaderas de Les Halles apenas se estaban despertando, cuando el verdugo aún dormía el sueño de los justos. Se quitó la hopalanda y el tricornio; montó el lienzo, todavía blanco, sobre el bastidor; lo estiró, lo clavó; mezcló, machacándolos, los pigmentos con el aglutinante, preparó la imprimación a base de cerusa clara, dispuso los colores en su paleta —el blanco de plomo junto al amarillo de Nápoles, el pardo rojizo, la laca carmesí, el tierra de Casal y el negro marfil; el azul de Prusia, el azul ultramar (el color del lapislázuli), el cinabrio y el bermellón—. Ni trazado, ni esbozo, ni boceto: pintaba directamente en el lienzo blanco, *alla prima*[11], pues una pintura *es* pintura. Pero la suya, señor, es algo más que eso. Es la gracia, el bálsamo, el remanso de paz al que todos aspiramos, una gota de agua fresca en nuestros labios febriles. Y el Rey de los alisos, señor, no el de Goethe sino el otro, el que aún no es pero será, os diría, no os quepa duda, que a nuestros corazones enfermos por el tiempo, por la erosión del tiempo, por la muerte siempre industriosa, por la promesa inevitable de la pérdida de cuantos amamos, la pintura de Corentin aporta un poco de eternidad. Un poco de eternidad, señor: eso es lo que aporta la pintura de Corentin.

¿Cuántos hombres han tenido la suerte de asistir a ese momento

único en que la obra maestra que todavía no es, está a punto de ser? Pues al igual que hubo un momento en la Historia en que no se podía tocar *La Gioconda* porque aún no se había secado, hubo un momento en la Historia en que la *Vendée vencida* —es el otro nombre del cuadro, el que quería ponerle el Comité— no era sino un lienzo en blanco, inmaculado, que Corentin se disponía a cubrir de blanco lino, albayalde para la camisa de Lantenac, verde esmeralda para sus ojos que lanzaban destellos, antracita y bistre para los muros de la cárcel y, más allá de los barrotes, un azul cerúleo para el cielo que él hubiese querido celeste pero que pintó en azul cobalto, el que hallaron antaño en las minas de Bohemia, ese azul violáceo, imperial, infernal, divino. Yo viví ese momento.

Asistí al nacimiento de las formas, a la asociación de los colores y me asombraba, señor, de que pudiera hacerse algo tan bello a partir de tan poco: un lienzo, un pincel, talento… Asistí a la gracia, señor, a la gracia en acción, favor concedido por Dios a unos *happy few*, media docena por siglo, como mucho.

Cuando se puso el sol, el cuadro estaba terminado. Sublime y trágico. Sublime, ya se sabe; trágico porque Lantenac había sido condenado a muerte y era extraño que no lo hubieran ejecutado ya. Pero me di cuenta con horror de que si el tribunal, normalmente tan rápido en obtener la ejecución de sus sentencias, había aceptado aplazar la del marqués, era tan solo para que el pintor tuviera tiempo de terminar el encargo. Con la última pincelada, Corentin había rubricado sin saberlo —o quizás sí lo sabía— la firma de Fouquier y estampillado definitivamente el sino del jefe de la Vendée.

Ya era tarde. París iba a acostarse. El pintor se puso la hopalanda y el tricornio, saludó a Lantenac y se marchó en silencio con el lienzo debajo del brazo, como había llegado. Y Lantenac se echó a reír, primero muy quedo, luego cada vez más fuerte, con una risa terrible, convulsa, surgida de lo más hondo de su alma.

—¿De dónde sacáis fuerzas para reír en el borde del abismo? —le pregunté, saltándome la prohibición que me habían impuesto de dirigirle la palabra—. Mañana vais a morir y todo habrá acabado.

—Voy a morir —dijo el marqués—. Pero esto no ha hecho más que empezar: al encargar mi retrato a un genio, el Comité cree celebrar el triunfo de la Revolución sobre la Vendée. Pero ignora,

señor mío, que por la gracia de un simple pincel me saca del limbo y me nimba de gloria para la eternidad.

# EL CAÍN DEL AÑO II

Mi queridísimo hermano:

Las noches son largas cuando no se duerme. Si estuvieseis aquí, conmigo, sin duda me amonestaríais: «¿De qué te quejas, tú que aún no has sido condenado a la noche eterna?». Y como un latigazo, ese tuteo inopinado me hubiera herido hasta en la carne. Así son las cosas: la forma hace a veces más daño que el fondo.

A eso, y aunque pueda parecer injusto, os contestaría sin duda que os envidio. La vida, dicen, es un regalo; pero hace demasiado tiempo que llevo la mía como una carga.

Las noches son largas cuando no se duerme y hace años que no duermo. El ritual es siempre el mismo, inmutable: todas las noches me acuesto temprano, esperando que el sueño expulse a las Erinias[12] de mi alcoba, ya que no de mi vida. Pero al poco me alcanzan de nuevo y oigo sus voces estridentes, pérfidas: «Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?». Entonces me despierto sudoroso, me seco la frente arrugada por el desasosiego, enciendo una vela y la dejo consumirse mientras ellas, agazapadas en la sombra, esperan pacientes, dispuestas a reaparecer en las tinieblas nocturnas para meterse en mi cama.

Luego, el cansancio se apodera de mí, me vuelvo a acostar y me duermo, si no apaciblemente, al menos esperando que me den unas horas de tregua. Por desgracia, en cuanto me acurruco en los brazos de Morfeo, vuelven para hacerme la misma pregunta, siempre la misma, en el mismo tono tranquilo, monocorde: «Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?».

¿Qué os he hecho, André? ¿Por qué ese sueño extraño y penetrante, ese injusto reproche de no haberos salvado la vida: vuestra cabeza sanguinolenta separada del tronco, pudriéndose en

una fosa común del cementerio de Pipas con otras cabezas separadas de otros troncos que se descomponen, juntos, por centenares: la de Boucher, por supuesto, y aquella otra, seria y austera, del vizconde de Beauharnais, que Joséphine cubrió antaño de besos, y las de nuestros amigos Trudaine, y las de los Carmelitas de Compiègne que entonaban cánticos al pie del patíbulo? ¿Por qué esa comitiva de cabezas con las órbitas vacías viene continuamente a poblar mis noches, apareciéndoseme en sueños y marcándolos con el sello de la infamia? ¿Por qué, *Monsieur de Saint-André*, como os llamaba David en la época de vuestra gran amistad, por qué nada puede mitigar mi aflicción?

¿Cómo he llegado a esto? La noche es larga, adentrémonos en la génesis de mi sufrimiento.

Constantinopla. ¿A qué se debe que, solo con evocar su nombre, algunas ciudades revelan infinitas maravillas, atesoran insondables misterios, provocan el imperioso deseo de llegar hasta ellas a toda vela o a galope tendido, si es preciso? De Constantinopla, no recuerdo nada. Yo tenía apenas seis meses cuando trocamos las orillas del Bósforo por las del río Aude. Pero el sol, Santa Sofía, la mezquita azul, los *fonduks*[13], el Cuerno de Oro donde diariamente atracaban embarcaciones procedentes de Mitilene, de Trípoli y de Creta, me resultan tan familiares como Notre-Dame y el Sena, el
Pont-Neuf
y la que fue plaza del Trono, hoy derrocado, donde cayó vuestra cabeza. Constantinopla,

*Donde una bella griega*
*En su sazón primera,*
*junto a su esposo galo*
*Con quien feliz vivió,*
*Franceses nos alumbró*
*Allá en Binando lejano*[p01].

En Carcassonne descubrimos Francia. ¿Recordáis, André, nuestra feliz infancia campestre? Construíamos altares y velas, rebuscabais por todas partes para encontrar retales de satén rojo y hacer con ellos una hermosa casulla galoneada con papel dorado… Luego,

París: el colegio de Navarre, Virgilio y Ovidio, las vacaciones en Provins en el castillo de los Trudaine; las estancias en Champagne con los Pange; o el río Marne, lento, con su larga curva de islas, a la sombra de los árboles; la hierba y los fértiles prados… Los cuerpos de las doncellas, el de Camille sobre todo —recogíais muy despacio, sutil estratagema, las flores que vos mismo le habíais derramado sobre los senos, por entre los cuales vuestros dedos se extraviaban, temblorosos—, los teatros y los cafés de moda, el aturdimiento de una juventud fuerte y fogosa. Solo sabíamos entregarnos a las delicias del amor, al gozo de las musas, a los placeres, al estudio, a la paz… El ejército, en el que tanto vos como yo solo nos quedamos un tiempo —¡estábamos hechos para esgrimir la pluma, André, no la espada!—, los viajes que hicisteis a Suiza siguiendo las huellas de Rousseau, a Italia, subyugado por la gracia de las esculturas de Miguel Ángel. En la basílica de San Pedro se os saltaron las lágrimas ante la *Pietà*. Y las cortesanas, recordad, enardecían vuestra sangre:

*¡Ay, del amor caricias*
*Y blandas indolencias!*
*¡Fuisteis las delicias*
*De mi juvenil pereza!*
*Por doquier vi beldades.*
*Para buscar las artes,*
*Franqueé la muralla*
*En vano de los Alpes:*
*Roma y sus amores*
*Torcieron mis intenciones*[p02].

Pero no podíais seguir así por más tiempo, haciendo vida contemplativa, sin ocuparos de las contingencias materiales. La pensión de nuestro padre era demasiado modesta para manteneros y él os hizo saber, con tacto, que sería de buena ley que pensarais en estableceros. Monsieur de la Luzerne, embajador en Londres, buscaba un secretario. Así que hicisteis las maletas.

El Támesis era calmoso, pero el Sena pronto empezó a agitarse. Todo se desencadenó con gran rapidez: la apertura de los Estados Generales, el juramento del Jeu de Paume, el apóstrofe de Mirabeau —«Id y decid a quienes os envían que estamos aquí reunidos por voluntad del pueblo y que no saldremos sino por la fuerza de las

bayonetas»—, el cese de Necker, la toma de la Bastilla, la abolición de los privilegios… La historia de Francia llevaba estática un milenio: los hijos de rey se convertían en reyes; los de los señores, en señores; los de los criados y vasallos que no morían de niños, en criados y vasallos. Y, en apenas unos meses, cansado de inclinarse bajo el yugo señorial hacia un suelo del que no probaba los frutos, el pueblo levantó la cabeza y descubrió las virtudes de la igualdad. La palabra existía desde hacía siglos, pero siglos de servilismo y de tiranía la habían vaciado de substancia. Era, para nosotros que no habíamos cumplido treinta años, el principio de una aventura exaltante en la que ambos teníamos un papel que desempeñar.

En noviembre de 1789 se puso en escena en el Théâtre-Français mi *Carlos IX*. El censor real había declarado la obra como subversiva por incitar a la reprobación pública de aquel monstruo. El día del estreno se temieron altercados y hasta violentos enfrentamientos, pero fue un concierto de elogios. ¿Recordáis, André, a los espectadores coreando mi nombre mientras sacaban a hombros a Talma y a Mademoiselle Vestris? ¿Y las lágrimas de orgullo que rodaban por las mejillas de nuestros padres cuando los asiduos del café Procope me dedicaron aquella ovación cerrada? ¿Y a Danton, proclamando que «si *Fígaro* había matado a la nobleza, *Carlos IX* mataría a la realeza»? ¿Y a Desmoulins entusiasmado: «Con esta obra avanzamos más en nuestros objetivos que con las jornadas de octubre»? Han pasado muchos años. Sin embargo, cuando pienso en ello, un escalofrío de éxtasis me recorre la espalda y echo de menos aquella bendita época: los sueños de ayer aún no eran las desilusiones de hoy.

Allá, en Inglaterra, os moríais de impaciencia. El gran acontecimiento tenía lugar sin vos, casi ante vuestros ojos, y no podíais aguantar por más tiempo vuestra condición de simple espectador, garrapateando papeles por un estipendio de miseria. Regresasteis a Francia entusiasmado con las ideas revolucionarias.

Pero muy pronto aquella Revolución tan deseada se os antojó excesiva. Había que actuar, pensabais, como si ya hubiese acabado, pues de otro modo nunca acabaría. Lo hicisteis saber. Grave error: de nada les sirve a las Casandras divulgar sus funestas predicciones.

El 8 de Termidor, leyendo en el *Journal du soir* la lista de

ajusticiados del día anterior, me enteré de vuestra ejecución. Horrorizado, permanecí largo rato inmóvil con el papel en la mano y de pronto empecé a temblar. No podía creerlo, no quería creerlo; deseaba de todo corazón que se tratara de un error del cronista, de una terrible equivocación, pero pronto tuve que aceptarlo. De rabia, rompí el periódico.

Enterarme de vuestra muerte fue un sufrimiento; comunicarla a nuestro padre, un suplicio. Él os amaba tanto, André. Si nuestra madre me profesaba un amor incondicional, los favores de nuestro padre eran siempre para vos. Erais su hijo querido, André, su confidente. Participarle vuestra muerte era matarlo a él también.

El Hombre nace, muere y, entre lo uno y lo otro, ¿qué hace? Habla. *En el principio fue el Verbo*. El Hombre se creyó capaz de encumbrarse, de desafiar a Dios tratándolo de igual a igual, de tutearlo. Dios le hizo pagar su audacia en Babel y, desde entonces, el Hombre no ha cesado de buscar venganza: puesto que *el Verbo está en Dios*, puesto que *el Verbo es Dios*, el Hombre, mediante la fuerza del Verbo, pretende elevarse hasta Dios y recobrar aquel momento único, entre Cicerón y Marco Aurelio, en que los dioses no siendo ya y Cristo no siendo aún, solo existía el Hombre. Desde entonces discute, parlotea, sermonea, anega el mundo en una marea de locuacidad. El también pretende su Diluvio. Un diluvio de palabras.

De modo que se pasa la vida refugiándose tras las palabras, acurrucándose en ellas y hasta embrollándose con ellas, para decir ¿qué? La mayoría de las veces, nada. Chismes, monsergas, cotilleos. Y cuando al fin tiene algo que decir, cuando las palabras, generalmente vacías, no son vanas sino que vienen, dóciles sirvientas, en ayuda del pensamiento, entonces no se dignan salir de la boca. Eso me ocurrió aquella noche.

Por primera, y quizás por única vez en mi vida, me faltaron las palabras. Aun haciendo acopio de todas mis fuerzas, no podía pronunciar ni una. Como si un eufemismo pudiese atenuar el dolor, murmuré simplemente:

—André acaba de comparecer ante el tribunal.

El rostro de nuestro padre se descompuso.

—¿Y?

Guardé silencio. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Él

comprendió.

Hay algo peor que ver llorar a alguien: ver llorar al propio padre. Se cubrió el rostro con las dos manos y dijo:

—¡Canallas! ¡Me habían prometido! ¡Me habían prometido!

¿Qué le habían prometido? ¿Quién? ¿Cuándo? ¿En qué circunstancias? De pronto recobré el habla y lo asaeté a preguntas.

Cuando se quedó sin lágrimas, balbuceó con voz trémula:

—No podía ver a André en la cárcel de Saint-Lazare, yo… no tenía autorización… Así que fui a ver a Barère para… para suplicarle que interviniera en su favor. Me escuchó durante mucho rato y me aseguró que André saldría en tres días.

—¿Cuándo, padre? ¿Cuándo fuisteis a ver a Barère? —le pregunté sacudiéndolo por los hombros.

Agachó la cabeza, como un niño pillado en falta:

—Hace tres días.

Lo abrumé de reproches: ¿cuántas veces le había explicado que solicitar del Comité de Salvación Pública la liberación de alguien era la manera más segura de llevarlo al patíbulo? ¿Cuántas veces le había dicho que en los terremotos hay que quedarse inmóvil, que para tener una posibilidad de salir con vida hay que pasar desapercibido, rezar para que el dosier permanezca el último del montón hasta que vengan tiempos mejores y las cosas se arreglen?

El pobre hombre había hecho lo que creía mejor y ahora se sentía culpable de vuestra muerte. Imploró mi perdón. Yo estaba demasiado abatido para no concedérselo. Lo estreché entre mis brazos y permanecimos un buen rato abrazados, mezclando nuestras lágrimas hasta bien entrada la noche.

Al día siguiente, fui a ver a un ayudante del verdugo, conocido mío, que aceptó, mediante unos cuantos «billetes asignados», contarme vuestros últimos instantes. Me dijo que en la carreta, Roucher os recitó unos versos que compuso en la celda para su mujer, sus hijos, sus amigos, mientras un compañero de infortunio le hacía un retrato: «No debéis extrañaros, seres dulces y caros, si un aire de tristeza oscurece mi rostro. Cuando me plasmaba tan artística mano yo esperaba la muerte y pensaba en vosotros»; me dijo que, a cambio, le declamasteis unos versos de Andrómaca: «Mi ingrata fortuna se torna feliz, pues a un fiel amigo ya he recobrado…» que Roucher completó: «Mas dulce paréceme su

enfado, pues tuvo el desvelo de unirnos aquí…». De modo que llegasteis a la muerte igual que vivisteis: como poeta. ¿Simple leyenda o sublime realidad? Poco me importa, aunque prefiero la leyenda. También me dijo —y eso sí que es cierto pues varias personas me lo confirmaron— que en el patíbulo, golpeándoos la frente contra la viga de la guillotina, exclamasteis: «Es una pena, hay algo aquí adentro».

Teníais razón. Había algo, y ese algo se llama *genialidad*. Hoy, ese término se emplea sin ton ni son: a un escritorzuelo le da por la literatura, hace unos cuantos versos o monta una obra de teatro, obtiene un mínimo éxito y enseguida lo califican de *genial*, título tan fácilmente otorgado que carece de valor. Sin embargo, yo afirmo y hasta recalco sin el menor empacho: hermano mío, sabed que erais genial.

Cuarenta y ocho horas después de vuestra ejecución, le tocó a Robespierre recibir en el cuello la pesada masa de hierro. La mayoría de los detenidos fueron liberados: el Terror había pasado. Así que fuisteis parte, junto con unos cuantos más, de las últimas carretas, de las últimas hornadas.

En el preciso instante en que nuestro padre supo de vuestra muerte, dejó de vivir. Ese día supe que se puede morir de pena. Durante cerca de diez meses se arrastró como una sombra; luego, la sombra regresó a sus lares, entre las tinieblas.

Vuestros manuscritos pasaron a Constantin-Xavier, que no estaba muy interesado y me los donó de buen grado: un revoltijo de folios heterogéneos, esbozos, borradores, notas, que no quise quemar. Decidí echarles un vistazo. Me quedé maravillado.

Madame de Stäel me dijo en cierta ocasión: «Sois, Marie-Joseph, hombre de ingenio e imaginación poco comunes. Pero vuestro amor propio domina vuestro talento hasta tal punto que, en lugar de trabajar para perfeccionaros, preferís asombraros de vos mismo». Era un cumplido de doble filo. Ella estaba en lo cierto. Siempre me he movido en el énfasis, la ampulosidad, la declamación. Ése no era vuestro caso, André: llevasteis el idioma a un grado de perfección aún sin igual, a un punto de incandescencia absoluta.

Me admiraba la gracia exquisita de vuestros poemas bucólicos, de vuestras elegías, de vuestros versos inspirados en la antigüedad. Cuando estoy solo, de noche por lo general, me los recito en voz

baja:

*Al hijo del Tajo, Magallanes,*
*A Bougainville, al inglés*
*Drake, a quienes Neptuno,*
*En los mares distantes,*
*Protegía los rumbos*
*Respetando el velamen[p03].*

O estos otros:

*El joven amante, solo,*
*Y lejos de sus delicias,*
*Se sienta bajo un alerce*
*Al borde del precipicio,*
*Y allí repasa la carta*
*En la que en dulce dolencia*
*Su bella amante le llora*
*Y no vive por su ausencia[p04].*

Y también:

*De los labios de una bella*
*Una palabra se escapa*
*Que hiere profundamente*
*De su pobre amante el alma.*
*Y muere pensando en ella[p05].*

Sin olvidar los que escribisteis en los días, quién sabe si en las horas que precedieron a vuestra cita con el verdugo. Quizás por ser los más trágicos, me parecen los más hermosos.

*Un último rayo,*
*Y una postrer brisa,*
*El ocaso avivan*
*De este bello día.*
*Yo, junto al cadalso,*
*Tañendo mi lira.*
*Quizás el verdugo*
*Ya mi nombre diga…[p06]*

Esos versos los escribisteis en la cárcel, en una libreta de vitela empapada en lágrimas, escondida entre la ropa que entregabais a nuestro padre con la anuencia del guarda. Allí, en la cárcel de Saint-Lazare, conocisteis a Aimée de Coigny, ex duquesa de Fleury. Era joven, hermosa, descocada: suficiente para que se convirtiera en vuestra musa. Para ella compusisteis un poema sobriamente titulado *La joven cautiva*, aunque *La joven lasciva* hubiese sido más apropiado. La mitad de los gentilhombres de París se la había beneficiado, la otra mitad esperaba su turno. Pero, en fin, la dama no estaba del todo desprovista de ingenio. La anécdota es conocida: años más tarde, al Emperador que le había preguntado en público si «le seguían gustando tanto los hombres» le contestó, al parecer: «Sí, sire, sobre todo si son educados». ¿Hallasteis consuelo en los brazos de aquella extraña criatura que disimulaba su auténtica naturaleza de golfa haciéndose pasar por una mujer de mundo? Lo ignoro. Pero me la imagino coqueteando con ciertos badulaques, hombres necios, sin gracia ni entendimiento. La imagino —¡y confieso que me alegra!— mofándose de los versos que le dedicabais, versos que celebraban su eterna juventud —pues aunque el tiempo es un déspota, no puede marchitar las palabras—, y las vuestras, querido André, figuran entre las más bellas de la lengua francesa, allá, en lo más alto, codeándose con las de Corneille y Du Bellay:

*Sazónase la espiga,*
*Respétala la hoz*
*No teme al viñadero*
*El pámpano lozano,*
*Y bebe del rocío*
*Dulce y sabroso frío*
*Que suave templa el estival calor.*
*Yo, hermosa cual la espiga,*
*joven como la vid,*
*Aunque es mi vida triste,*
*De penas agitada,*
*Y siempre abrumadoras*
*Pasan mis largas horas,*
*Aún no quiero morir[p07].*

*La joven cautiva* fue publicada en la *Décade philosophique* el

20 de Nivoso del año III. ¿Cómo llegó al director de la revista? Lo ignoro. Puede que aquella mujer ruin y licenciosa, cuya juventud inmortalizasteis, consiguiera una copia. El éxito fue tal que, en las semanas posteriores, ni un solo día pasó sin que me pidieran que exhumara los poemas en mi poder. Casi siempre eludía los ruegos, echaba a los inoportunos, respondía con evasivas…

En privado, di a leer algunos de vuestros versos a mis amigos: Fontane, Joubert, Pauline de Beaumont, la que murió en Roma en brazos de Chateaubriand. Todos os llenaban de elogios y hasta el vizconde, en su pésimo *Genio del cristianismo* os rinde un sentido homenaje: teníais, escribió, un talento único para la égloga y en vuestros poemas hay cosas dignas de Teócrito.

Me pedían que los publicara, pero no lo hice. A modo de disculpa decía que no quería reavivar el dolor de haberos perdido; pero en mi fuero interno temía que vuestra obra eclipsara la mía. Así de simple. No obstante, durante el Consulado, envié a la revista *Mercure de France* uno de vuestros poemas, una *Elegía en el modo antiguo*.

*Llorad dulces alciones, oh pájaros sagrados,*
*Llorad dulces alciones de Tetis bienamados.*
*Supo Mirto de vida, la dulce tarentina.*
*Llevábala la nave a playas camarinas.*
*Lentamente himeneo, canciones, la sonante*
*Flauta conducirla debíanla a su amante[p08].*

Redacté una nota explicando que la posible incorrección o falta de pureza de estos versos solo se debía a que no los habíais revisado, pero que encerraban el sabor de la antigüedad y un gran talento poético. Tal reserva me fue severamente recriminada por vuestros loadores. Según ellos, vuestro poema no sufría defecto alguno. Sin duda tenían razón, pero me sentí tan ofendido que decidí no sacar a la luz ni uno más de vuestros escritos. La gloria literaria solo coronaría a un Chénier.

Pues para mí, las cosas no iban del todo mal: como sabéis, aprovechando el éxito de mi *Carlos IX*, escribí otras obras, me convertí en el poeta oficial de la Revolución, me eligieron diputado en la Convención… Como seguramente supisteis en la cárcel, mi

*Chant du départ* que compuse para la fiesta del Ser Supremo, tuvo un éxito casi análogo al de *La Marsellesa*. Lo que no pudisteis saber, sin embargo, es que me eligieron para el Consejo de los Quinientos, durante el Directorio, luego para el Tribunado y para la Academia durante el Consulado.

Política y teatro acaparaban casi todo mi tiempo y las pocas horas que me quedaban las dedicaba a la deliciosa Madame de Labouchardie, a quien conocí en la calle Saint-Honoré, donde extraía de su arpa unos sonidos maravillosamente áureos. Era joven, hermosa, perspicaz. Calzaba coturnos, lucía en los dedos de los pies desnudos muchas sortijas de diamantes y solo llevaba ropas ligeras, diáfanas, *a la griega*. Si las costumbres hubiesen seguido degenerando durante el Imperio, no me habría extrañado que hoy vistiera con una simple hoja de parra. Fue mi amante, mi confidente, e incluso mi bienhechora, pues cuando Bonaparte se hizo llamar Napoleón y se inició mi caída en desgracia, vendió sus joyas para aplacar a los acreedores que me asaltaban por doquier. Es ella, no me cabe duda, quien recibirá pronto mi último suspiro.

En resumen, tenía todo lo que un hombre de letras puede esperar: una mujer que sin ser la mía me amaba con pasión, dinero y, por qué no decirlo, una trayectoria de éxito. La felicidad hubiera sido completa sin esas malditas Erinias.

Porque ahí, querido André, es cuando se inicia la tragedia: muy poco después de vuestra muerte, me acusaron de haberla provocado con mi inercia. Peor, de haberla deseado. Nada más falso, por supuesto. Es cierto que no entendíamos de la misma manera el desarrollo de la Revolución, pero yo os amaba, André, os amaba fraternalmente. Intenté sacaros de allí por todos los medios, pero las sutiles gestiones que emprendí dieron pésimos resultados. Además, ya lo he dicho, llamar la atención sobre vuestro caso era la mejor manera de mandaros al patíbulo.

Léger compuso un poema mediocre en el que imaginaba vuestra reacción: *¡Haced mi defensa en vida, no lloradme tras la muerte!* Michaud divulgó estos versos: *Yo sé bien que Chénier, de Melpómene fiel, es capaz de matar y no solo a los héroes que él supo crear*, Fonvielle, Souriguière, Fantin, Crétot, Beaulieu, Langlois y hasta Lézai, ese pedante jovenzuelo que solo era un

Roederer pero se creía un Rousseau, me censuraron con rudeza. Pero el más cruel de todos, el que me hirió en lo más profundo del alma, fue el sodomítico de Rivarol: en sus escritos, en sus conversaciones, siempre me designaba con el ignominioso remoquete de *hermano de Abel Chénier*. Roma tuvo a Rómulo y Remo, Egipto a Set y Osiris, Grecia a Eteocles y Polinices. A cada época su Abel; a cada país, su Caín: en la Francia post año II, encarnabais ante todos la figura de Abel y yo, por antífrasis, la de Caín.

Tan solo Barère, a pesar de que yo había sido uno de sus más crueles enemigos, tuvo el coraje de defenderme. Iba diciendo a todo el mundo que me vio llorar vuestra muerte con amargura y que, lejos de haberla propiciado, intenté por todos los medios salvaros la vida. Pero la jauría no me soltaba. Ya no me atrevía ni a salir. Pensé incluso en pegarme un tiro, lavar mi honor con sangre. Imaginaba el pistoletazo, retumbando como un grito, el grito de mi inocencia. Pero abandonar no era propio de mí. Cogí la pluma y compuse la *Epístola sobre la calumnia*:

*Quisiera, hermano mío*
*Al leer tus escritos,*
*Cantar el himno fúnebre*
*A tus manes proscritos.*
*Verás allí a menudo,*
*Junto a tu tumba fría,*
*A tus deudos gimientes,*
*A tu madre afligida,*
*Y algún amigo artista,*
*En la sombra florida.*
*Regará mi llanto constante*
*Tus verdes laureles flamantes[p09].*

En esa obra deploré vuestra muerte, lo cual era cierto, y me comprometí a dedicar el resto de mi vida al culto de vuestra memoria, lo que no lo era tanto. Aproveché, de paso, para ajustar cuentas con mis calumniadores. En lugar de los grilletes que merecen, penarán su inmortalidad en mis versos. Pero el daño estaba hecho: me habían colgado un sambenito del que nunca me liberé.

Aún hoy, diecisiete años después, ciertas mentes ilustradas se dedican a atacarme a traición, a despertar la bestia inmunda, a soplar sobre las brasas de la maledicencia para avivar el fuego de las acusaciones más viles. No les hago caso: la calumnia honra a quien pretende agraviar. Que escriban los calumniadores cuanto les plazca, que yo, salvo que me obliguen por decreto, no pienso leerlos.

La verdad es, André, que moristeis por culpa vuestra. Solo por culpa vuestra. Desde el principio, fuisteis muy crítico con la Revolución, con los derroteros que tomaba. Vuestro *Aviso al pueblo francés sobre sus verdaderos enemigos* fue magníficamente acogido por el rey de Polonia que os envió medallas y parabienes a la vez que Camille Desmoulins observaba: «El autor es un tal Chénier, que no es el Chénier de *Carlos IX*». Cuanto más despiadada se volvía la Revolución, más denunciabais sus excesos: en vuestras obras *Reflexiones sobre el espíritu del partido* y *Altares del miedo*, en vuestros artículos en el *journal de Paris*… Os convertisteis en uno de los polemistas más virulentos. En vuestros escritos, todo el mundo, o casi, era objeto de crítica, empezando por Carra, Brissot y Condorcet. En febrero de 1792, nuevo panfleto: *De la causa de los desórdenes que perturban Francia*, en el que comparabais a los jacobinos con los jesuitas para criticarlos mejor. Luego, tomasteis la defensa del rey cuya muerte yo voté, lo que supuso, recordadlo, la ruptura entre nosotros.

También supe —hay chivatos por todas partes— que ayudasteis a aquel exaltado medio loco, un prusiano de frente ancha, ojos grises y nariz respingona, a redactar su *Elogio a Charlotte Corday*. Se creería el prusiano que nos íbamos a tragar el cuento, cuando hablaba francés como un campesino analfabeto. Vamos, André, todo el mundo se dio cuenta de que no era de él sino de vos de quien provenía aquella inspiración tan divina como inesperada. Vos mismo, en una oda, alabasteis a la asesina de Marat:

*No quiero en silencio honrarte.*
*Tu vida llegaste a dar*
*Esperando con tu muerte*
*El país resucitar.*
*El puñal armó tu brazo,*

*Doncella sublime y magna,*
*Avergonzando a los dioses,*
*Y reparando su crimen*
*De dar ser tan vil a Francia[p10].*

Siempre habéis escrito bajo el dictado de vuestra conciencia o, mejor dicho, de vuestra inconsciencia. Solo un suicida honraría la memoria de Corday cuando Francia aún lloraba los manes de Marat. ¡André, vos sabíais perfectamente que a la gente la guillotinaban por mucho menos! Metieron a una anciana en la cárcel de Sainte-Pélagie por haber elogiado a Mirabeau cuando descubrieron el armario de hierro; detuvieron a un crío de apenas dieciséis años por decir en un café, cuando Robespierre acababa de limpiar la República de la facción indulgente, que Danton era un buen hombre que valía más que el tiquismiquis de Saint-Just. ¡Vi en el patíbulo a una madre porque había mantenido correspondencia con su hijo en el extranjero, a un militar mutilado culpable de exigir pan, y a un pobre tipo acusado de llamar a su perro *Ciudadano*!

No debía, pues, extrañar a nadie que os encerraran en la cárcel de Saint-Lazare. ¡Si al menos os hubieseis callado para pasar desapercibido! Pero no podíais resignaros a morir, o, como escribisteis, a morir sin haber vaciado vuestra aljaba, sin haber traspasado, pisoteado, maznado a los verdugos leguleyos. Barère pedía que «se purgaran las cárceles para eliminar del suelo de la libertad tanta inmundicia, tanta escoria de la humanidad». Y vos, burlándoos de las amenazas, componíais yambos para criticar, con más virulencia que nunca, los excesos jacobinos.

Al pasaros por la guillotina, la Revolución no asesinó a un poeta. Se limitó a deshacerse de un tipo molesto. Vuestra muerte, André, fue política, no poética. Y que quede claro: yo no os maté.

Vuestra obra, sin embargo, morirá en mis manos. Podría quemarla, pero eso sería exponerme al furor de las Musas, y no me lo puedo permitir. Como vos, nunca creí en Dios, y preferí celebrar el culto a las hijas de Zeus y Mnemosina. Por eso, temo despertar su ira con semejante sacrilegio. Reduje a cenizas mi *Timoleón* —oigo vuestra risa sarcástica, y no os lo reprocho— y juré que a mí no me cogerían. Preferí ver mi obra en la hoguera de la inquisición revolucionaria, que mi cabeza en el cesto de Sanson. Siempre me

arrepentiré de ello.

Desde entonces, tengo sumo cuidado de no echar nada al fuego. Por eso, vuestra obra está a salvo de las cenizas, aunque no de la desaparición. ¿Quién prestará la menor atención a un fajo de papeles amarillentos, cerrado con llave en el cajón de mi escritorio cuando yo ya no esté aquí? Hallarán seguramente vuestros poemas, quizás alguien les eche una mirada distraída e ignara, luego, los guardarán en un armario, en un sótano, o en una buhardilla, y caerán en ese légamo del pasado llamado olvido. El tiempo destruye tanto o más que las llamas. En la posteridad solo hay sitio para un Chénier, y no puedo tolerar que se llame André. Es quizás mataros de nuevo, pero qué más da. Me acusaron infundadamente la primera vez y disfruto pensando que no podrán imputarme este segundo delito, pues ante el mundo, vuestros poemas no existen, André. Ése es mi desquite de tantos años de calumnias.

Quizás penséis que soy un monstruo, que hubiese sido menos cruel traspasaros yo mismo el cuerpo con una daga que matar así vuestra obra, a fuego lento. Me trae sin cuidado. A fin de cuentas, vos os lo habéis buscado. Seguir vivo solo dependía de vos, André. Solo dependía de vos.

No sé por qué os digo todo esto. Ignoro si me oís, allá arriba. Es tarde, vuelvo a la cama. Las Erinias me persiguen, las veo, las oigo. Debería amansarlas, hacer de ellas mis hermanas, como vos fuisteis mi hermano. Venid, Megera, Tisífone, Alecto, venid a perturbar el sueño del anciano. Ya no le queda mucho tiempo.

## LA PROMESA DE NIVOSO

Parece que lo estoy viendo, un poco antes de su muerte. Era en 1806, acababan de restablecer la era vulgar, y yo tenía siete años. Llevaba la sempiterna levita verde oscuro, chorrera de encaje, calzón de mahón, medias blancas. Vestimenta impecable, aspecto cuidado, zapatos limpios, cabellos empolvados y cepillados: un brazo de mar. Me sentó en sus rodillas, en ese jardín plantado con tulipanes rojos como la sangre, donde un loro gris como el cielo —estábamos en enero, pero la gente aún lo llamaba Nivoso— salmodiaba con voz gangosa la letanía de palabrotas que le habíamos enseñado.

Él se paseaba por ese jardín siempre que el sol, saliendo de su madriguera, exhibía su rubia cabellera sedosa; se paseaba con el arco en una mano, la viola da gamba en la otra y tocaba, muy mal por cierto, ese instrumento hoy totalmente olvidado.

Tenía la espalda encorvada, las manos temblorosas y el aliento jadeante; ya no le quedaba mucho tiempo. La dama de la guadaña podía llevárselo en ese instante, o al día siguiente, o dentro de un mes. Era cuestión de días, de semanas como mucho. Él, sin embargo, se negaba a afligirse y a caer en el abatimiento. Sacaba sus tremendas ganas de vivir de los dolores que día y noche lo acosaban, y de los que extrajo una filosofía marcada por la gratitud y la resignación: «La naturaleza está bien hecha —decía—. Nos va encogiendo poco a poco, antes de eliminarnos del todo».

Aquella tarde de Nivoso había decidido, al parecer, dedicarla a mi educación. ¿Quién mejor que él para enseñarme las cosas de la vida? Había pasado por el siglo como el marino por una tempestad: con el miedo en las tripas, la vista puesta en el horizonte, en el maelstróm de olas rugidoras, desgranando las cuentas de un rosario, que más vale tener a Dios del lado de uno, y aferrado a la borda con las manos, soltándose solo para besar furtivamente el rosario, que

toda precaución es poca: nunca se es demasiado prudente. En aquellos tiempos en que la justicia exterminaba con una celeridad digna de admiración, era quizás el único modo de sobrevivir. Había que dar pruebas de civismo, pero sin pasarse: a los moderados los mandaban al patíbulo y, como no eran suficientes, como nunca eran suficientes, a los exaltados también; había que elegir el bando y rezar para que la elección fuera la correcta: alguien podía defender a un acusado y luego tener que defenderse por haberlo defendido demasiado bien; ser juez un día y ser juzgado al día siguiente; ser guarda de un prisionero y, al poco, ser prisionero bajo custodia; era mejor ser del pueblo que de la nobleza o del clero, aunque alguien de procedencia popular podía acabar tan mal como la nobleza o el clero. Es comprensible pues que el encargado de dar muerte temiese a cada instante que las tornas cambiasen y vinieran a dársela a él.

Me acarició la nuca, posó su pesada mano en mi hombro y a modo de íncipit me hizo prometer una cosa: «Prométeme, Henri-Clément, prométeme que mantendrás la tradición». Yo no sabía de qué me hablaba. Prometí. ¿Los niños de siete años deben cumplir sus promesas? Perdonadme, abuelo, por haber incumplido mi promesa de Nivoso.

—Eres un Sanson —me dijo—. Algún día tú también serás verdugo.

Era la primera vez que la resonancia lúgubre de esa palabra llegaba a mis cándidos oídos. Mi abuelo aborrecía ese término, o ese título, puesto que de un título se trataba, y de buena gana lo habría borrado del diccionario de la Academia. Él prefería que lo llamaran *ejecutor de altas obras*, y siempre que Camille Desmoulins decía «un gato es un gato y Sanson, un verdugo» mi abuelo le replicaba con alguna que otra pulla. Llegó incluso a denunciar a Gorsas, aquel plumífero inmoral —que encerraron en la cárcel de Bicêtre por comprometer a varios muchachitos— porque se empeñaba en llamarlo verdugo en sus escritos de poca monta. Y debo decir que el verdugo se salió con la suya: unos meses más tarde, y por otras razones, Gorsas fue condenado a muerte. La Historia no dice si, en el momento en que Charles-Henri Sanson soltó el resorte para liberar la cuchilla de la guillotina, se le dibujó un rictus burlón en la comisura de los labios.

Charles-Henri Sanson. Así se llamaba mi abuelo. Es el apellido

de un linaje de ejecutores cuyo origen remonta al año 1688, cuando Charles-Louis Sanson, alias Longval, bebió los vientos por la bella Margueritte Jouenne, hija de verdugo. Al desposarla entró en la cofradía, lo que comportaba para su descendencia la obligatoriedad de seguir ejerciendo tan siniestro oficio. O sea, que el muerto se apodera del vivo: los ejecutores pasan pero el cargo se mantiene. Después de Charles-Louis, alias Longval, vino Charles, luego Charles Jean-Baptiste, luego Charles-Henri, mi abuelo, el cuarto de su estirpe. Luego le tocó a Henri, su hijo, y finalmente, venía yo.

—Serás verdugo —repitió—. Como mis hermanos.

Eran siete. A veces, Charles-Henri, en calidad de hermano mayor, los invitaba a cenar en su casa, en la calle Neuve-Saint-Jean. Sus ayudantes se ocupaban del servicio y, para no perderse entre tanto Sanson, los llamaban por el nombre de la ciudad donde cada uno ejercía: Monsieur de Tours, Monsieur de Blois, Monsieur de Reims… Mi abuelo era Monsieur de París. Aún mantiene ese apodo.

—Como tu padre… —añadió.

Mi padre, Henri Sanson. Alto, calvo, austero, *ejecutor de altas obras* hasta su muerte, en 1840. Descanse en paz. A fin de cuentas, no fue él quien marcó a fuego el ilustre linaje de los Sanson.

—Y como tu abuelo.

Mi abuelo, el Gran Sanson como lo llamaban, el que confirió al apellido sus letras de nobleza. Letras de nobleza y de pavor. Empezó pronto, muy pronto, en el oficio. Con diecisiete años fue uno de los que torturaron a Damiens en la plaza de Grève, sometiéndolo a un tormento análogo al de Ravaillac dos siglos antes: le quemaron la mano derecha —la que había empuñado el cuchillo— con azufre en llamas; con unas tenazas le abrieron las carnes y se las regaron con aceite hirviendo, cera y plomo derretidos. Luego, lo descuartizaron cuatro caballos y sus miembros y su cuerpo fueron reducidos a cenizas, y sus cenizas las dispersaron al viento. Ése era el precio que se pagaba por levantar la mano contra la persona del rey. La mañana de su ejecución, cuando fueron a su celda para leerle la sentencia, Damiens pronunció esta frase, que quedó fijada en la memoria colectiva, frase que murmura la gente las noches de plenilunio, a la luz de una vela: «Va a ser un día muy duro».

Duro fue también aquel día para el joven verdugo, para siempre atormentado por los alaridos de aquel hombre a quien infligían los

peores sufrimientos, aquel hombre que vio su brazo derecho y sus muslos separados del tronco, y que no expiró hasta una hora después, cuando perdió el último miembro.

«Por mucho que se diga —comentaba a menudo mi abuelo— la guillotina es un gran avance. Es la forma más segura, rápida e indolora de administrar la muerte». Sabía de lo que hablaba: había aplicado tormento, ahorcado a desertores, descuartizado a parricidas, marcado a fuego a presidiarios, manejado el látigo y el hacha… La guillotina era otra cosa: «Fue la gran oportunidad de mi vida». Porque en el 93, mi abuelo se convirtió en la piedra angular de la Revolución. Aceptó, en nombre de la justicia y de la sociedad, en nombre quizás de la República incipiente, en nombre —¿qué sé yo?— de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, convertirse en el instrumento del Terror, en el brazo armado de Robespierre, del Comité de Salvación Pública y del Tribunal Revolucionario. Es conocida la frase de Saint-Just: «Los cementerios, y no las cárceles, son los que tienen que rebosar de traidores». De modo que la realeza, la nobleza, la Gironda, la Montaña, todos los efectivos que había en París en cuanto a hombres, mujeres y a veces niños, perecieron por sus manos en aquel gran frenesí del degüello.

Y si, a propósito de eso, le preguntaban: «¿Cuántos hombres, mujeres y niños?», él contestaba, evasivo: «No sé. Muchos. Varios centenares… Algunos miles…». Pero él sí sabía. Sabía exactamente la cantidad y hasta el nombre de sus víctimas durante el período que va del 21 de enero de 1793 al 9 de septiembre de 1795: dos mil novecientos dieciocho, de los cuales trescientos setenta y seis en mes y medio, entre la Ley de Pradial y el 9 de Termidor, o sea, lo que hoy llamamos el Gran Terror. Pueden parecer muchos, pero son pocos comparados con todos los muertos que hizo la Revolución: entre dieciséis y dieciocho mil personas guillotinadas; mil trescientos aniquilados en unos pocos días de septiembre en las cárceles de París; cerca de tres mil fusilados en Nantes, más de dos mil en Avrillé… ¿Y cuántos en Savenay, donde el general-carnicero Westermann se vanagloriaba de haber enterrado a los hombres de Vendée en los bosques y las ciénagas, de haber asesinado a las mujeres y aplastado a los niños bajo los cascos de los caballos? ¿Cuántos en Lyon, en la llanura de Brotteaux, donde Collot d’Herbois

mandó matar a la gente a cañonazos porque la guillotina y el fusil eran demasiado lentos? ¿Cuántos en Nantes, donde Carrier, el gran organizador de baños republicanos, ahogaba a ancianos, mujeres y niños en el Loira, su *bañera nacional*? ¿Y cuántos en Noirmoutier, en Toulon, en Fougères y en Le Mans? ¿Cuántos en aquellos pueblos calcinados, saqueados, que aterrorizaban más que la visión de cien cadáveres? ¿Cuántos durante las guerras con el extranjero, y cuántos con la de Vendée? ¿Cien mil? ¿Doscientos mil? Que quede claro: no solo fue la familia real la que sucumbió con la monarquía.

Si el nombre de mi abuelo permaneció asociado para siempre a los muertos de la Revolución, no es, como podría pensarse, por ser uno de los verdugos más prolíficos —otros pueden jactarse de haber matado si no a más, al menos a tantos como Sanson—, sino porque sus muertos eran los más ilustres que Francia haya tenido nunca, porque fue el testigo directo de los últimos instantes de aquellos hombres y mujeres que forman parte de la Historia.

Fue a él a quien María Antonieta pidió excusas antes de morir por el pisotón involuntario que le dio; fue él quien acompañó a Charlotte Corday, espléndida con su túnica roja, tan garbosa mientras la carreta se abría paso lentamente, y cuando le preguntó si no se le hacía el camino demasiado largo, ella le respondió con desparpajo «¡Bueno, acabaremos llegando!…»; fue él quien arrancó las vendas que cubrían la mandíbula de Robespierre; el que oyó las últimas palabras de Lantenac «¡Viva el rey!», las de Vergniaud «¡Viva la República!», las de Danton, y las de tantos otros. A él le gustaba contar todo aquello, a su lado nunca se aburría uno. Revivía a las víctimas de la cuchilla republicana y no solo a personajes conocidos, también a quienes cayeron en el olvido de la Historia, como un tal Joseph Chopin, veintitrés años, que seguía fumándose su pipa en la báscula: «La cabeza y la pipa cayeron juntas en el cesto», o como una tal Hélène Vatrin, que se reía como una loca en la carreta con las monerías de un saltimbanqui que pretendía alegrar el cortejo mortuorio: «Si hubiese tenido las manos libres, habría aplaudido al cómico». Sin embargo, había tres ejecuciones de las que nunca hablaba. Sin duda relacionadas, en su panteón sentimental, con lo inefable, lo indecible. Lo habían marcado a fuego, y aunque le hubieran administrado el suplicio de las botas, se hubiese dejado torturar en silencio, pues la menor

palabra hubiera reavivado los remordimientos del individuo, la aflicción del padre y el dolor del amante.

En primer lugar, la ejecución de Luis XVI. Crimen de lesa majestad por excelencia, que convirtió a Charles-Henri Sanson en el gran regicida, último eslabón de una cadena que debía brindar a la República su Carlos I de Inglaterra. Mi abuelo estuvo con el rey en dos ocasiones. La primera en Versalles, en abril de 1789: «Acosado por mis acreedores, le dirigí una súplica con objeto de que el Tesoro me pagara las cantidades que me debían. En aquella ocasión, el rey llevaba una casaca de tafetán lila bordada en oro, sobre la que brillaba la placa del Espíritu Santo, calzón, medias de seda y zapatos con hebillas. Deslumbrado por los dorados, el mármol y los cristales, no me podía ni imaginar que cuatro años más tarde me lo encontraría de nuevo en el cadalso, y que no llevaría ni ropajes ni zapatos sino una simple camisa, una chaqueta de piqué, un calzón y unas medias de seda gris». Lo vio por segunda vez en marzo de 1792. Ya no bajo la suntuosidad de Versalles, sino en las Tullerías, tumba anticipada de una monarquía agonizante: «Me habían enviado para que opinara sobre el perfil de la cuchilla. Entonces tenía forma de media luna, y el rey sugirió que la cambiaran por una línea oblicua. Tenía razón. Desde entonces, se guillotina mucho mejor». La última vez que Charles-Henri Sanson tuvo el honor de encontrarse con el monarca fue para darle muerte. Era el 21 de enero de 1793, en la plaza de la Revolución. De boca de mi abuelo nunca salió una palabra sobre ello, y hasta a mi padre le costaba trabajo hablar de aquel fatídico día. Tan solo me dijo: «Nos temíamos que atentaran contra la vida del rey y también contra la nuestra. Por eso íbamos los dos armados con dagas y pistolas, escondidas bajo la ropa. Pero todo transcurrió con normalidad. No hubo incidentes». Más tarde supe que cada 21 de enero, mi abuelo encargaba una misa por el rey, y que todas las noches, hasta su último día de vida, se estuvo arrodillando ante la cuchilla que cortó la cabeza de Luis XVI, y rezaba por el reposo de su alma.

Luego, estaba la historia de un falsificador de «billetes asignados». No recuerdo su nombre, pero da igual: es tan solo el desgraciado papel secundario de un drama familiar, de los que ocurren en tantas familias. Mi abuelo tenía dos hijos: Henri, mi padre, y Gabriel, dos años menor. Henri y Gabriel sabían que en

algún momento tendrían que tomar ellos el relevo. Mientras tanto, aprendían el oficio ayudando a su padre. Como todos sabemos, era costumbre exhibir la cabeza cortada de los condenados. El ejecutor, o uno de sus ayudantes, debía cogerla de los pelos —o de la oreja si era calvo, como Chalier, guillotinado en Lyon, en la plaza des Terreaux— y enseñarla a la muchedumbre agitada, furiosa; muchedumbre en orgasmo de odio cuando aparecía el verdugo, depositario del poder de matar. Aquel día era Gabriel quien debía realizar el siniestro ritual. Cogió del cesto la cabeza, que tenía la lengua fuera y los ojos en blanco, y la presentó al pueblo insaciable. La ropa de Gabriel se llenó de salpicaduras de la sangre que chorreaba por las tablas del cadalso, provocando un júbilo malévolo entre el gentío que se dejaba llevar por sus pasiones más viles, por sus instintos más bajos. Gabriel resbaló, cayó y se rompió el cuello: «No sufrió», me contó mi padre varios años después, con los ojos llenos de lágrimas y los labios trémulos.

Finalmente, el caso de una mujer que él amó en su impetuosa juventud. Del amor, sí que le gustaba hablar: «Ya verás, Henri-Clément, hay solo dos cosas en este mundo: el trabajo y el amor. El trabajo, porque nos permite vivir, y el amor porque nos da una razón para vivir. Todo lo demás es superfluo». Pero nunca evocaba su primer amor. Tan solo una vez se saltó la regla: «He trabajado tanto tiempo como me lo han permitido mis fuerzas. Y he amado, sí, he amado con pasión. No solamente a tu abuela. Hubo otra antes que ella. Se llamaba Jeanne y era sublime. Todos los ojos se fijaban en ella y ella ofrecía los suyos a todo el mundo. Era su único defecto. Le subyugaba lo absoluto, era incapaz de no entregarse enteramente». Hizo una pausa y prosiguió: «Trabajaba en una tienda de modas, en la calle Saint-Honoré. Yo sabía que dispensaba con facilidad muestras de su bondad y fui a verla con la esperanza de ser uno de los beneficiados. Le prometí recogerla por la noche y no separarme de ella hasta el amanecer. Mantuve mi palabra». Prosiguió: «Durante varias semanas fui a verla a diario, y sus ojos me embrujaban cada día más. Yo no sabía que, treinta años más tarde, esos mismos ojos me implorarían que le salvara la vida». No tenía fuerzas para continuar su relato. Fue mi padre, una vez más, quien me contó el final de la historia: «La muchacha lo abandonó para casarse con un conde. Al poco tiempo, Luis XV la convirtió en

su amante y luego en su favorita, o sea, en una reina sin corona. Cuando murió el rey tuvo que abandonar Versalles, y podría haber vivido tan tranquila en el castillo de Louveciennes de no ser porque, al estallar la Revolución, mandó pegar por las calles de París unos carteles con la lista de las joyas que le habían robado, pensando que los jacobinos, de los que guardaba gratos recuerdos, la ayudarían. Pero éstos solo vieron a una ex cortesana que debía pagar sus culpas. Madame du Barry, puesto que de ella se trataba, fue juzgada y condenada a muerte. Se puso a gritar, implorando clemencia al tribunal, empujando a los gendarmes, inventándose no sé qué revelaciones para anular la ejecución. En la carreta, apeló al pueblo: "¡Soy como vosotros, buenos ciudadanos, no me dejéis morir!". Los buenos ciudadanos, desalentados por aquella mujer horrorizada, aquella mujer antaño la más hermosa del reino y ahora ajada por el sobrepeso, la congoja y el desconsuelo, agachaban la cabeza y guardaban silencio. Cuando llegó al cadalso, se volvió hacia mi abuelo, su antiguo amante que llevaba siglos sin ver, desde su idilio de juventud, y le dijo: "¿Verdad que no me vais a dar muerte? ¡Vos no!". Tu abuelo no pudo reprimir las lágrimas y me pidió que me encargara yo de realizar el trabajo. Y ya con el cuello en el cepo, me dijo: "¡Aún no, espere un momento señor verdugo, por favor!". Fueron sus últimas palabras».

Salvo las muertes del rey, de su hijo y de la que fue su amante, mi abuelo nos relataba de buen grado los trances de los que había sido testigo. Me contó, aquella tarde de Nivoso, su vida diaria en tiempos de la Revolución, la chistera ligeramente abombada que se ponía todas las mañanas, la levita oscura y el guardapolvos rojo sangre, aquellas interminables jornadas cuando se presentaba en el despacho de Fouquier-Tinville, las carretas que debía entonces buscarse, que pagaba a quince francos más otros cinco de propina para el carretero. Me hablaba de todo aquello y, entre frase y frase, saboreaba el silencio, ese silencio que, durante toda su vida, fuera donde fuese, hiciera lo que hiciese, lo había precedido y seguido. Pues durante toda su vida inspiró horror, suscitó odios, avivó temores y desprecio. A su desgracia de tener que castigar a quienes habían provocado con sus crímenes los anatemas de la justicia, había que añadir el oprobio y la infamia.

Hablaba de todo aquello con naturalidad, como un sombrerero

hablaría de sus sombreros, un herrero de su yunque o un tonelero de sus toneles. «Tú también —repitió como si necesitara decírselo una y otra vez para que la idea se le metiera para siempre en la cabeza— algún día serás verdugo».

Tenía razón: no escapé a mi destino. Podía haber sido sombrerero, precisamente, o herrero, o tonelero o cirujano. Cirujano… En cierto modo y, por supuesto, a mi manera, ¿no lo fui? Para salvar una vida, ¿no precisa el cirujano amputar una pierna o un brazo gangrenados? Lo mismo ocurre con el verdugo: cuando un miembro del cuerpo social representa demasiado peligro, lo sacrifica para proteger a la sociedad. Las mentes preclaras objetarán que hay una gran diferencia entre ambas cosas, y les doy la razón: la diferencia estriba en las dimensiones del cuchillo.

¿Hubiese sido más feliz de sombrerero, herrero, tonelero o cirujano? No tengo la menor idea. El ser humano, ya se sabe, es un eterno insatisfecho: aquel cuyas manos callosas se quebrantan en la reja de un arado para remover la gleba, llevaría de buen grado la tediosa pero cómoda existencia de un amanuense, el cual, en lugar de aburrirse soberanamente durante horas en un despacho, estaría encantado de coger por los pelos alguna que otra cabeza recién guillotinada, sustituyendo al verdugo que, a su vez, daría lo que fuera por olvidarse de las cabezas y ponerse a segar el trigo.

«Serás verdugo, pues es un hermoso y noble oficio…»

Pienso en aquellas palabras cuarenta años después. Pienso en ellas y no puedo estar de acuerdo. Es un oficio útil, sin lugar a dudas: el ejecutor es el garante de la paz social. Porque, en realidad, ¿a quién temen los criminales? Ni al juez que pronuncia la sentencia, ni al secretario judicial que la redacta. Ni a la boca de la ley, ni a la pluma que la transcribe. A quien temen de verdad es al verdugo y sus adminículos.

Oficio útil, pues. Pero ¿hermoso y noble? En la realización de su cargo, el verdugo tiene que matar. En eso no hay nada humillante: se lo manda el Estado. Por otra parte, ¿no honramos a los soldados cuyo oficio es precisamente el de matar hombres? Y si hay alguna diferencia entre ambos es a favor del verdugo, pues ¿a quién mata el soldado? A inocentes, a personas muy honorables, a honrados padres de familia que no tienen ningún interés en estar allí, en un campo de batalla, entre la metralla de las bayonetas, bajo la lluvia

—la que moja y la que mata, la que cae del cielo y la que escupen los cañones— honrados padres de familia que, si pudieran, se quitarían el uniforme, depondrían chacos y mosquetes, volverían a sus casas para sentarse junto al fuego, se quitarían polainas y zapatos para calentarse los pies al amor de la lumbre. Sin embargo, en el ejercicio de sus funciones, el verdugo respeta la inocencia y solo da muerte a culpables, al menos según sus jueces. Hombres y mujeres debidamente juzgados y condenados; hombres y mujeres que, no siempre pero en la mayoría de los casos, lo han merecido con creces. La Revolución no se equivocó: después de Termidor, la mayoría de los ejecutores de Francia fueron juzgados y la mayoría fueron absueltos. Solo somos el hacha. ¿Se puede juzgar un hacha? El hacha es útil, pero no por eso es hermosa, ni tampoco noble. ¿Qué hermosura hay en dar muerte? ¿Qué nobleza en matar al prójimo? Lo digo sin ambages: ninguna.

Aunque mi abuelo pretendiera lo contrario, no engañó a nadie: a él no le gustaba su oficio. Se hizo verdugo porque necesitaba mantener a su familia, porque heredó el cargo y debía traspasarlo a su vez: «Al igual que los reyes —decía— un ejecutor no puede abdicar». De haberle gustado, ¿por qué veía a veces manchas de sangre en el mantel del comedor, por qué esa mirada perpetuamente triste y melancólica, por qué se despertaba por las noches sobresaltado, con la frente empapada en sudor y el corazón a punto de estallar?

Espantaba sus demonios con los sones de una viola, en la quietud de un jardín: «Solo hallo sosiego con las flores y la música». Tuvo suerte: mejor eso que ahogar su zozobra en los placeres de la carne, el juego, el dinero y el vino. Cosa que yo sí hice.

¡Ya lo sé! Nunca debí… ¡Pero es que no tenía otra salida! ¡No me quedaba nada! ¡No iba a esperar tranquilamente en la cárcel de Clichy a que alguien pagara mis deudas! ¡Es verdad, la culpa es solo mía! Pero ¿qué creéis? ¿Que es fácil ponerse cada día el traje de verdugo? Me diréis que solo he cortado dieciocho cabezas en siete años. De acuerdo. Pero si hay algo que aborrezco más que este oficio es el aburrimiento. Y claro, cuando os llaman una vez cada seis meses para mandar *ad patres* a algún infeliz, el aburrimiento está garantizado. Y con tanto tiempo libre, uno hace lo que puede.

Yo adolecía de un vicio que atenta contra las leyes de la naturaleza, pero lo reprimí durante todo el tiempo que pude, al menos en público, ante la sociedad. Me casé y tuve tres hijos, con lo que salvé las apariencias. Pero pronto se reavivaron mis demonios y terminé por ceder: me metía en los tugurios en busca de amoríos triviales y afectos efímeros. Siempre me hallaba ante el desafío de satisfacer un cuerpo, una pantorrilla bien moldeada, un torso lampiño, un bigote rizado, una piel mestiza, un olor a almizcle, sudor y romero.

Así me pasaba los días, bebiendo y folgando. Por la noche volvía a casa, retomaba mi vida de burgués respetable, iba al teatro, a la ópera, a cenar con amigos. Me codeaba con Balzac, Dumas, Vidocq, Appert e incluso con Hugo, que abominaba de mi cargo y lo dejó bien patente en dos libros: *El último día de un condenado* y *Claude Gueux*, auténticas requisitorias contra la pena de muerte. En cierta ocasión, me dijo: «Tened en cuenta, Henri-Clément, que el edificio social del pasado se sostenía en tres pilares: el cura, el rey y el verdugo. Hace ya mucho tiempo que una voz exclamó: "¡Los dioses se marchan!". Después, otra vociferó: "¡Los reyes se marchan!". Ya es hora de que una tercera grite: "¡El verdugo se marcha!"». Mientras llega ese momento, una cuarta voz, la mía, dice: «¡El escritor se calla!». Me arrepiento de no haber sido más contundente. Tenía que haberle dicho: «Y el bocazas de Hugo, ¿cuándo va a cerrar el pico?». Pero se trataba de Hugo, y a Hugo no se le insulta, so pena de aparecer en sus libros, destinados a la posteridad, como un personaje mostrenco.

Puede que el verdugo se marche algún día, pero ese día aún no ha llegado. Era de buen tono decir en las cenas de la gente rica «la otra noche vi a Sanson», así que me invitaban y yo, encantado. Me pedían que contara mis ejecuciones, querían ver la guillotina y algunos hasta probarla. Hugo, por cierto, lo escribió en uno de sus cuadernos: a cambio de alguna dádiva, yo accedía a las peticiones de los curiosos y guillotinaba ora un haz de heno, ora, si lo pagaban bien, un cordero. Un día, una familia inglesa —padre, madre y tres jovencitas— se presentó en mi casa. Querían ver la guillotina. Accioné el instrumento varias veces, pero la más joven de las hijas no quedó satisfecha:

—Monsieur Sanson —me dijo con timidez—. ¿Cómo se procede

cuando sube un hombre al cadalso? ¿Cómo lo atan?

Se lo expliqué y le dije: a eso lo llamamos *hornear*.

—Pues verá, Monsieur Sanson —dijo la chica— quiero que me hornee.

Me estremecí. Me negué en rotundo. La muchacha seguía en sus trece.

—Lo que quiero es poder decir que me han atado a esta cosa.

Me dirigí al padre, a la madre. Me respondieron:

—Si ella así lo quiere, proceded.

Tuve que ceder. Pedí a la joven miss que se sentara, le até las piernas con un cordel, los brazos con una cuerda detrás de la espalda, la inmovilicé en la báscula con la correa de cuero. Mi idea era no pasar de ahí.

—No, no, aún queda una cosa más —dijo.

Tumbé la báscula, le coloqué la cabeza en el cepo y lo cerré. Entonces, sí que pareció complacida.

¡Menos mal! Porque temía que me dijera: «Aún queda una cosa más. Dejad caer la cuchilla».

Tan morbosa curiosidad era muy frecuente. Si bien durante siglos apenas se había tolerado la existencia del verdugo, ahora todos buscaban su compañía. Me había convertido en un hombre de mundo, o, al menos, así me consideraban. Perdía mucho dinero en caballos, coleccionaba muebles y cuadros, me vestían los mejores sastres de París y me gastaba en el juego la poca fortuna que me quedaba. Pronto tuve que rendirme a la evidencia: estaba cargado de deudas.

La sombra de la cárcel de Clichy era cada vez más amenazante. Todas las mañanas, con las claras del día, temía que un esbirro apareciera para llevarme a la fuerza. Y como no se podía prender a las víctimas ni fuera de París ni durante la noche, me marchaba al alba a los suburbios, me pasaba el día en lóbregos cuchitriles y volvía a casa a la caída del sol.

Estas idas y venidas duraron unos meses. Pero la justicia, que parecía haberme olvidado, me dio de nuevo trabajo: un hombre que había intentado asesinar a Louis-Philippe fue condenado a muerte. Procedí a la ejecución y regresé tan tranquilo a casa donde unos esbirros que me habían seguido discretamente me arrestaron y me llevaron a la cárcel. Pasé unos cuantos días abatido entre rejas,

hasta que tuve una idea: la guillotina era de mi propiedad y podía dársela en prenda a mi acreedor. Libre, aunque arruinado, viví varias semanas rezando para que la justicia fuera clemente. Lo fue hasta anoche. Fui a ver a mi acreedor y le supliqué que me prestara mi instrumento de trabajo, aunque solo fuera el tiempo necesario para proceder a la ejecución. No quiso saber nada. Así que no tuve más remedio que presentarme en el Hôtel de Bourvallais, en la plaza Vendôme, para exponer mi situación al ministro. Han desempeñado el aparato justiciero, he guillotinado a mi última víctima y me han despedido del trabajo. De eso hace una hora.

Los invernales, pálidos rayos de sol hacen espejear el acero bruñido de la cuchilla. En ella, reflejado, veo a mi abuelo; es él, estoy seguro, con su levita verde, chorrera de encaje, calzón de mahón, medias blancas. Tiene la mirada severa de quien ha sido traicionado.

Bien. Ya lo sabéis todo. Ya sabéis cómo he dejado extinguirse la estirpe, ya sabéis por qué ningún Sanson celebrará la misa roja en el ara de la patria, por qué los Gorsas y los Desmoulins pueden removerse cuanto quieran en sus fosas: un gato se seguirá llamando gato, en cuanto a lo otro…

¿Qué voy a hacer ahora, que he dejado de ser Monsieur de París? Mi mujer me abandonó, se vendió mi casa, murió mi hijo y mis hijas se casaron. Nada me retiene aquí. De buena gana me hubiera ido a América, con sus nuevas costumbres, sus selvas vírgenes, sus inmensos ríos tan alabados por Cooper y Chateaubriand. Pero soy demasiado viejo. A mi edad, no se puede cambiar de vida. De monóculo, quizás, pero de vida, no.

De modo que me voy a retirar al campo, con mis archivos, mi biblioteca y mi piano, a un lugar tan apacible que nada me recordará la funesta ocupación de mi vida anterior. Nadie sabrá quién soy, ni lo que hice durante tantos años. Me llamarán Monsieur Henri, sin más. Cultivaré mi jardín, tocaré el piano como antaño Charles-Henri tocaba la viola, y quizás escriba la historia de mi familia. Ya que no he perpetuado la estirpe, al menos perpetuaré su memoria. Para rendir homenaje a los Sanson. Y honrar parcialmente la promesa que un chiquillo hizo a su abuelo una tarde de enero, cuando la gente aún lo llamaba Nivoso.

# MI MAYOR HECHO DE ARMAS

Hay humillaciones que relegan los dolores más intolerables al rango de simples rasguños. Hace dos días, en esta maldita llanura de Borodino, me alcanzó un cañonazo justo debajo de la cintura. Voy a morir, lo sé, todos lo saben, precisamente por eso me han ascendido a general. ¡He tenido que esperar hasta el lecho de muerte para que me ascendieran! Tiene gracia la cosa…

Llevo dos días sufriendo un martirio en esta abadía donde se amontonan heridos y cadáveres. Sin embargo, el dolor me resulta más soportable que la ofensa recibida de un mariscal, tiempo ha.

Era 1805, hace ya siete años. Todavía no era yo coronel, y menos aún barón del Imperio. Era jefe de escuadrón en el séptimo de húsares, y formaba parte de la caballería del tercer cuerpo del Gran Ejército donde yo vivía entre balas, trifulcas y victorias. Todos alababan mi inteligencia, los hombres me respetaban o me temían, que es otra forma de respeto.

Hasta que alguien me increpó un día delante de mi unidad:

—Decidme, Méda, hace unos años os apellidabais Merda, ¿no es así?

—Sí, mi Mariscal, pero mandé quitar la «r», por razones obvias…

—¡Es una lástima, porque ese apellido os iba que ni pintado!

Quitamos una sola letra y todo es diferente: bromas de mal gusto, risotadas, brazos que se alzan y manos que os señalan con el dedo; y si en lugar de quitar, la añadimos, estamos en las mismas. Es lo que él había hecho. Quien acababa de infligirme escarnio no era un hombre cualquiera: había tomado el fuerte de Abukir, había luchado contra los mamelucos al pie de las pirámides, donde cuarenta siglos de historia lo contemplaban. Le concedieron el rango de mariscal del Imperio siendo muy joven, en la primera promoción, la de 1804, la misma de Bernadotte, Brune, Murat y

Ney. Y sin embargo, la pulla que el Emperador le metió a Talleyrand le iba como anillo al dedo: «Un montón de mierda embutida en medias de seda». Sí, eso es lo que era. Lo que sigue siendo hoy.

Acostumbraba humillar a los soldados. Rebajar a quienquiera que se hallara por debajo de él parecía producirle un placer sádico; y claro, salvo el Emperador, todo el mundo era su subordinado. Aunque a algunos les disgustaba sobremanera esa actitud, nadie se atrevía a protestar, todos doblaban el espinazo porque era un genio militar, un gran estratega, por todos escuchado y por todos alabado; y ese genio militar, ese gran estratega ante cuya cuna se inclinaron los dioses de la guerra, espera hoy que la grandeza del soldado eclipse de un manotazo la vileza del hombre. Que siga viviendo de ilusiones: piensa forjarse un porvenir más allá de la tumba; el tiempo hará justicia a sus pretensiones.

Aquel día había decidido humillarme. Delante de sus hombres, entre los cuales algunos eran míos, me trató como una mierda añadiendo esa «r» que yo había amputado de mi apellido original. Para hacerse el gracioso. Una gracia que se extendió como la pólvora, de tal modo que de la caballería a los regimientos de infantería todo el mundo pudo disfrutar de ella.

No voy a hacer el esfuerzo de decir su nombre, sin duda lo habéis reconocido. ¿Por qué la tenía tomada conmigo? Durante mucho tiempo lo ignoré. Luego, al cabo de los años, me enteré de lo que me reprochaba: haber disparado una bala en julio de 1794. Concretamente la noche del 9 al 10 de Termidor del año II.

Aquella noche, tocaban a rebato en calles y plazas; en los puentes llamaban a las armas y las bocas de los cañones apuntaban al Hôtel de Ville donde Robespierre y sus cómplices se habían refugiado.

Yo era entonces un simple gendarme y, por una serie de circunstancias, entré el primero en el recinto donde pasaban sus últimas horas de vida. Pensé entonces en La Rochejaquelein que, con apenas veinte años, arengaba a miles de campesinos llegados de todas partes para sublevarse contra el ejército republicano: «Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme». Con la bayoneta calada, entré en la sala del Consejo, tomé el pasillo de la izquierda, aguanté varios embates de los últimos fieles al tirano, llegué hasta la secretaría, abrí la puerta y los vi.

Allí estaban todos. Los futuros vencidos de Termidor: Augustin-Bon, alias Bonbon o Robespierre el joven, con quien me crucé antaño en una casa de la calle Vivienne, un lugar de mala fama donde agiotistas, comerciantes de oro y perendecas se emborrachaban con vino peleón servido en copones rapiñados en las iglesias; Coffinhal —el bruto de Coffinhal, el que dijo en el proceso de Lavoisier que la República no necesitaba científicos— que no tardaría en tirar a Hanriot por el balcón del Hôtel de Ville desde una altura de diez metros; Simon, el zapatero Simon, vil preceptor del Delfín, que le enseñaba a cantar *La Carmagnole* y a insultar a los aristócratas, que lo premiaba con vasos de aguardiente —¡a un crío de ocho años!—, que lo tenía de criado personal y al que de vez en cuando propinaba unos bofetones impresionantes; Saint-Just, porque no se puede matar desde la inocencia y porque, como él decía, los grandes hombres no mueren en su cama; y también Couthon, Lebas, Dumas… Solo faltaba David, David el pávido, que la noche antes prometió a Robespierre beberse la cicuta con él, pero que llevaba un tiempo alejado de las agitadas Tullerías. Que quede claro: se puede pintar *La muerte de Sócrates* y ser demasiado cobarde para morir como Sócrates.

Los vi a todos y lo vi a él, al traidor, al lacayo de Cromwell, al hombre mutado en precepto y el precepto en espada justiciera, al que encarnó el Terror como los Luises habían encarnado el Antiguo Régimen y como el general corso iba a encarnar el nuevo. Pero el terror, el santo terror, había cambiado de bando y la espada justiciera iba a volverse contra él, ídolo putrefacto de un ideal que había moldeado a su imagen: implacable y frío. Había hecho temblar París y Francia, había mandado guillotinar a sus rivales, y con sus cadáveres se había construido un estribo hacia la satisfacción de sus propias ambiciones, sin darse cuenta de que iba subiendo, poco a poco, los peldaños del cadalso.

Estaba sentado en un sillón, los codos sobre las rodillas, la cabeza entre las manos. Sabía que todo había acabado. Di un salto hasta él, le puse la punta de mi sable a la altura del corazón y le dije: «¡Ríndete, traidor!». Levantó la cabeza, replicó: «¡El traidor eres tú! ¡Te mandaré fusilar!». Vi que cogía una pistola pero yo fui más rápido y le atravesé la mandíbula. Cayó al suelo.

Ahí empezó el caos. Robespierre el joven se tiró por la ventana a

la plaza de Grève, a los pies de la columna Bourdon; Lebas se dio muerte; Couthon, abandonado por sus porteadores, rodó por la escalera cuando intentaba huir reptando. Solo teníamos que coger a los amos del pasado y entregarlos a los del futuro para que se pronunciaran sobre su suerte, que todos teníamos muy clara.

Ése fue el informe que expuse a los diputados, pues tal era el informe que esperaban de mí. La Convención tenía mucho interés en dar un respaldo plebeyo al golpe de estado que ella misma había fomentado. Que la primera piedra la hubiese tirado un hombre del pueblo acreditaba una tesis que a todos acomodaba. Me felicitaron, después se felicitaron por haberme felicitado y, honor supremo, Collot d'Herbois, presidente de la Asamblea, me dio un abrazo.

Yo era joven, vivía una época en la que enorgullecerse de haber asesinado a un hombre podía resolveros la vida, siempre que el hombre fuese odiado. Y de todos los hombres que vivían en París en Termidor, Robespierre era el más odiado. Así que no dije la verdad. Pero ahora sí que os la puedo contar a vos que, como yo, vais a morir. A fin de cuentas, somos hermanos en esta abadía perdida en algún lugar de Rusia.

Así que acercaos, abrid bien los oídos por última vez antes de expirar: la verdad es que cuando entré en el Hôtel de Ville, Robespierre ya estaba tirado en el suelo con una pistola en la mano. La sangre le chorreaba de la boca, se había suicidado. Prefirió morir como los personajes de la antigüedad, ser un Casio, un Bruto o un Catón, a hacerlo como Vergniaud, Hébert o Danton. Pero fracasó. Se había roto la mandíbula y perforado el carrillo; aún seguía vivo. Tenía espasmos, gemía pidiendo en vano que lo remataran. Yo podía haberlo hecho, pero no lo hice. Quería que sufriera. Que padeciera su calvario. Y lo padeció.

Lo llevaron a la antecámara del Comité de Salvación Pública, lo tumbaron en una mesa y, durante horas, hubo de soportar las vejaciones de quienes, el día antes, pretendían ser amigos suyos. Después, llegó un cirujano para vendarlo.

Como intentaba desabrocharse las ataderas, un hombre lo ayudó y Robespierre, como si la Revolución se hubiese acabado con él, le

dio las gracias al estilo del Antiguo Régimen: «Señor, os lo agradezco», dijo. El tuteo y la palabra ciudadano habían desaparecido.

Después, cual Jesús coronado de espinas, padeció su martirio aunque a él ningún Cirineo lo ayudó a llevar la cruz, bajo la mofa de una muchedumbre más numerosa que nunca. Muchedumbre enfebrecida que observaba el rodar traqueteante de las carretas, escuchaba el chirriar de las ruedas sobre los adoquines, aplaudía a más no poder. Al llegar ante la casa Duplay, última vivienda de Robespierre, el convoy se detuvo. Un niño de diez o doce años, mojando una escoba en un cubo con sangre de buey, roció la puerta de entrada. Robespierre, ya de por sí pálido, se puso lívido, cerró los ojos y agachó la cabeza para que el gentío no viera sus lágrimas difíciles de contener. En el cadalso, ni siquiera se le ocurrió una frase ingeniosa. No todo el mundo es Danton. La cuchilla cayó. Y con ella, el telón de aquella gran obra de teatro que había sido la Revolución.

Ésa es la verdad, la cruda verdad. Pero qué importa si hay que travestirla. De hecho, nunca lo sabrá nadie. Ya veis, amigo mío: varias veces me acuchillaron; en Mariazell, a la cabeza de cien hombres de caballería, perseguí al cuerpo de asalto de un mariscal prusiano; me dieron por muerto en Marengo; tengo razones para creer que algo tuve que ver en la victoria de Jena. Sin embargo, mi mayor hecho de armas no lo realizó el soldado del Gran Ejército, sino el gendarme fanfarrón que esperaba alguna gloria de un relato prácticamente inventado. Mi mayor hecho de armas no es haber disparado sobre el tirano, sino haberlo pretendido, nada más. La Historia balbucea, da palos de ciego y, a veces, nutriéndose de esas lagunas, la que triunfa es la leyenda. Y tampoco está tan mal.

# BIBLIOGRAFÍA

Los relatos de estos hombres y mujeres que conocieron el cadalso no se habrían podido escribir sin los trabajos de escritores e historiadores hacia quienes estoy en deuda. El lector que quiera documentarse podrá consultar, entre otras, las siguientes obras:

Para ES EL FINAL LO QUE CORONA UNA OBRA:


J.-D. Bredin, *On ne meurt fois qu'une*, Charlotte Corday, Fayard, 2006.

G. Mazeau, *Le bain de Charlotte Corday et contre Marat l'histoire: l'attentat (1793-2009)*, Champ Vallon, 2009.

M. Onfray, *La religion du poignard, éloge de Charlotte Corday*, Galilée, 2009.


Para LOS PECHOS DE LA REINA:


A. Fraser, *Marie-Antoinette*, Flammarion, 2006 [14] .

E. Lever, *Marie-Antoinette, La dernière reine*, Gallimard, 2000.

P. Sipriot, *Les soixante derniers jours de Marie-Antoinette*, Pion, 1993.

S. Zweig, *María Antonieta*, Acantilado, 2012.

Para EL BANQUETE:

E. Furet, M. Ozouf (dir.), *La Gironde et les Girondins*, Payot, 1991.

A. Granier de Cassagnac, *Histoire des Girondins et des massacres de septembre*.

A. de Lamartine, *Histoire des Girondins* [15] .

C. Nodier, *Le dernier banquet des Girondins*.

Para ELLA SE SONROJÓ:

J. Bertaut, *Amours tendres et tragiques*, Amiot Dumont, 1952.

A. Chuquet, *Adam Lux*.

H. Welschinger, *Adam Lux et Charlotte Corday*.

S. Zweig, *Adam Lux*, Publication de
l'Université
de Rouen, 1995.

Para MUESTRA MI CABEZA AL PUEBLO:

F. Bluche, *Danton*, Perrin, 1999.

G. Büchner, *La mort de Danton*, Flammarion, 1998 [16] .

L. Madelin, *Danton*.

H. Wendel, *Danton*, Payot, 1983.

Para EL MÁS GRANDE GENIO FRANCÉS DEL SIGLO PASADO:

B. Bensaude-Vincent, *Lavoisier, Mémoires révolution d'une*
, Flammarion, 1998.

L. Scheler, *Antoine-Laurent Lavoisier*, Seghers, 1964.

Para LANTENAC EN LA CONCIERGERIE:

A. Dumas, *El conde de Montecristo*, Alba Libros, 2013.

A. France, *Los dioses tienen sed*, Cátedra, 1991.

V. Hugo, *Noventa y tres*, Gredos, 2004.

P. Michon, *Los once*, Anagrama, 2011.

Para EL CAÍN DEL AÑO II:

J. Goulemot, J.-J. Tatin-Gourier, *André Chénier: poésie et politique*, Minerve, 2005.

R. Jean, *La dernière nuit Chénier d'André*, Albin Michel, 1989.

F. Kermina, *Les dernières charrettes de la Terreur*, Perrin, 1988.

H. Troyat, *Le pas du juge*, Ed. de Fallois, 2009.

G. Walter, *André Chénier: son milieu et son temps*, R. Laffont, 1947.

Para LA PROMESA DE NIVOSO:

B. Lecherbonnier, *Bourreaux de père en fils —Les Sanson— 1688-1847*, Albin Michel, 1989.

B. Levy, *Une dynastie de bourreaux —Les Sanson —*, Mercure de France, 1989.

C.-H. Sanson, *La Révolution française vue par son bourreau: journal de Charles-Henri Sanson*, Le Cherche Midi, 2007.

Para MI MAYOR HECHO DE ARMAS:

L. Dingli, *Robespierre*, Flammarion, 2004.

J.-F. Fayard, A. Fierro et J. Tulard, *Histoire et*

*dictionnaire de la Révolution française*
*1789-1799*
, R. Laffont, 1997 [17] .

J. Garnier, *Dictionnaire Napoléon*, Fayard, 1999.

Finalmente, *para entender la Revolución, la guillotina y el Terror*.

D. Arasse, *La guillotine et de la Terreur*
*l'imaginaire*
, Flammarion, 2010 [18] .

S. de Bohm, *Prisonnière sous la Terreur* —Mémoires
d'une
captive en 1793—, Cosmopole, 2006.

J.-F. Fayard, *La justice révolutionnaire —chronique de la Terreur—*, R. Laffont, 1999.

F. Furet, M. Ozouf, *Dictionnaire critique de la Révolution française*, Flammarion, 2007 [19] .

P. Gueniffey, *Histoires de la Révolution et de*
*l'Empire*
, Perrin, 2011.

G. Lenotre, *La Révolution par ceux qui vue*
*l'ont*
, Grasset, 1989.

G. Lenotre, *Sous le bonnet rouge*, Grasset, 1989.

J. Michelet, *Histoire de la Révolution française*, Folio, 2007 [20] .



FRANÇOIS-HENRI DÉSÉRABLE (Amiens, 6 de febrero de 1987). Es un escritor y jugador de hockey sobre hielo. Estudió lenguas y derecho en la universidad de Picardie Jules-Verne, y luego en la Universidad Jean-Moulin Lyon III, donde impartió clases. A los 23, empieza, bajo la dirección de Cyril Nourissat, una tesis sobre la ejecución de las sentencias arbitrales ante la inmunidad ejecutiva de los Estados, trabajo que posteriormente abandonará para dedicarse plenamente a la literatura. En 2012, figura entre los galardonados con el Premio del joven escritor en lengua francesa, por *Clic! Clac! Boum!*, una novela corta sobre la muerte de Danton.

En abril de 2013, publica *Tu montreras ma tête au peuple* con Gallimard, relato de los últimos instantes de las grandes voces de la Revolución francesa, distinguido por la Academia francesa y el Premio literario de la Vocación. Es galardonado con la beca Escritor de la fundación Lagardère por la obra *Évariste*, biografía novelada de Évariste Galois, prodigio de las matemáticas fallecido en duelo a los veinte años. Considerada como la revelación de 2015, esta novela es seleccionada para varios premios, entre los cuales caben destacar el Premio France Culture-Télérama, el Gran premio RTL-Lire y el Premio Livre Inter. Finalmente, gana el Premio de los Lectores

de
L’Express
/BFM TV y el Premio de la biografía.

# Notas del E. D.

[1] «Eran los mejores tiempos, eran los peores tiempos» (Comienzo de *Historia de dos ciudades*, de Charles Dickens). < <

[2] Estos son los versos del original francés (la traducción rimada al español es buena, pero diferente):

*Depuis un coup d'épée*
*D'un dénommé Pâris,*
*Chez Février, Paris,*
*Une nuit de janvier.*

Louis Michel le Peletier de Saint-Fargeau, que fue diputado del estamento de la Nobleza en la reunión de los Estados Generales de 1789, fue miembro de las dos Asambleas revolucionarias, la Constituyente y la Legislativa, para ser, por fin, diputado de la Convención Nacional.

A pesar de sus vehementes pronunciamientos en defensa de todas las libertades y ser un destacado combatiente contra la pena de muerte, votó por su aplicación a Luis XVI en su proceso (el rey fue condenado por la diferencia de un solo voto; 361 a favor de la muerte, 360 en contra), dejándose llevar por la «necesidad política» que exigían los miembros más radicales de la Convención Nacional.

Tras la votación, Le Peletier (en algunas referencias también se le menciona escrito como «Lepeletier» o «Lepelletier») fue a comer a la *Maison de Février*, una fonda del Palais-Royal, en la que le abordó Philippe Nicolas de Pâris, un guardia real que había sido escolta del rey. Según los testigos, se produjo el siguiente enfrentamiento:

—¿Eres tú, Le Peletier, el villano que ha votado a favor de la muerte del rey?

—Así es. He votado según mi conciencia. ¿A ti qué te importa?

Pâris, entonces, sacó una espada corta que llevaba oculta y la hundió en el vientre de Lepeletier, gritándole:

—¡Pues toma tu recompensa! **[ver imagen]**

Lepeletier murió el 20 de enero de 1793, pocas horas antes que el propio Luis XVI. Fue considerado el primer mártir de la Revolución

y se le ofrecieron las más altas honras a su memoria. David le dedicó uno de sus cuadros **[ver imagen]** .

[3] Los *Piombi* fueron las prisiones en la República de Venecia, adosadas al Palacio Ducal. Reciben su nombre de las planchas de plomo que se utilizaban como aislante en los muros de las mazmorras. Los prisioneros eran trasladados allí atravesando el famoso «Puente de los suspiros».

Su más conocido «inquilino» fue Giacomo Casanova, que empezó a escribir en los plomos sus *Memorias* y su plan (exitoso) de fuga de la lóbrega cárcel.

Otro notable prisionero fue el desdichado Giordano Bruno, el fraile dominico que salió de allí para su horrendo martirio en la hoguera.
< <

[4] Las Moiras son, en la mitología griega, las deidades que rigen el destino de los hombres, como las Parcas en la mitología romana.
< <

[5] Mutuno Tutuno, o Mutino Titino (en latín, *Mutunus Tutunus, o Mutinus Titinus*), en la religión de la Antigua Roma, deidad fálica del matrimonio, asimilable al Príapo griego. Se le invocaba como protector de los celos y la envidia.

El nombre latino, *Mutinus Titunus*, utiliza el recurso de la *reduplicación*, utilizado en muchas lenguas con intención enfática (en español, por ejemplo: «Termínatelo todo todo», «Estoy muy muy enfadado»). *Titinus* puede derivar de *titus*, argot latino para «pene». < <

[6] *Schadenfreude* es una palabra alemana derivada de *Schaden* (daño) y *Freude* (alegría), O sea: «disfrutar del mal ajeno». < <

[7] En Mateo: 6-24 (Versión Reina Valera de 1909) se cita: «*Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se llegará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a Mammón*». Se insinúa una especie de deidad que simboliza la avaricia o el excesivo amor a la riqueza. < <

[8] Las llamadas *Scalae Gemoniae* eran unas escaleras que en la Roma imperial iban del Monte Palatino hasta el río Tíber, donde se arrojaban los cadáveres de los reos ajusticiados, expuestos públicamente y dejados allí para ser devorados por las alimañas. Los restos se arrojaban al Tíber. Se utilizaron profusamente durante el dominio dictatorial de Lucio Elio Sejano en el reinado de Tiberio. En la serie televisiva *Yo, Claudio* (Herbert Wise, 1976), puede verse cómo el cuerpo de Sejano (Patrick Stewart) es arrojado a esas escaleras y dejado allí, como signo infamante. < <

[9] Macabro juego de palabras intraducible. En francés, «vers» significa «versos» pero también «gusanos». La frase de Danton (seguramente apócrifa, ya que se relata en el libro *Mémoires des Sanson: Sept générations d'exécuteurs, 1688-1847*, reconocido como una superchería literaria —probablemente escrito por Balzac —) fue: «*Des vers, avant huit jours, tu en feras plus que tu ne voudras, et nous aussi* (Versos [gusanos], antes de ocho días harás más de los que quieras, y todos nosotros también)» < <

[10] Hegesias de Cirene (año 300 a. C.), filósofo del pesimismo, consideraba la vida de los hombres dominada por los dolores, más que por placeres, insegura, incierta, llena de momentos infelices. Fue llamado por su discípulos *Peisithanatos* (persuasor de la muerte). < <

[11] «Alla prima»; expresión italiana que significa «a la primera / al primer intento». En pintura es una técnica que requiere un alto dominio técnico, al prescindir de bocetos o esbozos previos, aplicándose las pinceladas directamente sobre el lienzo y mezclando colores «en húmedo», sin tiempos de secado. < <

[12] En la mitología griega, la Erinias eran las deidades vengadoras que perseguían a los humanos por sus crímenes. Virgilio nombra a tres:

- Alecto, «la implacable», que castiga los delitos morales.
- Megera, «la celosa», que castiga los delitos de infidelidad.
- Tisífone, «la vengadora del asesinato», que castiga los delitos de sangre.

<<

[13] Posadas u hoteles árabes. <<

[14] Edición española: *María Antonieta, la última Reina*, Edhasa 2006, traducción de Roser Vilagrassa. < <

[15] Existen en español diferentes ediciones de la obra de Lamartine, de épocas muy distantes, en tomos variados y prácticamente inencontrables, salvo en algunas páginas de Internet (Iberlibro, Uniliber y otras) en las que se consiguen libros antiguos… algunos a precios excesivamente modernos. La editorial Ramón Sopena publicó la obra de Lamartine en 2 tomos, en 1979, con el título: *Historia de la Revolución Francesa*. < <

[16] Esta obra teatral está publicada por dos editoriales españolas: *La muerte de Danton - El mensajero rural de Hessen y una selección de cartas*, Editorial Icaria, 1982 y *La muerte de Danton; Woyzeck*, Ediciones Cátedra, colección: Letras Universales, 1993. < <

[17] Edición española: *Historia y diccionario de la Revolución Francesa*, Editorial Cátedra, 1989, traducción de Armando Ramos. <<

[18] Edición española: *La guillotina y la figuración del terror*, Editorial LABOR, 1989, traducción de Carmen Clavijo Ledesma. <<

[19] Edición española: *Diccionario de la Revolución Francesa*, Alianza Editorial, 1989, varios traductores. < <

[20] Edición española: *Historia de la Revolución Francesa*, Editorial IKUSAGER, 2008 (Extraordinaria edición, versión actualizada por Juan Manuel Ibeas de la traducción de Vicente Blasco Ibáñez, con ilustraciones de Daniel Urrabieta Vierge. Tres tomos). < <

# Poemas de André Chénier(y uno de su hermano Marie-Joseph)

[p01] Alusión a la madre de los hermanos Chénier, Elisabeth Santi-Lomaca, casada con Louis Chénier, a quien conoció en Estambul cuando éste desempeñaba un cargo diplomático del gobierno francés. Tuvieron dos hijos, André Marie (Estambul, 30 de octubre de 1762) y Marie-Joseph Blaise (Estambul, 28 de agosto de 1764).

André fue una de las víctimas del período del Terror, acusado de «crímenes contra el estado». En prisión compuso uno de sus más famosos poemas, *La joven cautiva*, hermoso y desesperado. Puede decirse que la máxima responsabilidad de la muerte de André Chénier recae sobre Robespierre, resentido a causa de unas críticas del poeta en *Le Journal de Paris*.

Su vida y trágico destino inspiraron muchas obras de arte, piezas teatrales y especialmente la ópera de Umberto Giordano, *Andrea Chénier*, en la que el aria de tenor, «*come un bel dì di maggio*», la despedida de la vida del poeta, representa un conmovedor momento lírico, de enorme fuerza y belleza *belcantista*.

El libretista de la ópera, Luigi Illica, compuso la letra del aria basándose en el siguiente poema de André Chénier:

*Come un dernier rayon, come un dernier zephyre*
*Animent la fin d'un beau jour*
*Au pied de l'echafaud j'essaye encor ma lyre.*
*Peut-etre est-ce bientot mon tour.*
*Peut-etre avant que l'heure en cercle promenee*
*ait pose sur l'email brillant,*
*dans les soixante pas ou sa route est bornee,*
*son pied sonore et vigilant;*
*Le sommeil du tombeau pressera ma paupiere*

La letra de Illica:

*Come un bel dì di maggio*
*che con bacio di vento*
*e carezza di raggio*
*si spegne in firmamento,*
*col bacio io d'una rima,*
*carezza di poesia,*
*salgo l'estrema cima*
*dell'esistenza mia.*

*La sfera che cammina*
*per ogni umana sorte*
*ecco già mi avvicina*
*all'ora della morte,*
*e forse pria che l'ultima*
*mia strofe sia finita,*
*m'annuncierà il carnefice*
*la fine della vita.*

*Sia! Strofe, ultima Dea!*
*ancor dona al tuo poeta*
*la sfolgorante idea,*
*la fiamma consueta;*
*io, a te, mentre tu vivida*
*a me sgorghi dal cuore,*
*darò per rima il gelido*
*spiro d'un uom che muore.*

El aria ha tenido ilustres intérpretes a lo largo de la historia: Giacomo Lauri Volpi, Jussi Björling, Mario del Mónaco, Luciano

Pavarotti, Plácido Domingo… Pero tal vez sea la prodigiosa voz de Franco Corelli, uno de los más grandes tenores de todos los tiempos, la que con más emoción, pletórica de sensibilidad, ha expresado la belleza trágica de la **composición de Giordano**.

< <

[p02] (De «Ô délices d'amour! et toi, molle paresse» [inachevé] [André Chénier])

*Ô délices d'amour! et toi, molle paresse,*

*Vous aurez donc usé mon oisive jeunesse!*

*Les belles sont partout. Pour chercher les beaux-arts,*

*Des Alpes vainement j'ai franchi les remparts:*

*Rome d'amours en foule assiége mon asile.*

<<

[p03] (De «L’Amérique» [André Chénier])

*Magellan, fils du Tage, et Drake et Bougainville*
*Et l’Anglais dont Neptune aux plus lointains climats*
*Les belles sont partout. Pour chercher les beaux-arts,*
*Reconnaissait la voile et respectait les pas.*

<<

[p04] (De «Ainsi le jeune amant» [André Chénier])

*Ainsi le jeune amant, seul, loin de ses délices,*
*S'assied sous un mélèze au bord des précipices,*
*Et là, revoit la lettre où, dans un doux ennui,*
*Sa belle amante pleure et ne vit que pour lui.*

<<

[p05] (De «A Fanny-I» [André Chénier])

*Des lèvres d’une belle un seul mot échappé*

*Blesse d’une trace profonde*

*Le cœur d'un malheureux qui ne voit qu’elle au monde.*

*Son cœur pleure en secret frappé,*

*Quand sa bouche feint de sourire.*

*Il fuit; et jusqu’au jour, de son trouble occupé,*

*Absente, il ose au moins lui dire*

<<

[p06] (De «Hymne sur l'entrée triomphale des suisses révoltés et amnistiés du régiment de Chateauvieux» [André Chénier])

*Comme un dernier rayon, comme un dernier zéphyre*

*Animent la fin d'un beau jour,*

*Au pied de l'échafaud j'essaye encor ma lyre.*

*Peut-être est-ce bientôt mon tour;*

<<

[p07] (De «La jeune captive» [André Chénier])

*L'épi naissant mûrit de la faux respecté;*
*Sans crainte du pressoir, le pampre tout l'été*
*Boit les doux présents de l'aurore;*
*Et moi, comme lui belle, et jeune comme lui,*
*Quoi que l'heure présente ait de trouble et d'ennui,*
*Je ne veux point mourir encore.*

<<

[p08] (De «La jeune Tarentine» [André Chénier])

*Pleurez, doux alcyons! ô vous, oiseaux sacrés,*
*Oiseaux chers à Thétis, doux alcyons, pleurez!*
*Elle a vécu, Myrto, la jeune Tarentine!*
*Un vaisseau la portait aux bords de Camarine:*
*Là, l'hymen, les chansons, les flûtes, lentement,*
*Devaient la reconduire au seuil de son amant.*

<<

[p09] (De «Epître sur la calomnie» [Marie-Joseph Chénier])

*O mon frère! je veux, relisant tes écrits,*
*Chanter l'hymne funèbre à tes mânes proscrits.*
*Là, souvent tu verras près de ton mausolée*
*Tes frères gémissans, ta mère désolée,*
*Quelques amis des arts, de l'ombrage, et des ileurs;*
*Et ton jeune laurier grandira sous mes pleurs.*

<<

[p10] (De «A Charlotte Corday» [André Chénier])

*Non, non. Je ne veux point t'honorer en silence,*

*Toi qui crus par ta mort ressusciter la France*

*Et dévouas tes jours à punir des forfait.*

*Le glaive arma ton bras, fille grande et sublime,*

*Pour faire honte aux dieux, pour réparer leur crime,*

*Quand d'un homme à ce monstre ils donnèrent les traits.*

<<



MORT DE LE PELLETIER S$^{T}$ FARGEAU.



ASSASSINAT DE MICHEL LE PELLETIER.

*El asesinato de Le Pelletier en dos grabados de época.*

**[vuelta]**




*La muerte de Lepeletier, por David. En la espada de Damocles que pende sobre el miembro de la Convención, está ensartada una nota que dice: «He votado por la muerte del tirano»*

**[vuelta]**